

Josep Capsir
**LOS HIJOS DE LA
ATLÁNTIDA**

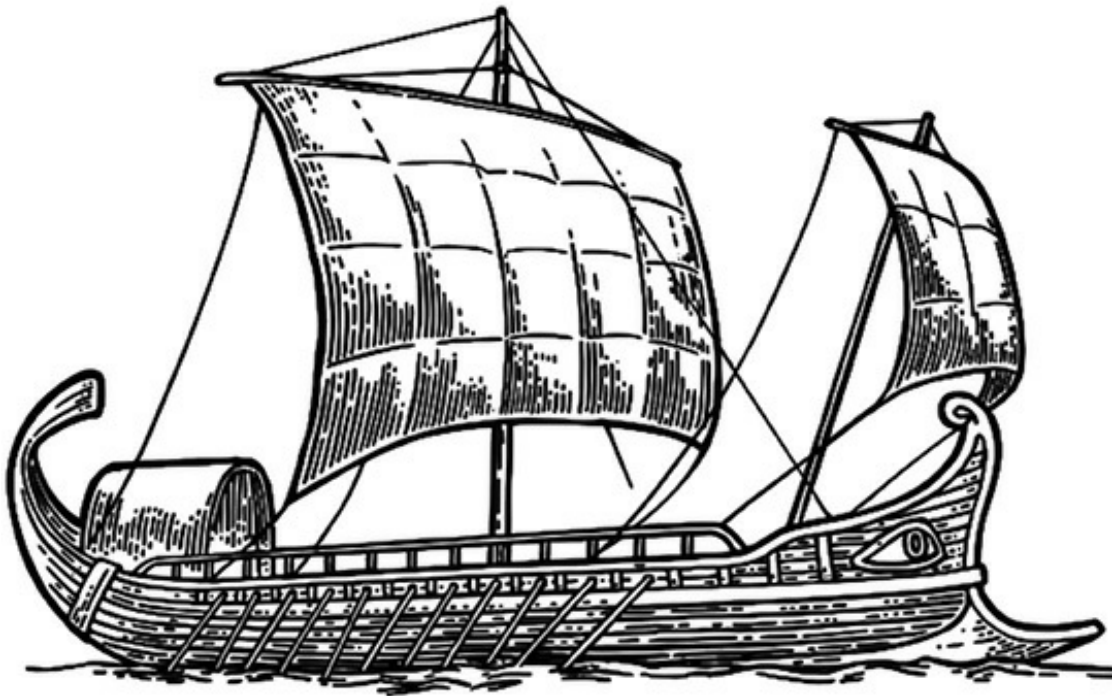
ÚLTIMO ATARDECER EN TARTESSOS



Ediciones JavIsa23

e-book

Josep Capsir
**Los hijos de la
Atlántida**
ÚLTIMO ATARDECER EN TARTESSOS



Ediciones JavIsa23

Título: Los hijos de la Atlántida
Último atardecer en Tartessos

© del texto: Josep Capsir
www.autorjosepcapsir.blogspot.com

© de la portada y contraportada: Isem Garcia Massana

© Ilustración del interior: Potysiev / Dreamstime.com

© de esta edición: Ediciones Javlsa23

www.edicionesjavisa23.com

E-mail. info@edicionesjavisa23.com

Tel. 964454451

Primera edición: Junio de 2017

ISBN: 978-84-16887-25-5

© de la edición original en papel: Ediciones Javlsa23 de 2017

ISBN de la edición en papel: 978-84-16887-22-4

Conversión en ebook: NOAediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, según las leyes establecidas en esta materia, la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquiera de sus formas, gráfica o audiovisual, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright, salvo citaciones en revistas, diarios, libros, Internet, radio y/o televisión, siempre que se haga constar su procedencia y autor.

A mis hijos, Pol y Carol, por enseñarme el significado de la palabra amor. A Sílvia y a Clàudia, por robarme el corazón.

A mi familia, especialmente a aquellos que ya no tendrán la oportunidad de leer esto.

Y a mis lectores.

“Es impío no el que suprime a los Dioses, sino el que los conforma a las opiniones de los
mortales”.

Epicuro de Samos (341 a.C. – 270 a.C.), filósofo griego.

Primera parte
DE LA ATLÁNTIDA
Y LOS DIOSES

Capítulo 1

Diálogos de Solón y Anacarsis *Atenas, año 594 a.C.*

Al final del embarcadero de la playa, en la parte nueva del puerto de Atenas, Solón reflexionaba acerca de los últimos acontecimientos, mordisqueando un fino tallo de espiga. Los graves conflictos sociales de las últimas semanas ensombrecían el trabajo de los últimos meses y dificultaba las relaciones con los principales eupátridas de la región. Los terratenientes no veían con buenos ojos el nuevo proyecto constitucional que estaba preparando Solón desde hacía meses, cuya puesta en marcha significaba un duro golpe a la riqueza de la parte noble de Ática y el acceso de los campesinos a un futuro mejor y más justo. Si la elaboración del primer censo de población ya había sido mal vista por la burguesía ateniense, la reforma representaba una seria amenaza al poder político de los eupátridas.

La llegada de Anacarsis, el príncipe escita, de quien se decía que tenía una lengua afilada y un reconocido don de la negociación, podría ayudarle a convencer a los campesinos y a los nobles terratenientes mostrando un punto de vista neutral y ecuánime; por ese motivo, cuando la trirreme en la que viajaba el afamado extranjero viró en dirección al entarimado que hacía las veces de embarcadero, Solón no pudo evitar levantar sus brazos a modo de saludo.

Los guardias del gobernador ateniense se alinearon a lado y lado de la pasarela principal del muelle, irguieron sus cabezas e inclinaron sus picas en formación de honores y mantuvieron su gesto marcial mientras los remeros acercaban la nave hasta su posición. Encaramado en el apéndice de proa, Anacarsis saludó a sus anfitriones con una inclinación de respeto mientras la tripulación amarraba la nave.

El príncipe escita descendió por la pasarela envuelto en una túnica de lino de color blanco impoluto, ribeteada con cenefas doradas, mostrando con ostentación las joyas que adornaban sus brazos y que cubrían su pecho. La guardia ateniense alzó sus picas y entonces Solón se acercó al recién llegado.

—Sea bienvenido, príncipe —empezó a decir el gobernador—. Espero que haya tenido una agradable travesía.

Solón le dedicó una reverencia y el visitante hizo lo propio.

—Ha sido un viaje muy apacible, gobernador. Partimos de Éfeso hace tres días y el viento nos azoró durante la primera noche pero la calma nos ha acompañado durante el resto de la travesía.

—¡Oh, bella Éfeso! —suspiró Solón—. Debo confesarle mi debilidad por esa maravillosa colonia, desde sus orillas he tenido la oportunidad de presenciar una de las más bellas puestas de sol.

—Es una ciudad esplendorosa, sin duda, gobernador. Cuando finalicen las obras del Artimisión todavía lo será más.

—¿Es tan magnífico cómo explican? —se interesó Solón.

—Es una maravilla, créame... La columnata de la perístasis es majestuosa y los mármoles son excepcionales, un regalo del rey Cresos de Lydia.

Un carro de grandes dimensiones gobernado por cuatro corceles blancos les esperaba al final

del embarcadero. Uno de los guardias apostados junto al carruaje extendió su brazo a las autoridades para que subieran. Solón le cedió el paso al extranjero antes de situarse a su izquierda por cortesía, luego azuzó a las bestias y se dirigieron a la residencia del gobernador.

A su llegada, Anacarsis fue agasajado con un generoso banquete organizado en su honor en el que no faltó carne de ave y buen vino. Más tarde se recluyó en uno de los suntuosos aposentos de la casa de Solón para reponer fuerzas tras tan largo viaje.

Ambas autoridades se emplazaron a continuar con su charla a media tarde, antes de la caída del sol.

—Me honra mucho que haya reclamado mi presencia para terciar en el conflicto constitucional al que se enfrenta —dijo Anacarsis—. Es sabio el que reconoce menester ayuda, gobernador.

—Le agradezco sus palabras, Anacarsis, aunque me gustaría explicarle las razones que me han motivado a invitarle. Verá, una reforma legislativa tan importante como esta requiere de un gran acierto. Tengo a todos los eupátridas en mi contra y los campesinos cada vez piden más oportunidades, privilegios que no puedo ofrecerles. Para que Grecia tenga riqueza debemos preservar una buena parte de su pobreza. Me comprende, ¿verdad?

El príncipe sonrió.

—He resuelto crear un consejo de sabios, parecido al Senado tartesio —siguió explicando Solón—. Me gustaría contar con la participación de siete sabios, personas ilustres en el pensamiento y en la gnóstica que tengan además un peso político importante. Por ese motivo he pedido su presencia, me gustaría contar con su ayuda.

El extranjero ladeó una sonrisa de satisfacción, asintió con un leve gesto de cabeza y palmeó la espalda de su anfitrión.

—El modelo legislativo de Tartessos no parece el más indicado en los tiempos que corren —repuso sarcásticamente—. Es un reino demasiado anclado en el pasado, con un ejército débil y sin posibilidades de expansión. Atenas merece mucho más.

Solón se sentó en una de las bancadas del jardín e invitó a Anacarsis a hacer lo propio.

—Tartessos tiene muchos motivos para ser un referente, estimado Anacarsis. Durante muchos siglos fue un lugar rico y fértil y el principal puerto comercial de nuestros mares. Tartessos fue la tierra donde se originó todo, el lugar que esconde los misterios de la creación; la tierra de Atlas.

El semblante de Solón se tornó sobrio. El gobernador no podía disimular su admiración por el pueblo tartesio y sobre todo, el respeto a su historia y sus orígenes.

—¿Conoce usted la historia de La Atlántida? —le preguntó Solón.

—¿Atlántida? —Anacarsis se encogió de hombros—. Nunca he oído hablar de La Atlántida.

—Muy pocos conocen la historia de este gran reino —empezó a explicar Solón—, una historia que solo los sabios podemos conocer y que debemos preservar con mucho celo.

Solón miró fijamente a los ojos de su convidado, sopesando si ese extraño era merecedor de tal fuente de sabiduría.

—Por mi honor que sabré guardar sus sapiencias —contestó con convencimiento.

El gobernador se levantó y alisó la arena con la suela de su sandalia, luego cogió una rama y dibujó en el suelo una circunferencia ligeramente ovalada.

—En uno de mis viajes a Egipto coincidí con Tohom, un sabio sacerdote de Sais, una ciudad cercana al delta del Nilo. Tohom era el pontífice de Menfis y un erudito de la historia y la religión. En una sentada de atardecer, como esta nuestra, me explicó que hace miles de años, allende los mares, allá en Occidente existía un continente tres veces más grande que Asia. Era una tierra fértil a septentrión y árida en su franja meridional. Un territorio de vegetación rica en frutos

y de climatología inestable.

Solón se detuvo en sus explicaciones y resiguió con la rama nuevamente el surco que formaba la circunferencia dibujada en la arena, luego trazó una línea divisoria de arriba abajo y continuó su narración.

—Un gran río, con un caudal propio de los mares, poderoso en su curso alto y rico en minerales en su desembocadura cruzaba prácticamente todo el continente. Ese fabuloso edén fue la cuna de la humanidad.

El extranjero escuchaba las explicaciones del sabio con atención, sin poder disimular su perplejidad.

—¿Habitaba el hombre esa tierra, gobernador? —preguntó.

—El hombre... ¿Qué es el hombre, Anacarsis? —Solón esbozó una ligera sonrisa—. Hubo una especie parecida a la del hombre que habitó diferentes núcleos de esas tierras. Eran homínidos migratorios que vivían en cuevas y se alimentaban de la vegetación y de la caza menor, principalmente. Habían aprendido a fabricar sus propios artilugios de uso cotidiano, eran expertos cazadores y empezaban a dominar la conservación del fuego. Con el paso de los siglos se fueron desplazando hacia tierras australes, siguiendo los cauces de los ríos que se formaron tras el deshielo de las montañas que custodiaban la zona septentrional del continente. Pero lo más relevante de las características de esa especie es que llegaron a desarrollar un código primario de comunicación a través del habla.

Solón miró hacia el cielo encapotado y escondió sus manos en el interior de su túnica. Luego, con la ayuda del pie, borró la circunferencia que había trazado sobre la arena.

—Demos un paseo por los jardines —sugirió Solón—, hace fresco y parece que nos visitará la lluvia.

—La lluvia es muy inestable en esta época del año —apuntó Anacarsis—. En mi país las precipitaciones pueden durar semanas.

Las dos autoridades, con las manos a la espalda se dirigieron al palacio ateniense a paso lento mientras Solón continuaba con sus explicaciones.

—El deshielo de las montañas era una constante, y así fue durante varios miles de años. La meteorología era cambiante y se alternaban grandes épocas de lluvias con etapas de sequía. Eso provocaba que diferentes placas continentales se sumergieran y emergieran durante diferentes ciclos pluviales. No obstante, y a pesar de la variabilidad meteorológica, llegó una época de bonanza y esa especie salvaje, antecesora al hombre, empezó a asentarse y su movilidad geográfica fue más reducida. Entonces...

Solón detuvo el paso y volvió a mirar al cielo, negó con la cabeza y cerró los ojos. Su acompañante contempló también el espectáculo celeste, cuando el sol teñido de naranja se confunde entre las nubes y la luna aparece, languidecida con su vestido blanco.

—Y entonces... —le espoleó Anacarsis con impaciencia—. ¿Qué sucedió?

—Entonces llegaron ellos del Cosmos, describiendo circunferencias en el firmamento con sus poderosas máquinas de volar. Eran seres inteligentes y fuertes y poseían poderosas y afiladas armas fabricadas con materiales desconocidos para los habitantes del gran continente. Tenían conocimientos avanzados de astronomía, de botánica y dominaban el trabajo de la piedra y las construcciones. Ellos fueron los Dioses.

Anacarsis hizo un esfuerzo para contener una carcajada. Era la historia más jactanciosa que jamás había escuchado. Se preguntaba si ese viejo sabio había hecho demasiado uso de los vinos del banquete o si sus palabras eran una chanza sin sentido. Pese a su incredulidad, evitó

interrumpir el discurso de su anfitrión.

—Los Dioses se asentaron en el gran continente y levantaron construcciones magníficas. Para abastecer sus necesidades, esclavizaron a aquellos primeros hombres carentes de ciencia y de conocimientos. Les enseñaron a cultivar, a interpretar los ciclos solares, a trabajar la piedra y a alear metales. Para ensalzar su grandeza y su poder, erigieron efigies con sus rostros y levantaron construcciones funerarias de formas piramidales para honrar a sus difuntos en todo el continente. El esclavo rebelde era castigado de manera despiadada y la cultura del miedo a los Dioses se extendió por todo el continente, de un extremo al otro. Esa especie antecesora acabó sucumbiendo a su poder.

Una repentina ráfaga de viento hizo que la arena del suelo se arremolinara y luego se levantara. Ambos hombres tuvieron que cubrirse los ojos.

—¿Qué historia es esa, gobernador? —se sintió ofendido Anacarsis—, ¿pretende confundir mis creencias?

—Abra su mente y deje que la sabiduría penetre en ella. No permita que lo que el hombre cree saber se convierta en verdad absoluta —repuso Solón con seriedad.

El chillido afónico de un águila que sobrevolaba por encima de sus cabezas hizo que Anacarsis levantara la mirada. Durante unos instantes observó al animal, deleitándose con sus elegantes giros en el aire, luego un ligero escalofrío recorrió su espinaza.

Anacarsis era un hombre de origen escita, un pueblo dominador de la estepa pónica y Sarmatia. Estaba instruido en los conocimientos de la corriente filosófica de Occidente y era seguidor de los preceptos de los grandes sabios griegos, aunque sus fundamentos gnósticos diferían de los que profesaban los griegos. La religión de los pueblos escitas estaba influenciada por las creencias sumerias, donde la mitología y la teología iban muy unidas. Todo lo que refería a los Dioses era mágico y en consecuencia inexplicable. Enlil era el dios del viento, una de las deidades más respetadas por escitas y sumerios, y su espíritu estaba representado en la Tierra con la figura del águila. Por ese motivo, el casual planeo sobre sus cabezas fue percibido por Anacarsis como una revelación divina.

—Imagino que no es fácil adaptar las creencias ancestrales a revelaciones de esta magnitud, por ese motivo solo los sabios pueden comprender nuestros orígenes —quiso tranquilizarle Solón.

—Soy un hombre de mundo, gobernador. Conozco el pensamiento de una gran cantidad de pueblos y he aprendido a respetar sus creencias, aunque crea que sean las equivocadas —sonrió Anacarsis—. Tiene razón, debo abrir mi mente.

Solón apoyó sus manos sobre los hombros de su invitado.

—Es un hombre de mundo y también un hombre sabio.

Los dos hombres siguieron caminando a paso lento por el camino que conducía hasta la residencia del gobernador, un paraje bucólico por su diversidad de colores verdes y parduzcos.

—Los seres superiores se establecieron en el gran continente y procrearon para perpetuar su estirpe —siguió explicando Solón—. Luego, con los años, empezaron a hacer uso carnal de sus esclavas. Cada Dios tenía su propio harén y las elegidas vivían en concubinato en los palacios, debiendo obediencia y sumisión absoluta.

—¿Quiere decir eso que el hombre que conocemos hoy en día es el fruto del germen de los Dioses? —se interesó Anacarsis.

—Eso mismo cuentan los antiguos, pero no fue algo inmediato —aclaró el gobernador—. Los primeros neonatos fueron sacrificados en aras de preservar el linaje divino, aunque posteriormente la natalidad de los semidioses fue un hecho, dando paso a una nueva clase social.

Los semidioses eran instruidos en el arte de las armas y se les permitió el aprendizaje y el uso de la escritura.

A pocos pasos del palacio, Solón se detuvo para descansar. Se sentó en uno de los escalones e invitó a Anacarsis a hacer lo mismo. El extranjero seguía escuchando la particular historia de la creación que explicaba el sabio sin apenas osar interrumpirle.

—¿Cuánto tiempo abarca ese periodo? —intervino, ahora sí, Anacarsis.

—No sabría decirle con exactitud, pero el suficiente como para que el hombre se convirtiera en una especie inteligente, aunque a un nivel inferior al de los Dioses. El hombre fue evolucionando gracias a los conocimientos adquiridos y llegó a perfeccionar los códigos orales de comunicación. Eran simples construcciones fonéticas que habían empezado a imitar de sus esclavizadores, pero suficientes para desarrollar un primer vocabulario.

—Tal como lo narra, es de entender que los Dioses no vieron con malos ojos esa evolución de sus esclavos... —le interrumpió el príncipe escita.

—No fue una transición fácil. Los Dioses necesitaban que sus esclavos aprendieran multitud de disciplinas para ser más eficientes en su trabajo, aunque eso pudiese convertirse en una amenaza a su dominio.

—Gobernador... —balbuceó el invitado—. Me ha referido usted un continente más grande que Asia y que nuestros mares, pero... ¿dónde está ese fabuloso continente que nuestras naves no han encontrado?

Capítulo 2

Decían los primeros sabios de Grecia que solo un hombre ilustrado sabrá a quién puede transmitir su sabiduría, alguien que esté capacitado para entenderla, cultivarla y legarla. Solón escudriñó los oscuros ojos de Anacarsis buscando en ellos el don de la sabiduría y tras ellos lo encontró. Ese extranjero le inspiraba confianza y por ende se hacía merecedor del conocimiento.

—El viejo continente... El continente sigue allí, en Occidente —contestó Solón con un halo de misterio—. Me explicaba antes que en su tierra, los periodos de lluvias pueden prolongarse durante semanas. —Anacarsis asintió—. Eso es un serio problema... Las cosechas se echan a perder, los caminos se embarran y algunos pueblos quedan aislados de las regiones urbanas durante unos días. Pero, ¿se imagina un periodo de lluvia de más de nueve años? ¿Puede imaginarse la catástrofe que supondría?

—¿Nueve años de lluvias?

—Dieciocho solsticios y diecinueve equinoccios, sí señor; pero eso fue solo el principio. Durante este tiempo, muchas placas continentales se sumergieron dividiendo el territorio, los valles se convirtieron en una extensión del gran mar y las montañas más altas se convirtieron en islas. Los mares empezaron a ganarle terreno a las costas y algunos territorios del continente quedaron aislados o sumergidos por completo. Ante la necesidad de acceder a las diferentes ínsulas, sus habitantes empezaron a construir embarcaciones de corta eslora y a medida que las distancias se fueron acrecentando, el tamaño de las naves fue mayor. Las primeras grandes embarcaciones eran similares a las trirremes griegas, pero sin velamen y con una quilla más ancha e inestable. La navegación permitió viajar más allá del continente y de las islas conocidas, y descubrir nuevas tierras que fueron colonizando. La climatología fue tan severa que algunos de los grandes Dioses partieron para no volver.

El sol empezó a esconderse tras el monte Himeto, a la vez que las nubes se ennegrecieron amenazando tormenta, de modo que los dos hombres decidieron continuar departiendo en el interior de la residencia del gobernador. Al instante, apareció un sirviente de facciones espartanas que les acompañó desde la entrada principal hasta una sala adyacente presidida por una enorme mesa de mármol pentélico de color blanco, custodiada por dos largas hileras de bancadas talladas del mismo material. Solón acompañó a su invitado hasta un enorme diván de color ocre adornado con brazos de madera de castaño que había debajo de los ventanales. Otro sirviente apareció por la arcada que dividía las dos salas y sirvió de una jarra varias copas de vino.

—Unos sirvientes muy solícitos —dijo Anacarsis con admiración—. Si supiera las dificultades que tengo yo en mi residencia de Pharos. Nunca están cuando se les necesita. ¿Dónde los compró?

—Hace años que sirven en el palacio. Son metecos —repuso con cierto desprecio.

—¿Metecos?

—Disculpe, creí que estaba familiarizado con la jerga griega. Aquí llamamos petecos a los extranjeros que viven en Atenas, casi todos ellos son esclavos de galeras y sirvientes de los

eupátridas. Por supuesto, a los visitantes de su linaje no les apelamos con este término.

—Me pregunto si los esclavos de los Dioses que habitaron La Atlántida eran tan sumisos como los suyos —bromeó el príncipe escita.

—Los esclavos no son problemáticos mientras se les trate como a tal. En el caso de La Atlántida... —Solón no acabó la frase—. Muchos factores influyeron en el fin de ese gran continente. La prolongada época de lluvias fracturó el continente Atlántico y las crecidas de mares y ríos obligaron a la civilización atlante a ascender hasta tierras más montañosas. Se perdieron las cosechas y el abastecimiento alimenticio empezó a escasear en algunas aldeas, sobre todo en la zona meridional, donde las lluvias eran más abundantes. Producto de esta división, los Dioses quedaron separados en diferentes masas continentales, creándose diversos núcleos de población. Al este quedó el territorio de Athenea, al sur reinaba Macai y Atlas lo hacía en el noroeste, en la parte más extensa de tierra firme.

—¿Quiere decir que Ática es un fragmento de ese gran continente?

Solón sonrió y asintió.

—Los territorios se dividieron y los Dioses también, hasta el punto de enemistarse.

—¿Los Dioses se enfrentaron entre ellos? —se mostró extrañado Anacarsis—. ¿Una guerra de Dioses?

—Así fue, querido amigo. Las lluvias seguían arreciando —empezó a explicar Solón—. El principal receso de la costa continental la experimentó el territorio de Atlas, que iba perdiendo terreno a pasos agigantados. La escasez de alimentos y de materias primas motivó que su ejército realizara expediciones a otros reinos en busca de nuevos recursos, pero los habitantes de las otras tierras respondieron con hostilidad a las incursiones de los atlantes. Si bien Atlas pudo conquistar las ínsulas más cercanas a su territorio, cuando intentó incursionar en las tierras de Athenea empezó una cruenta batalla. La Diosa del Este era represiva y conocida por su habilidad en la guerra y la estrategia y supo responder con contundencia a las diferentes acometidas del reino del Norte.

La oscuridad empezó a tomar posesión del salón donde ambas autoridades estaban reunidas. Solón alertó a un sirviente para que prendiese la media docena de antorchas que había ancladas en las paredes. A los pocos minutos, un hombre alto y fornido y de rasgos egipcios apareció por la arcada con el recipiente del fuego y fue prendiendo las teas. Luego, tras hacer una leve reverencia, desapareció por donde había llegado.

—¿Por dónde íbamos? —intentó hacer memoria Solón.

—Me refirió a la división territorial del gran continente y al enfrentamiento de los Dioses.

Solón tomó aire, cruzó sus manos y se incorporó hacia delante antes de seguir con su narración.

—La subespecie híbrida empezó a crecer demográficamente y a extenderse por los diferentes territorios. Estaban bien dotados físicamente y sus conocimientos y habilidades cada vez eran mayores. Sus cuerpos se asemejaban a los de los Dioses: más esbeltos y altos. Por ese motivo, empezaron a darle importancia al culto del cuerpo; la belleza empezó a ser un indicativo de perfección, algo que hasta entonces había estado reservado a los Dioses.

—El hombre como fruto de los Dioses... —reflexionó Anacarsis en alto—. ¿Es eso lo que me quiere decir?

Solón asintió.

—No quisiera cuestionar su sabiduría, gobernador, pero esta leyenda me parece de lo más inverosímil.

Su contertulio se levantó y deambuló por la sala con sus manos cogidas a la espalda en actitud

reflexiva, luego volvió hacia el diván, sorbió de la copa de vino y se dirigió a Anacarsis.

—Sírvese de lo aparente como indicio de lo inaparente, querido amigo. Lo que refiere al pasado es propiedad de quien nos lo cuenta. ¿Qué de real sabemos de los Dioses? —le interpeló Solón a la vez que volvía a sentarse junto a su invitado—. Solo fabulaciones. La sabiduría no es un don, es el bagaje de quien sabe abrir su mente a nuevos conocimientos. Procure instruirse mientras viva, no crea que la vejez trae consigo la razón.

—Bebo de sus sabias palabras, gobernador. Por favor, prosiga —repuso Anacarsis.

—El receso de las costas provocó que el reino de Atlas quedara reducido a una pequeña extensión de territorio, una península en el límite de occidente. El Dios del norte, cansado de que los continuos oleajes arrasaran los poblados costeros y consciente de que el nuevo océano seguía ganándole terreno al continente, fortificó el territorio con tres murallas circulares y un profundo canal de un estadio de ancho que conducía hasta otro canal interior que hacía las veces de puerto, lugar donde podían fondear las naves sin miedo a ser arrastradas por el oleaje. Varias esclusas atravesaban los dos cinturones de tierra que rodeaban la ciudadela amurallada, permitiendo la circulación de retorno de las aguas. La fortificación estaba protegida por un foso de la misma anchura que el cinturón de tierra anterior y presidida por cuatro torres de vigilancia, una por cada esclusa. En el monte central, estaba el gran palacio de Atlas, una construcción en honor a Poseidón, a quien se le había atribuido el don de dominar los mares y las tormentas, puesto que desde su partida, el gran continente había desaparecido.

Solón llenó las copas y dio un largo trago de la suya antes de proseguir.

—Las lluvias seguían inundando las diferentes regiones continentales y la población humana, cada vez más autónoma, empezó a cuestionar el poder de los Dioses. Las inundaciones provocaron la escasez de alimentos y en consecuencia, la hambruna. Los esclavos y la sociedad híbrida se revelaron y, aunque los Dioses intentaron enderezar la situación en sus territorios, no consiguieron pacificar a una población cada vez más airada. El control social se derrumbó y entonces los Dioses marcharon y nos abandonaron a nuestra suerte, dando paso al origen de la humanidad.

La noche se hizo manifiesta tras los ventanales de la residencia del gobernador, quien dio por terminada la historia de los Dioses. Pidió la presencia de un sirviente y le ordenó que trajera unas viandas y que preparara una habitación para su invitado. Anacarsis se dirigió hacia el ventanal y observó con atención las estrellas que presidían el telón oscuro de la noche. Se preguntaba qué de cierto tenían las palabras de Solón y si sabría vivir el resto de sus días sin trascender ese gran secreto.

—Desde este momento me siento responsable de mi silencio, gobernador.

—Ponga a sus palabras el sello del silencio y al silencio el de la oportunidad. Solo los dotados de sabiduría podrán creer sus palabras —apostilló Solón.

Anacarsis se giró hacia su anfitrión, se frotó el mentón y frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió con La Atlántida?

—Transformaciones —contestó Solón sin más.

—Pero... ¿cómo?

—La tierra tembló y el mar azotó a La Atlántida. Los corrimientos continentales acabaron por anexar ese territorio a la península de Iberia. Quizá ese fue otro de los motivos que influyeron en la decisión de los Dioses de partir. Es posible que supieran que se aventuraban malos tiempos. Sea como fuere, ese último reducto de los Dioses se consideró un lugar maldito. Parece ser que al partir maldijeron el lugar. Desde entonces, los territorios orientales consideraron que allende el

estrecho de Calpe era un territorio maldito y por ese motivo Heracles construyó dos columnas a lado y lado del estrecho para delimitar la zona prohibida.

—Hasta que los cananeos las cruzaron —apuntó Anacarsis.

—Efectivamente —aplaudió Solón—. Coleo de Samos, un navegante y mercader cananeo fue arrastrado por la corriente más allá de las columnas hasta llegar accidentalmente a las costas de Tartessos. Allí se encontró con un asentamiento de población pesquera y metalúrgica donde le ayudaron a reparar su embarcación. Años más tarde, Tartessos se convirtió en una colonia de los cananeos.

—Entonces... Tartessos es la antigua Atlántida —concluyó Anacarsis.

La carcajada de Solón sorprendió al príncipe escita.

—Querido amigo, ¿no habrá creído la historia que le acabo de contar?

“Cuestionasteis nuestro poder y nuestra
sabiduría. Seréis condenados y castigados por
ello”

Segunda parte

TARTESSOS EL CASTIGO DE LOS DIOSES

Capítulo 3

Tartessos, año 536 a.C.

El equinoccio de primavera llegó turbado, con fuertes vientos del norte que auguraban una mala cosecha y unas cuantas semanas de lluvia. Era mala época para salir con las embarcaciones a laborar la pesca y los tartesios echaban mano de sus despensas, de la salazón de pescado y de las confituras que conservaban desde hacía meses; así pues, las lluvias se convertían en un inconveniente más, a sumar a las heladas de los meses anteriores y las últimas revueltas sociales. Aunque el recién estrenado reinado de Arkan satisfacía a una gran parte de la sociedad, algunos núcleos afectos al antiguo rey Argantonio III mostraban su disconformidad a la soberanía del nuevo monarca, por entender que fracturaba la tradición dinástica de su predecesor; además, el maridaje de Arkan con Betunia, la hija del propio Argantonio, había sido entendido como una maniobra para unir Tartessos con el reino vecino de Conios.

Durante los tiempos de Argantonio III, el reino era admirado por su riqueza, por su sabiduría, su amigabilidad y su gloria en la guerra. Gracias al buen hacer del general Arkan en el campo de batalla y las consolidadas alianzas con los conios y los griegos focenses, el reino tartesio no solo había conseguido contener las incursiones de los íberos y salir airosos de las continuas escaramuzas con el reino de Gadis, sino que además se había ganado el respeto de todos los pueblos vecinos. A modo de advertencia, todos los caminos que conducían a Tartessos desde el interior estaban custodiados por monolitos y estelas con todo tipo de motivos grabados en piedra, generalmente, la silueta de algún guerrero armado o el símbolo de su escudo: la triple muralla circular que en su día ideó Atlas junto a un guardián lancero.

Tras la muerte del último rey de la dinastía de los Argantonio, Tartessos entró en un periodo de decadencia comercial y política. Los fenicios, molestos con la estrecha amistad de los tartesios con los griegos focenses, cambiaron sus rutas comerciales y el reino se quedó sin uno de sus principales clientes del gran mar.

Arkan se había rodeado de siete hombres sabios, hombres procedentes de la alta aristocracia tartesia, dotados con la habilidad de la escritura e instruidos en el pensamiento y el estudio de la astronomía y la botánica. Con ellos había formado el Gran Senado, un órgano creado para preservar y cultivar la sabiduría heredada de los Dioses y legislar el orden de todo el territorio, algo que las últimas dinastías se había ido olvidando. Los sabios querían controlar a la población para una producción más eficiente y creyeron conveniente hacerlo a través de una doctrina, legislar a partir del culto a los Dioses. Por ese motivo, mandaron construir diferentes estatuas repartidas por todo el territorio en honor a las primeras divinidades con el propósito de que la sociedad tartesia recordara y no olvidara sus orígenes. En sus manos estaba recordar la memoria histórica, ensalzar el poder de los Dioses y atribuirles a ellos las suertes y las calamidades: una buena cosecha, un triunfo en batalla o el simple nacimiento de un nuevo infante eran méritos atribuidos a los Dioses, por el contrario, las tormentas, las plagas y la muerte prematura eran considerados castigos de las deidades por los actos de los hombres. Acababa de nacer una legislación basada en el culto a seres superiores con el objetivo de tener un control social del pueblo.

La adoración, el rezo, la súplica y la penitencia se convirtieron en hechos cotidianos. Los tartesios buscaban el consentimiento y el perdón de los Dioses por cada acto que realizaban, por este motivo, los castigos divinos eran más temidos que los castigos del propio rey. Arkan mandó grabar en las rocas de los caminos la legendaria sentencia del Dios Atlas: «*Cuestionasteis nuestro poder y nuestra sabiduría. Seréis condenados y castigados por ello*». Otros lemas, acuñados por el Gran Senado, advertían a los tartesios de las repercusiones de los actos impuros y delictivos, a la vez que ensalzaban a los justos y a los obedientes: «*Los Dioses juzgarán tus pasos*» o «*Los castigos de los Dioses son perpetuos*».

Tras tres días de lluvia persistente, el sol tomó posesión del cielo y las primeras embarcaciones de pesca enfilaron los canales que conducían al gran mar. Eran barcazas de pequeño calado y sin timón, provistas de remos simples y rudimentarias velas. Tenían espacio para tres o cuatro tripulantes a lo sumo y no solían adentrarse a mar abierto, limitándose a bordear el litoral más cercano. El gran mar era temido y se explicaba que cuando las pequeñas embarcaciones se adentraban a la franja oscura, eran engullidas por la ira de los Dioses. Practicaban la nasa, un método de pesca primitivo que aún sigue siendo usado en la actualidad, consistente en lanzar diferentes cestas fabricadas con juncos alrededor de la embarcación. Las amarraban a una maroma y horas más tarde recogían la pesca tirando de ella.

La influencia fenicia había sido muy importante en los últimos tiempos. Los mercaderes habían llevado hasta la península nuevos productos a la huerta de los tartesios y nuevas técnicas de cocinado y recolección. Así, por ejemplo, habían aprendido a preparar un brebaje fruto de la fermentación del lúpulo y la recién llegada cebada. Con la llegada de las parras, aprendieron a fabricar mostos, que rápidamente se popularizaron entre la población tartesia. Sin embargo, fue la llegada de la gallina uno de los descubrimientos más importantes, animal que revolucionó la alimentación diaria de sus habitantes y que aportó un nuevo elemento alimenticio: el huevo.

La hidrografía del sur de la península facilitaba el regadío de las cosechas y en esa época del año, los campesinos recogían las calabazas, las fresas y los melocotones, y empezaban a sembrar los frutos del segundo equinoccio. Las mujeres salaban la pesca a pie de playa y la colgaban para que el viento y el sol completasen el proceso de desecado. Aunque se habían acuñado algunas monedas locales con la efigie de Gerión —el monstruoso gigante de tres cabezas que decían que Heracles había vencido tiempos atrás—, el trueque seguía siendo un sistema de distribución alimenticia eficiente, de modo que el intercambio de bienes tomó mucha fuerza, tanto en el comercio interior como en el exterior. Los agricultores y los artesanos exponían sus excedentes de producción en improvisados mercados que se distribuían por diferentes puntos de Tarsis, la capital del reino, y en las aldeas más cercanas a la costa. Los mercaderes extendían unas esterillas hechas con sarmientos o juncos en el suelo, sobre las que presentaban sus excesos de producción. En los mercados había frutos de la huerta, piezas de cerámica, utensilios de corte y de caza, leche de cabra, huevos, telas y otras vestiduras realizadas con pieles y cuero. El culto al cuerpo seguía siendo importante y por ese motivo, también había artesanos que exponían joyas fabricadas con caracolas, metales, piedras pulidas y huesos de animales. Algunos mercaderes fenicios procedentes de Tiro se asentaban en Tarsis durante largas temporadas ofreciendo marfiles, orfebrería y perfumes. Al no existir moneda de cambio con sus visitantes, resultaba complicado hacer una valoración correcta de los bienes que se exponían, de modo que se producían

intercambios desiguales que enriquecían a unos por encima de otros.

Tartessos, gracias a su riqueza metalúrgica, se había convertido durante el último siglo en un referente comercial en Occidente y hasta sus costas llegaban mercaderes de medio mundo, principalmente fenicios, egipcianos y griegos de Fócida. El oro, el bronce, el estaño y la plata, eran las grandes riquezas mineras que atraían a los visitantes, así como elementos de cocina, armas y crisoles de cerámica para la fundición. Los cananeos habían establecido una factoría comercial en Tartessos parecida a la de sus colonias durante los primeros años del reinado de Argantonio II, sesenta años atrás, aunque el sur peninsular había conseguido mantener una independencia territorial y legislativa que aún perduraba.

A falta de esclavos que trabajasen las tierras del rey, el Gran Senado había instaurado un sistema de arbitrios para nutrir las necesidades del palacio y las de los hombres del ejército tartesio. Se creó la figura del recaudador, sirvientes de la casa del rey que periódicamente patrullaban por el núcleo urbano para recaudar lo que al rey pertenecía. Había sido una medida poco popular y la población consideraba abusiva la recaudación que el monarca había ordenado, por considerar que no le eran necesarias tantas viandas y tantos utensilios para su uso y disfrute. Sin embargo, algunos comerciantes obtenían el favor del rey y le servían directamente en el palacio. El que tenía el privilegio de proveer al rey pagaba menos tributaciones pero debía servir lo que se le pedía con estricta eficacia y puntualidad; por ese motivo, eran muchos los mercaderes que, a diario, subían la colina del palacio para ofrecer sus productos.

Tartessos era un reino admirado más allá del gran mar por la amabilidad y hospitalidad de las gentes, además de sus buenas artes comerciales y su elevado nivel de conocimiento. Su estrecho contacto con los mercaderes que visitaban sus costas había enriquecido sus habilidades lingüísticas adoptando léxico foráneo al lenguaje tartesio arcaico. La narración de antiguos acontecimientos y el testigo de los valores y las habilidades se transmitían de generación en generación. En algunas aldeas y, sobre todo, en la capital era habitual la figura del orador, generalmente, gente anciana que pregonaba sus conocimientos y adoctrinaba a los infantes con fábulas relacionadas con los Dioses. Así pues, la fonética y la expresión oral de los tartesios era una de las más evolucionadas de Occidente y no era extraño encontrar a las gentes de Tartessos conversando amigablemente junto a una buena hoguera.

Capítulo 4

Terón era un artesano del arte de la piel conocido por su destreza en el cosido de las pieles y sus creaciones eran admiradas por su fineza y su elasticidad. Había aprendido a bruñir las pieles de los animales con aceites naturales y a darles una tersura y suavidad inigualable. Solía cazar presas pequeñas, con trampas que preparaba en el bosque, generalmente, fosos que cavaba y luego cubría con ramas y hojarasca. Trabajaba principalmente las pieles de conejos y zorros, por tener un pelaje más fino y una piel más fácil de zurcir. También trabajaba el cuero con maestría. Primero curaba las pieles con sal humedecida, las guardaba prensadas entre dos tablas de madera durante un periodo aproximado de un ciclo lunar, luego las remojaba varias veces para extraer la salubre y finalmente extirpaba el pelo con piedras de filo romo para no dañarlo.

Esa mañana había viajado a palacio con la intención de ser recibido por la reina Betunia. Pretendía hacerse con su favor obsequiándole con su último trabajo, una pieza diseñada especialmente para ella. Nunca había tenido la oportunidad de agasajar a ningún miembro de la familia real y por esa razón, su nerviosismo se acrecentó cuando los guardianes le concedieron la entrada al recinto.

Desde la puerta principal, había que recorrer unos cinco estadios de un camino serpenteante custodiado con hileras de cipreses a lado y lado. A mitad de camino, Terón se detuvo para ver galopar a los caballos por el valle adyacente a la residencia real. Los alazanes vivían prácticamente en libertad en un pequeño paso cercado en el que podían correr a sus anchas. Las cuadras estaban situadas en el mismo collado, donde eran abrevados y alimentados varias veces al día por sirvientes del palacio; de hecho, muchos habitantes de la península solían decir que vivían mucho mejor los caballos que los propios tartesios.

Uno de los espectáculos más apreciados de los tartesios eran las carreras de caballos que se celebraban cuatro veces al año, coincidiendo con la llegada de los solsticios y los equinoccios. Los soldados competían en una larga galopada en la que rodeaban un circuito natural que bordeaba el acantilado y los aledaños del palacio, donde finalizaba la carrera. El ganador era galardonado por los reyes con un penacho de cuero y plumas que colgaban en su cintura.

Un sudor frío hizo estremecer a Terón tras cruzar la rosaeda situada ante la puerta de entrada del palacio y se detuvo para tomar aire. Antes de seguir, aderezó sus vestiduras y se sacudió el polvo de las piernas, luego se acercó hasta el arroyo que colindaba con el palacio y se refrescó la cara y su lacia melena. El curtidor era un hombre de baja estatura y complexión robusta. Su morfología física no era demasiado evolucionada y su aspecto, como el de muchos otros tartesios, no se alejaba demasiado a la de los primeros aborígenes de la península, de modo que su cuerpo presentaba una gran cantidad de bello en cara, torso y extremidades.

Alzó la vista para ver la majestuosidad del edificio y sopesó la posibilidad de dar la vuelta y regresar por donde había venido. Tres guardianes se hacían fuertes en la entrada y uno de ellos salió al paso al verle acercarse. El vigilante le asió del brazo con desprecio y le introdujo en el edificio, acompañándole hasta una antesala de pequeñas dimensiones donde esperaban, sentados en una bancada, otros cuatro comerciantes de Tarsis.

Tras más de una hora de espera, Terón se levantó de un brinco cuando escuchó su nombre, soltó

aire para templar sus nervios y acompañó al guardián durante varios pasillos hasta llegar a la sala del trono. El hombre se detuvo a una distancia prudencial del estrado y prensó el hombro de Terón con fuerza, obligándolo a postrarse en el suelo.

—Inclínate, comerciante —le ordenó—. Con la cabeza baja.

Terón abrazó con fuerza el hatillo de tela que contenía la dádiva para la reina y obedeció al guardián. A medida que esperaba nuevos acontecimientos, notaba como cada vez le temblaban más las piernas y la sudoración en las manos era, por momentos, mucho mayor, producto del nerviosismo.

Las puertas de la estancia se abrieron y los criados anunciaron la entrada de la reina. Betunia era descendiente de la recién extinguida monarquía y por ese motivo, tenía muy interiorizado el culto a la belleza y el cuidado de su aspecto físico. Embellecía su cabeza con una corona hecha con hojas frescas de hiedra trepadora que renovaba a diario y que sujetaba a la parte superior de una melena dorada que se deslizaba hasta prácticamente su cintura. Gustaba de exhibir abalorios, principalmente, collares y brazaletes de oro y plata, así como piezas de piedra pulida. Su aspecto era grácil y elegante, de facciones finas y anguladas y tez blanquecina. Era tal su belleza que Arkan la consideraba una Diosa.

Betunia se sentó en su trono e hizo un gesto a Plea, su sirvienta personal, para que ésta le arreglara el pelo.

—¿Qué me traes, artesano? —dijo al fin Betunia.

Terón sabía sobradamente que no podía mirar fijamente a la cara de los reyes ni hablar antes de que éstos dieran su permiso. Si el monarca lo consentía, el visitante podía ponerse en pie y hablar. El curtidor levantó la cabeza y evitando fijar la mirada en la reina empezó a desenvolver el hatillo, mostró en alto su contenido y luego volvió a inclinarse. Betunia hizo un gesto con la mano y Terón se incorporó manteniendo su cabeza gacha.

—Son unos cubrepiés para mi reina —dijo con un hilo de voz—. Están hechos con piel de zorro teñida en añil. Me honraría que mi reina los aceptara.

Terón volvió a arrodillarse.

Plea bajó del entarimado del trono y se dirigió hasta la posición de Terón, tomó los cubrepiés y los acercó a la reina. Ésta los examinó y después ordenó a su sirvienta que se los pusiese, luego se levantó y comprobó la comodidad de las sandalias.

—Buen trabajo, artesano. Puedes irte —sentenció sin más.

Terón apretó los puños y se levantó, manteniendo la cabeza en sumisión. El nerviosismo le estaba atenazando y notaba como el sudor perlaba su frente. Al final se decidió.

—Mi reina... —empezó a decir—, es mi hija pequeña...

—¡Silencio! —le interrumpió Plea—. ¿Cómo osa dirigirse a la reina sin permiso? ¡Guardianes! —se dirigió a los dos soldados que escoltaban la puerta—. Llévense a este hombre de aquí.

Betunia detuvo a los guardianes con un leve gesto de su mano.

—¡Alto! —ordenó—. Hable, artesano.

Esta vez, Terón levantó sus ojos y fijó la mirada en la reina. Por un momento creyó que no le saldrían las palabras. Tragó saliva y se decidió.

—Mi reina, mi hija padece fiebres y está muy débil. Hemos procurado por ella con todos los conocimientos que poseemos pero tememos por su vida.

El curtidor detuvo su discurso unos instantes para conocer la reacción de la reina.

—Prosigue, pero se breve.

—Nos honraría que mi reina consultara con el boticario de palacio. Estoy seguro de que él

conoce algún ungüento o alguna sopa curativa. —Terón volvió a bajar la cabeza, oprimió su mandíbula y tensó su cuello para exagerar su inclinación.

Betunia acarició su vientre instintivamente. Por norma general, el acto indigno del artesano de dirigirse a ella sin permiso para hacerlo hubiese sido castigado con dureza, pero desde que las hemorragias interrumpieron su gestación meses atrás, le enternecía todo aquello que refería a infantes. Hizo presión con sus pies contra el suelo y comprobó nuevamente la delicadeza de los cubrepies.

—Hoy los Dioses están de tu parte, comerciante. Llamaré al boticario para que visite a la niña. Puedes irte.

Con lágrimas furtivas en el rostro, el peletero reverenció con leves inclinaciones a la reina y salió de la estancia en compañía de uno de los guardianes de palacio. Mientras, Betunia siguió recibiendo a otros comerciantes que visitaban el palacio para presentar sus mercancías.

Las dádivas a los reyes era un hecho habitual. Proveer las necesidades de la casa real era una manera muy efectiva de no pagar impuestos, de modo que muchos comerciantes preferían hacer donativos a tener que entregar una asignación fija semanalmente. No obstante, regalar no garantizaba la exención de pagar tributos, este hecho solo se producía cuando los reyes quedaban especialmente satisfechos.

Cerca del manantial, allende la desembocadura del río grande, estaba la choza de la familia de Terón, una casucha humilde, fabricada con piedra y una amalgama de barro cocido y paja. Otros habitantes, sobre todo aquellos que su casta procedía de los antiguos esclavos, vivían en estrechos entrantes de las montañas y cuevas que se habían formado años antes con la erosión del oleaje. En cambio, el núcleo urbano de Tarsis tenía una arquitectónica más sólida y resistente a las inclemencias. Las viviendas tenían influencias fenicias, construidas con fuertes muros de piedra sin desbatar que formaban estructuras cuadrangulares reforzadas con vigas de madera capaces de sostener anchas azoteas de cubierta plana. Los pavimentos interiores, bastante cuidados, solían estar pintados en tonos rojizos, como la mayoría de los dinteles y los patios, muy comunes en el sector noble de la capital. Éstos solían estar revestidos con guijarros y gravilla, también teñidos en tonos granates.

Tras recorrer el camino de vuelta a pie, Terón llegó con la noche cerrada a su casa, donde Farada le esperaba despierta.

—¡Terón!

Farada corrió a sus brazos para abrazarle.

—¿Cómo está la niña?

—Sigue igual —repuso ella—, la he cubierto con telas mojadas, tal como me dijiste. Parece que le ha bajado la fiebre pero sus llagas continúan sangrando. Ahora está durmiendo.

Terón asintió.

—¿Qué te han dicho? —dijo ella.

—Mujer, déjame descansar, ha sido un viaje muy largo —contestó Terón de mala gana—. Trae agua de la fresquera.

En la península había diversos manantiales provenientes de las desembocadura del río que bajaba de la montaña y sus habitantes solían aprovisionarse de agua a diario, llenando sus tinajas hasta arriba. Cuando llegaban a casa, vertían una parte en un cántaro y lo dejaban en el suelo de la

entrada, a la sombra y cubierto con paja mojada. Hacían lo propio con la comida de guardar, puesto que por la entrada a las cuevas entraban las corrientes de aire y la humedad de la paja favorecía la conservación del agua y de los alimentos.

Terón bebió un trago largo de agua ante la impaciente mirada de su mujer. El mal humor con el que su hombre había entrado en la casa no auguraba demasiadas buenas noticias.

—Háblame, Terón, te lo ruego —insistió la mujer —¿Has podido llegar a Tarsis?

—Me ha escuchado... —empezó a decir antes de volver a tomar un buen trago de agua—. Me ha dicho que le explicaría nuestro problema al boticario de palacio. Nada más.

—Pero esto es una buena noticia —se apresuró a decir ella cambiando la expresión de su cara.

Terón hizo un mohín de fastidio, se quitó los cubrepiés que había llevado durante el camino y los lanzó con furia contra el suelo.

—No ha preguntado dónde habitamos, no sabe quienes somos ni dónde encontrarnos. ¿Entiendes, mujer?

—¿Y por qué no se lo has dicho? —le reprochó Farada.

—¡Basta ya! —alzó la voz—. No ha sido posible, mujer. A los Dioses agradezco que esa mujer no haya ordenado que me cortaran la lengua por dirigirme a ella sin permiso.

Farada dio media vuelta y se dirigió a un rincón de la casa y se arrodilló ante una pequeña talla de madera con la efigie de Atlas. Entre sollozos, empezó a orar por la vida de su hija. Terón hizo un ademán de acercarse para consolarla pero se dio la vuelta y tomó un último trago de agua antes de arremolinarse en su jergón para dormir.

En el interior del palacio, Plea ungía y masajeara las piernas de la reina con aceite de romero, mientras ésta miraba por la ventana de su habitación con la vista perdida en el mar.

—Hace ya catorce lunas que partió Arkan —dijo después de un suspiro—. No entiendo el motivo de su demora.

Betunia era una mujer de carácter muy voluble y Plea evitaba hablar si no era estrictamente necesario, por este motivo, solo esbozó una sonrisa ante las preocupaciones de su ama.

—Me siento sola —continuó diciendo en voz alta—. Últimamente sólo hablo contigo y no eres especialmente habladora.

Plea volvió a sonreír, pero consideró que el reproche le obligaba a decir alguna cosa.

—No debe preocuparse por la demora, mi reina —dijo al fin—, las montañas de Conios están a más de cinco lunas de camino. El rey no puede tardar mucho en llegar.

—He pensado que mañana podría ir a la hípica, a montar a caballo —dijo ahora Betunia, cambiando el hilo de la conversación.

—¿Sin el permiso del rey? Antes de partir, el rey me pidió que procurase por su fecundidad y prohibió que montase a caballo durante su ausencia... —contestó Plea antes de ser interrumpida por Betunia.

—El rey no debe saber nada de todo esto, además, no recuerdo haber pedido tu opinión.

Como era habitual en ese tipo de situaciones, Plea se arrepintió al instante de haber abierto la boca. La reina no soportaba que la contradijeran y aún menos, que alguien del servicio osara cuestionar alguna de sus decisiones.

—Plea, dile a un guardián que me traiga ahora mismo al mozo de cuabras. ¡De inmediato! —alzó la voz.

Plea asintió con un leve gesto de cabeza, secó sus manos y salió de la habitación para hacer lo que le había pedido. Al verla, el guardián de la puerta irguió su cuerpo y puso su mano en el pecho a modo de saludo.

Capítulo 5

Sostrate era un joven alto y fuerte, de cuerpo perfectamente esculpido gracias a la exigencia de su trabajo y una piel bronceada y curtida por el sol. Él era el encargado de abreviar y alimentar a los caballos del reino y de todo lo referido a la doma y su cuidado. A diario cargaba con los costales de alfalfa y heno y los transportaba hasta el valle que colindaba con el recinto del palacio. El contacto con los animales favorecía que estos confiaran en él, de modo que mantenía con ellos una relación de amistad muy particular.

Esa tarde, Sostrate volvía del valle con los costales vacíos bajo el brazo por el sendero de los olivos, un paraje más abrupto y pedregoso que la ruta natural trazada por el paso de los tartesios, pero también más sombría. A medio camino se detuvo en un arroyo para refrescarse y saciar su maltrecho estómago. Echó mano a su zurrón y se sentó en una piedra del camino para comer una manzana, mientras contemplaba la anaranjada caída del sol tras la lontananza del horizonte. Para un espíritu libre como el suyo, trabajar a las órdenes de Palacio representaba un esfuerzo de sumisión demasiado grande para él, pero le garantizaba tranquilidad y alimentos, además, los guardianes le trataban como a uno de ellos y siempre era bueno tenerlos de su parte, de modo que su sensación de servilismo se veía mitigada por los privilegios que poco a poco había ido adquiriendo. Contemplar las puestas de sol al final de la jornada se había convertido en una liturgia que le hacía sentir libre, aunque fuera por unos momentos.

Al llegar a las inmediaciones del palacio un guardián salió a su paso con presura.

—Sostrate —se dirigió hacia él—. Acompáñame, la reina quiere verte ahora mismo.

—¿La reina? ¿La reina quiere verme a mí? —repuso con cierto temor—. ¿Ha acaecido algo?

El guardián se encogió de hombros, evidenciando desconocer el motivo de tal citación y le hizo un gesto para que le siguiera. Sostrate se recogió su melena azabache sirviéndose de una hebra de esparto e improvisó un recogido en forma de coleta. Luego aderezó el faldón de cuero que le cubría la cintura y acompañó al cancerbero hasta la antecámara de la reina, donde les esperaba Plea con cierta impaciencia.

—Has tardado mucho, mozo. La reina está impaciente y ya ha preguntado por tu presencia varias veces.

—Estaba en el valle, dando de comer a las bestias —se excusó rápidamente el muchacho.

—Te sugiero que no oses replicarle a la reina —hizo un gesto para que callara—. Si te pregunta solo pídele disculpas. Sin justificaciones.

Plea corrió el cortinaje de la entrada a la habitación y carraspeó tímidamente para llamar la atención de Betunia. La reina se giró y movió su mano autorizándole la entrada.

—Mi reina, con su permiso. Ya ha llegado el mozo de cuadras. Si usted da su aprobación...

—Dile que pase y tú ya puedes irte, no necesito de tus servicios en este momento —contestó con desdén.

La sirvienta se inclinó para reverenciarla y salió de la cámara cediéndole el paso a Sostrate, a quien la incertidumbre le estrujaba el corazón y la boca del estómago. Aunque no recordaba haber cometido ninguna falta que comportase algún tipo de castigo, los designios de los reyes eran siempre impredecibles y por extensión, temibles. No obstante, consideraba que si algo hubiese

hecho, la reina no le hubiese llamado para reprenderle, sino que hubiese ordenado a algún guardián que le castigase.

Betunia yacía en su lecho mientras jugueteaba con los pétalos de una rosa de colores amarillos. No llevaba puesta su habitual corona de trepadera, de modo que su pelo se deslizaba con libertad por sus hombros y su espalda. Sin moverse de su posición recostada le hizo una indicación a Sostrate para que se acercara. Éste obedeció y caminó hasta los pies del lecho. Ahí se detuvo, guardando la distancia prudencial que se le exigía al servicio.

A través de la ventana de la cámara real entraban los pocos restos de luz del día, los suficientes como para que el mozo distinguiese a la perfección el atractivo cuerpo de la reina, quien seguía jugueteando con los pétalos de la rosa. Sostrate inclinó la cabeza y apretó sus mandíbulas.

—¿Cómo te llamas, mozo?

—Mi nombre es Sostrate, mi reina —contestó con firmeza y sin osar levantar la vista.

Betunia se levantó y se dirigió hacia él, acarició su pecho con una mano y con la otra le levantó el mentón. Entendió que con ese gesto tenía permiso para mirarla y así lo hizo. Los ojos oscuros y penetrantes de Sostrate se clavaron durante unos segundos en los de color verde de ella. La mano de la reina se deslizó por el pecho del muchacho hasta su cintura, luego le rodeó y siguió haciéndola resbalar suavemente por la espalda.

—Tienes el cuerpo de un Dios —le dijo con descaro—. Tus piernas y tus brazos son... —no terminó la frase—. Tu cuerpo está impregnado de sudor y hueles a bestia —le reprochó.

Sostrate se mostró avergonzado y sopesaba decir algo. Recordó el consejo que le había dado Plea antes de entrar y se limitó a contestar:

—Lo lamento, mi reina. Vengo del valle y...—se detuvo—. Lo lamento mucho, mi reina.

Betunia recogió una jofaina de barro del suelo y removió con sus dedos el aceite de romero que había en su interior, se acercó nuevamente hasta el mozo de cuabras y le ungió el pecho con suaves masajes mientras le miraba a los ojos con mirada insolente. Sostrate estaba atenzado, no entendía qué pretendía hacer con él la reina, pero no le gustaba el cariz que presentaba la situación. Notaba como su corazón latía agitadamente y ella también se percató al detener su mano en su pecho. Betunia sonrió y siguió masajeando su musculoso cuerpo, luego hizo lo propio con su cara, jugueteando con sus dedos entre los surcos de sus facciones.

—Túmbate en el lecho, Sostrate.

La orden de Betunia sorprendió al mozo, quien miró de soslayo a lado y lado de la cámara, temiendo que allí pudiese haber alguien que estuviese presenciando esa comprometida situación. Ante la entrada había un guardián que podía estar escuchándolo todo tras las pieles que hacían las veces de cortina, y eso le inquietó. Ella tomó su mano y le acompañó hasta el lecho, luego se situó frente a él, a muy poca distancia. Sostrate percibió la respiración agitada de la reina cuando ésta volvió a posar ambas manos sobre su torso. Luego le empujó de improvisto y el muchacho cayó sobre el mullido lecho de la reina.

La reina se sentó a su lado y volvió a enjuagar sus manos con aceite de romero.

—Nada debes temer, mozo —le dijo ella al reparar que Sostrate tiritaba de nerviosismo.

La mano certera de la reina empezó a masajear el muslo de Sostrate y sus dedos se incursionaron con cautela por debajo de su faldón.

—Mi reina, esta situación es un poco comprometida —dijo al fin con un hilo de voz.

Sostrate sabía que desde ese momento su vida acababa de ser condenada para siempre. Tras más de un año sin haber estado con mujer alguna, la atracción de la carne se presentaba ineludible en esa alcoba, además, el cuerpo de la reina era un dulce difícil de despreciar; pero sucumbir a

los deseos y los encantos de esa mujer suponía un riesgo demasiado alto. Si tamaña traición llegaba a oídos del rey sería castigado con escarnio hasta morir empalado. Su cuerpo se estremeció al pensarlo. Por otro lado, ¿qué represalias podría tomar la reina si se negaba a seguir con ese comprometido juego? Volvió a mirar hacia el cortinaje de pieles de la entrada a la cámara, temiendo que se abriesen en cualquier momento.

El cuerpo febril de la reina se deslizó por encima del de Sostrate, serpenteando y provocando que sus pechos friccionaran sutilmente sobre su torso. Ambos agitaron su respiración y sus cuerpos se encontraron, enardecidos y deseosos de placer. Betunia acercó sus labios a los de Sostrate y los mordisqueó.

Sentado en un tronco cercano a su casa, Terón enjuagaba el cuero de un animal en una jofaina de barro mientras departía con un vecino. Le explicaba con desolación que la salud de su hija cada vez era más precaria, pero que esperaba la visita del boticario del rey para que le tratase la enfermedad.

—No confío demasiado en la palabra de la reina —se lamentaba—. ¿Qué puede importarle a ella la salud de la hija de un curtidor?

—Ten esperanza, Terón, los Dioses os ayudarán —intentaba reconfortarle el otro hombre—. Estoy seguro de que...

—Los Dioses... —le interrumpió en tono de burla—. Los Dioses nos abandonaron hace muchos años, querido amigo. Atlas nos lo dijo antes de partir, estamos condenados.

—No hables así de ellos, Terón, ellos son poderosos y, aunque ya no estén aquí, vigilan nuestros actos y nuestras palabras.

—¿De verdad crees eso, Midis? Eso es lo que los reyes y los sabios nos hacen creer —dijo con escepticismo—. ¿No ves que lo que procuran es que temamos esos castigos divinos para tenernos controlados? La gente no se atreve a hacer nada por miedo. Somos ganado, querido amigo. Tenemos miedo al rey, miedo a los Dioses... le tenemos miedo a todo.

Midis estaba escandalizado y preocupado por el agnosticismo que profesaba abiertamente el curtidor. Nunca antes había escuchado hablar a ningún tartesio en semejantes términos y pensó que la cruel enfermedad de la niña había enajenado por completo a su vecino y amigo. Se puso en cuclillas y recogió varios guijarros del suelo y los zarandeó en el interior de su mano mientras pensaba en la mejor manera de hacerle entrar en razón. Lanzó uno de ellos haciéndolo rebotar contra el tronco de un pino cercano y disintió con la cabeza.

Farada interrumpió la charla de los vecinos con sus gritos. La mujer bajaba por el sendero con presura y su voz denotaba cierta conmoción.

—¡Terón, corre! —vociferó a sus espaldas—. Ven a casa.

—¿Qué ocurre, mujer? —se preocupó Terón—. ¿Se puede saber qué son esas voces?

—Un hombre se acerca a caballo. He visto como cruzaba el puente del río Rojo. Se dirige a nuestros terrenos.

La jofaina cayó al suelo con estrépito, rompiéndose en varios trozos. Terón la había dejado caer antes de empezar a correr hacia Farada.

—¡Vamos, mujer! —exclamó—, debe ser el boticario del palacio. La reina ha cumplido su palabra.

Efectivamente, a lo lejos pudieron divisar como un hombre a caballo serpenteaba por el

camino que bordeaba el valle dejando una enorme estela de polvo a su paso. Farada rodeó la cintura de Terón con su brazo y posó su cabeza sobre su hombro. La esperanza parecía haber llegado. Midis se unió a la pareja y palmeó con satisfacción la espalda de su vecino.

—Los Dioses te han ayudado, amigo. Sabía que ellos velarían por la suerte de tu hija. Me alegro por vosotros.

—Guárdate tus alegrías por el momento —le cortó el curtidor—. Por todas las tormentas... pero si es...

La expresión de su cara había cambiado por completo. Terón frunció el ceño para distinguir mejor la silueta del hombre que se acercaba a caballo.

Ya en un campo de visión más cercano pudieron comprobar que el hombre que llegaba a lomos de un elegante caballo blanco era un guardián de palacio. Farada no pudo reprimir un gesto de frustración. El animal disminuyó su trote y se detuvo ante ellos. El guardián hizo un saludo marcial presionando el puño contra su pecho.

—Tartesios —empezó a decir—, estoy buscando al curtidor que visitó el palacio ayer.

Terón dio un paso al frente.

—¿Qué se le ofrece?

—Me envía la reina, aldeano. Tengo una misiva para ti.

El corazón de Farada dio un vuelco y la esperanza volvió a colmar su rostro.

—La reina está muy satisfecha con tu trabajo.

Terón inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, esperando con expectación a que el guardián le diera noticias del boticario.

—Me ha pedido que venga a verte para hacerte un encargo especial. Se espera la llegada del rey en los próximos días y la reina quiere agasjarlo. Te ordena que le hagas unos cubrepiés para Arkan, hechos con el mismo material que los que le entregaste a ella.

—Pero y el boticario... ¿no le ha dicho nada de la visita del boticario? —se exasperó.

El guardián hizo un gesto de indiferencia que evidenciaba que no sabía de qué hablaba el curtidor. Se encogió de hombros y soltó una sonora carcajada.

—¿Qué boticario, curtidor?

Las risas del guardián se clavaron en el pecho de Terón, quien presionaba su mandíbula con fuerza para que no pudiese escapársele algún exabrupto contra la reina o contra el propio guardián.

—La reina me prometió que me enviaría al boticario de palacio para visitar a mi hija enferma. Por eso fui a entregarle una dádiva.

Las risas del guardián volvieron a lacerar el orgullo zaherido de Terón quien se abalanzó hacia él cegado por la ira. El hombre se retiró ante la acometida del peletero, haciendo levantar las patas delanteras de su caballo y echó mano a su cinto para sacar una vara de azote, la esgrimió y flageló la cara de su atacante.

—Templa tu ira, curtidor, si no quieres que te corte la cabeza de un espadazo —le amenazó—. Vendré antes de la caída del tercer sol a buscar los cubrepiés que te han sido encargados. Por tu bien y el de tu familia, espero que cumplas la encomienda a tiempo.

El hombre dedicó una última sonrisa desafiante, azuzó el caballo, que se irguió antes de iniciar el trote.

El cuerpo de Betunia se retorció de placer bajo el poderoso cuerpo de Sostrate, quien había sucumbido a sus dudas y a sus miedos ante los encantos del deseo. Si su encuentro se llegaba a conocer algún día más allá de esas cuatro paredes, seguramente moriría decapitado a manos del rey y Betunia correría una suerte parecida. Se preguntaba las razones que impulsaban a la reina a cometer el pecado del adulterio. Él había sido un capricho carnal y su encuentro no obedecía a sentimientos más profundos.

Las piernas de Betunia rodearon la espalda de su amante, haciendo gala de una destacable elasticidad. Luego, arqueó su cuerpo y soltó un apagado quejido de delirio que se hizo audible en toda la estancia. Sostrate, sin detener sus embestidas, le cubrió la boca con su firme mano y ella mordió sutilmente sus dedos mientras sus cuerpos se estremecían en unísono y culminante placer.

Ambos permanecieron inmóviles durante unos segundos, con la respiración fatigada y el cuerpo empapado en sudor. Sostrate acarició la mejilla de Betunia y ésta le apartó la mano con inusitada furia.

—No oses tocar mi cara, mozo. Apártate de mí inmediatamente —le exigió de improviso.

Sin entender la reacción de la reina, Sostrate se incorporó y aderezó su faldón. Ella ni siquiera le miraba a la cara, como si no hubiese ocurrido nada instantes antes. Sostrate comprendió entonces que volvía a ser un sirviente y que conservaría su vida si le seguía el juego a la reina. Bajó su cabeza e hizo una inclinación.

—Mañana voy a ir a la hípica a montar y quiero que me esperes en las cuadras cuando el sol se levante tras la colina. Me traerás un caballo blanco y acomodarás la montura con pieles.

Sostrate asintió e inclinó aún más su cuerpo. Ella se acercó hasta su posición y de manera inesperada, volvió a acariciarle, zigzagueando un dedo por las curvas de su torso.

—Puedes retirarte.

Al salir de la cámara real, Sostrate se cruzó con Plea, quien bajó la vista a su paso. Ahora estaba convencido, la asistenta de la reina sabía lo que había sucedido en esa alcoba.

Capítulo 6

Como solía ser costumbre en épocas de calor, Terón se había levantado antes de la salida del sol y se había dirigido hacia el bosque que enverdecía las estribaciones del segundo cinturón. Cada mañana revisaba las trampas de los hurones y cambiaba los cebos. Ese día la ventura no había estado de su lado y las arterías estaban intactas, de modo que se resignó a volver a la aldea con el zurrón vacío. Corrían malos tiempos para la caza menor, cada vez se encontraban menos conejos y ardillas y eso solía suceder cuando algún gran depredador se había instalado por esas inmediaciones. A tenor del tamaño de las heces que había encontrado en su camino, Terón sospechaba que pudiese haberse asentado en esos alrededores alguna manada de lince y, aunque éstos solían vivir en grupos reducidos, resultaba peligroso que ese tipo de fieras pudiese estar en territorios tan cercanos a la aldea. Cerró los ojos y con la ayuda de la caricia del leve viento que se levantaba desde la costa intentó agudizar su olfato para tratar de identificar al animal que había merodeado por allí la noche anterior. Y fue entonces cuando escuchó un leve crujir de ramas detrás de él.

Terón descolgó el arco de su hombro y echó mano de una saeta. Luego dirigió su mirada a unos arbustos que cimbrecaban a su derecha y evitando hacer movimientos bruscos retrocedió un par de pasos, tensó la cuerda de su arco y apuntó al frente con brazo firme.

—No dispaes —dijo una voz infantil.

Tras los arbustos asomó la cabeza de una niña de pelo enmarañado, tez tostada y ojos grandes. Miraba a Terón casi sin pestañear, con mirada lánguida, sin aparentar miedo. Aunque era una criatura menuda y delgada, a juzgar por sus rasgos, parecía tener varios equinoccios más que la pequeña Túria. Terón dejó caer su arco y se acercó hasta ella.

—Por todas las tormentas, ¿qué haces aquí, criatura? El bosque es muy peligroso...

La niña salió por completo de su escondite sin perderle la mirada. Llevaba cubierto su cuerpo con un vestido corto de rafia de color tostado ceñido con un cordel vegetal. En su cabeza lucía un entramado de sarmientos a modo de corona que le recogía la melena.

—¿De quién eres y qué haces aquí? —le inquirió Terón nuevamente—, no es este un lugar para infantes.

Su tono de voz esta vez fue más autoritario y ahora sí, la pequeña bajó un poco la cabeza, mas no repuso. Se quedó inmóvil, con las manos a la espalda.

—¿Qué escondes ahí atrás? —le preguntó Terón al advertir que la niña intentaba ocultar sus brazos.

—Nada... —dijo al fin sin demasiado convencimiento.

Terón se acercó hasta ella y le tomó un brazo para obligarle a mostrar lo que escondía. La niña sujetaba por las orejas una cría de conejo de pelaje parduzco que luchaba por zafarse de sus manos.

—¿De dónde has sacado este conejo?

La niña señaló una de las trampas que Terón acababa de cebar de nuevo instantes antes.

—¡Maldita ladronzuela! Así que eras tú... —dijo arrebatándole el animal de las manos—. No quiero volverte a ver por estos alrededores merodeando mis arterías. ¿Lo has comprendido?

Ahora vete.

Con la cabeza gacha y mirando con cierta frustración al conejo que ahora sujetaba Terón entre sus manos, giró sobre sus pasos y caminó en dirección al bosque.

—Pero... criatura, la aldea está hacia el otro lado.

—No voy a la aldea —contestó ella encogiéndose de hombros.

La pequeña se adentró en el bosque sin volver a mirar atrás, mientras Terón la observaba sin comprender adonde se dirigía. La frondosidad de sus ramajes, hacía de la floresta un lugar demasiado sombrío y laberíntico para un infante, además de los peligros que entrañaba internarse en él. No hacía mucho, una mujer había sido atacada por una manada de lobos y un aldeano, días más tarde, había sufrido la amputación de una mano tras toparse con un perro de montaña. Terón no pudo evitar sentirse preocupado, de modo que decidió seguirla.

Con paso decidido y sorteando varias hileras de pinos, había enfilado un pequeño sendero aún más oscuro. Terón conocía ese bosque como la palma de su mano y sabía que en esos terrenos no había casa alguna, por lo que no podía dejar de barruntarse por el destino de esa niña. Instantes después llegó a un claro donde las zarzas convivían con rosaledas trepaderas. Allí la pequeña se detuvo y arrancó unas cuantas flores para hacer un pequeño ramillete, luego retrocedió unos cuantos pasos y Terón tuvo que ocultarse tras el tronco de una encina para no ser descubierto.

—¿Te gustan? Las he cogido para ti.

La niña empezó a hablar.

Terón asomó la cabeza y vio como esa intrigante criatura estaba sentada en el suelo, con sus brazos rodeando sus piernas y hablando alegremente con alguien que él no adivinaba a ver. No se escuchaba otra voz que no fuese la de la pequeña y eso hizo fruncir el ceño de Terón, que salió de su escondite y se acercó hasta su posición.

—¿Qué majadería es esta, pequeña? ¿Con quién hablas?

Los ojos oscuros de la criatura se clavaron en los de él. Su mirada, afligida e inocente, consternó al curtidor, quien se acercó hasta ella y se sentó a su lado. Fue entonces cuando lo comprendió todo. Estaban sentados ante una estela funeraria de pequeñas dimensiones, una piedra plana de apenas un codo y medio de alto con grabados de grafía simple. En ella había escrito un nombre extranjero que no supo comprender y dibujada la silueta de un hombre adulto que sujetaba a un infante de la mano.

—Es mi padre —dijo la niña—. Cada día le traigo flores y hablo con él. Mi madre dice que nunca me contestará, pero yo sé que me escucha y que está contento con mis ofrendas.

Terón esbozó una ligera sonrisa. Luego rodeó con su brazo a la niña por la espalda y le besó la frente. La estampa le evocó una repentina sensación de ternura que le encogió el corazón y le resultó inevitable pensar en su pequeña Túría, que en esos momentos se debatía entre la vida y la muerte en el jergón de su casa.

—¿Hace mucho que te dejó tu padre?

—Se murió durante la estación del frío, con las primeras fiebres.

—Supongo que estabas muy triste cuando eso paso —dijo Terón acariciándole el pelo.

—¡Mira! —exclamó la niña desoyendo la pregunta del curtidor—. ¿Puedes arrancar esa flor? Está muy alta y no llego.

La niña había señalado una rosa blanca de corona ancha que se inclinaba por su peso en lo alto de un rosal. Terón asintió, se levantó y fue hasta los zarzales para satisfacerla. Mientras trataba de hacerse con ella le preguntó:

—No me has dicho tu nombre, ¿cómo te llamas pequeña?

Ya no hubo respuesta, al girarse la pequeña había desaparecido. Allí sólo quedaba el ramillete de flores junto a la estela.

Capítulo 7

Túria era el nombre que le habían puesto a la pequeña al nacer. Fue un parto difícil. Un baño de sangre, lo había definido la madre de Farada cuando la pequeña vio la luz del día hacia cinco años. A pesar de haber padecido muchas enfermedades durante su corta vida, era una niña alegre y vital; un regalo de los Dioses, solía decir Farada cuando hablaba de ella.

Terón entró a casa con una rosa blanca en la mano y fue directo hacia el jergón de su hija. Sonrió al verle y él se sentó junto a ella.

—¿Es para mí?

—Pues claro —contestó Terón consciente de que eso no era del todo cierto—. La flor más bonita del bosque para la flor más bonita de la aldea.

—Madre me estaba explicando la fábula de los Dioses. Dice que estás enfadado con ellos porque estoy enferma por su culpa.

Terón le acarició el pelo mientras dirigía una mirada de fastidio a Farada.

—Hija, no estoy enfadado con ellos. Sólo estoy un poco triste por ti y necesito culpar a alguien. He rezado mucho y les he pedido tu sanación.

—Pero ellos, ¿son buenos? —se interesó Túria.

—Son poderosos, pequeña mía. Eso no los convierte en buenos.

—¡Terón! —le recriminó Farada.

El curtidor carraspeó para aclarar su voz, decidido a contarle a su hija aquello que sus abuelos habían explicado a sus padres y ellos a él.

—Los Dioses nos dieron el don de la sabiduría y el pensamiento. Ellos nos enseñaron a hablar y a comunicarnos, nos enseñaron a construir herramientas, a cultivar la tierra y a conservar el fuego. Nos dieron muchas cosas buenas y debemos estarles agradecidos, pero también hicieron cosas malas.

Farada juntó sus manos e imploró en silencio a los Dioses que perdonasen a su hombre por todo aquello que iba a decir.

—Los Dioses nos enseñaron todas estas cosas para utilizarnos, para ser sus esclavos; abusaron de nuestros cuerpos y mataron a los más débiles porque no eran útiles. Y también crearon monstruos terribles usando cuerpos de hombres y animales.

—¿Qué monstruos eran esos?

—Crearon hombres con cuerpo de caballo, otros con cabeza de toro e incluso pusieron alas a alguno de ellos. Explicaban los abuelos que incluso había mujeres con cola de pez que habitaban en el agua y que hoy en día algunos marineros aún pueden escuchar sus lamentos. En sus palacios habitaban perros de tres cabezas, caballos blancos cornados y serpientes con patas capaces de sacar llamaradas por sus fauces.

Túria escuchaba con cierta congoja la historia de los Dioses que le narraba su padre. Farada sintió que debía interrumpir las explicaciones de Terón y se acercó al jergón.

—Basta ya de fábulas y jácara. Ahora debes descansar un poco para sanar las fiebres —se interpuso la madre mientras cubría la frente de la pequeña con un paño mojado.

La pequeña Túria no despertó ya de ese sueño, esa noche sus rosadas mejillas habían

palidecido en pocos instantes y sus fatigados pulmones se habían rendido a la virulencia de las fiebres, una pandemia que empezaba a extenderse entre la población tartesia. El Gran Senado mantenía que era la enfermedad de los débiles, un acto de los Dioses para castigar a la población carente de fuerzas para trabajar. Algunos vecinos de Tarsis sostenían que los soldados habían traído las fiebres al continente tras su regreso de las tierras de Tingis, al otro lado del estrecho de Heracles. Se decía que las tropas de Arkan habían arrasado a un pueblo enfermizo, trayendo a la península una pandemia terriblemente contagiosa y mortal.

Farada le había sujetado la mano hasta su último suspiro, pidiéndole en vano a los Dioses que intercedieran por la pequeña. Por su parte, Terón había experimentado un conflicto de fe desde que Túria enfermó; había dejado de creer en el poder que los Dioses ejercían sobre los hombres. Renegó de ellos y del poder que se les atribuía, considerándolos unos seres despreciables que obraban con injusticia y que les habían abandonado a su suerte. Además, el curtidor no había sabido encajar la enfermedad de su hija y eso había deteriorado notablemente su relación con Farada. Ya nada era lo mismo y ahora, con la muerte de la pequeña, empezaría un largo periodo de rencores. Terón culpabilizaba a Farada de la fragilidad de su hija, mientras ella le había recriminado a él en más de una ocasión su actitud agnóstica, advirtiéndole de que los Dioses no ayudarían a la pequeña si seguía despreciando sus poderes y advirtiéndole de lo que podría acaecer si perdía sus creencias.

Farada esparció pétalos de rosa alrededor del cuerpo sin vida de la pequeña Turia y calentó el caldero con agua para hervir los tallos de las flores mientras susurraba oraciones ininteligibles. En el exterior de la casa, sentado junto a la cepa del tronco de un pino, Terón cosía un faldón y una pechera para vestirla mientras maldecía una vez más a la reina y a los Dioses.

A la caída del sol, las mujeres ungieron su cuerpo con el agua de rosas y la vistieron con pieles nuevas, luego cubrieron sus ojos con conchas y adornaron su pelo con una corona hecha con ramas de olivo. Los hombres la envolvieron con una esterilla de fibra de cáñamo y la llevaron a hombros hasta el acantilado. Luego, arrojaron el fardo al mar.

Desde hacía unos años, el Gran Senado había prohibido las inhumaciones en la península, una tradición que se remontaba desde los tiempos de los Dioses. Como prácticamente todas las decisiones del Senado, los tartesios no habían encajado demasiado bien esa nueva ordenación funeraria, puesto que el rito a los muertos era una costumbre muy arraigada desde tiempos pretéritos. Por si fuera poco, la excepcionalidad de la nueva regulación, permitía que los reyes, la aristocracia y los miembros del ejército pudiesen ser inhumados bajo tierra, en tumbas que identificaban con estelas de tamaño considerable; hecho que había puesto a prueba la templanza de la población.

Capítulo 8

Como cada mañana, a la salida del nuevo sol, Plea entrelazaba las ramas de trepadera para la corona cuando Betunia irrumpió en su alcoba. Estaba furiosa, algo bastante habitual desde que Arkan partió a las tierras de Conios.

—¿Aún no está lista la corona? —prorrumpió ante el sobresalto de la asistenta—. El sol ya ha salido.

—Lo lamento mucho, mi reina —no quiso añadir excusa alguna—, estoy terminándola.

—Eso espero... Cuando termines haz que suban dos sirvientes a mi cámara. Inmediatamente.

Plea seguía barruntando sobre lo que había sucedido la noche anterior. Desde el pasillo había escuchado los gemidos de Betunia en su encuentro con el mozo de cuadras y aunque a ella no le incumbía lo que la reina pudiese hacer, temía por las consecuencias que podría acarrear ese adulterio si llegase a oídos del rey o al de los sabios del Gran Senado. Si la reina era castigada, ella también podría pagarlo por haberlo ocultado.

El adulterio era una ofensa grave que contravenía al mandato del rey Argantonio y comprometía la estabilidad del reino. Arkan ocuparía automáticamente la regencia como soberano de pleno derecho y Betunia perdería su rango, además de sufrir el castigo que el Gran Senado considerase oportuno.

Instantes más tarde, y siguiendo las instrucciones de Plea, dos sirvientes del palacio fueron hasta la alcoba de la reina.

—Mi reina, los sirvientes que mandó llamar están aquí —le anunció desde la entrada.

—Hazlos pasar —ordenó sin levantar la vista.

Los dos hombres entraron en la cámara real y reverenciaron a su reina.

—Sirvientes, quiero que os llevéis este lecho y lo destruyáis inmediatamente. Cuando acabéis, construiréis otro más grande, hecho con madera de acacia. Medirá cuatro brazos de largo y cuatro de ancho, lo llenaréis de paja de centeno y lo envolveréis en una esterilla de fibras de cáñamo; luego lo cubriréis con telas de Sidón.

Ambos sirvientes se miraron entre sí y reverenciaron a su reina nuevamente en señal de acato.

—Y quiero que esté listo para mi tiempo de descanso —añadió levantando un dedo amenazante.

De un tiempo a esa parte, la actitud de la reina hacia el personal del palacio se había acrecentado en acritud, principalmente desde la marcha del rey Arkan. Su irascibilidad atemorizaba a todos los sirvientes, que habían aprendido a acatar y a callar. Su trato hacia ellos distaba mucho del que habían dispensado sus padres al servicio cuando, años atrás, regentaban el país. Sin acortar las distancias que su condición le otorgaba, el rey Argantonio trataba a sus sirvientes con cierta cercanía y ecuanimidad, evitando ostentaciones gratuitas de su poder. Plea era la dama asistente de Betunia desde que ésta era una niña y por eso, contemplaba con especial desencanto la actitud despreciable que había ido adquiriendo desde que se enamoró del hermano del rey Estario de Conios, un joven guerrero que capitaneaba con grandes suertes el ejército de Tartessos. Argantonio, antes de morir, estableció un mandato para que su hija fuese su sucesora y nombró rey consorte al guerrero Arkan.

En esos tiempos no existía el matrimonio como institución, tal como lo conocemos hoy en día y los tartesios, así como los habitantes de las regiones cercanas, eran sociedades de costumbres poligámicas y acostumbraban a vivir en familia. Los Dioses les habían inculcado la importancia del cuidado de los infantes y por ese motivo, los hombres solían asentarse con la mujer durante los primeros años de sus hijos. La familia real sí había constituido una costumbre parecida al matrimonio. A fin de garantizar un bienestar a sus descendientes, solían unirlos con miembros de otras familias con mandatos que decretaban los miembros del Gran Senado. Estos preceptos solían ir acompañados de la entrega de bienes como muestra de compromiso entre ambas familias.

A la mañana siguiente, Sostrate salió al alba hacia el valle para llevar a cuadras uno de los caballos blancos. Quería hacerse con un animal elegante y dócil y llevarlo hasta el palacio a galope para fatigarlo, de modo que cuando lo montase la reina, hubiese perdido el nervio. La elegida era una yegua noble y dócil, de cuello ligeramente arqueado y musculado, pelaje largo y crin tostada. Sus patas eran hercúleas y su grupa culminaba con una elegante cola de pobladas cerdas.

A su llegada al valle, Sostrate se dirigió hasta las tierras del cercado, donde cada día amontonaba las sacas de alfalfa junto a la entrada de las cuadras. Los animales fueron acercándose poco a poco, con una cadencia natural fruto de la confianza que habían adquirido con su cuidador. Se acercó a la yegua y acarició su frente y su cuello con friegas firmes y el animal cabeceó con alegría, agradeciendo las ternezas de su cuidador.

—Hola, bonita, qué cariñosa estás hoy. ¿Sabes que ahora voy a ponerte muy guapa? —le explicaba al animal—. Hoy te montará la reina y eso quiere decir que debes portarte muy bien, ¿me escuchas? Si Betunia cayera de tu grupa me cortarían las orejas y no quiero ni pensar lo que podría sucederte a ti. Vamos, ya es momento de que corras un poco.

Cepilló al animal con un estropajo de esparto humedecido y desenredo sus crines con una especie de peine que él mismo había confeccionado a partir de un costillar de conejo, luego anudó su cola por la mitad y en el extremo inferior. El animal entendía su aseo como una sesión de carantoñas y sus ojos oscuros denotaban ternura hacia su cuidador. Aunque vivían con cierta libertad de movimientos, Sostrate había conseguido domar a los equinos en muy pocos meses y el cariño que les profesaba había sido el factor determinante para conseguirlo. Luego cubrió su grupa con pieles de vacuno y le colocó un improvisado arnés de tiras de cuero a modo de bridas para una mejor sujeción del jinete.

El mozo y la yegua trotaron un largo rato por el circuito de la hípica. El animal solía ponerse nervioso durante los primeros momentos de la monta, e incluso levantaba sus patas delanteras para zafarse del jinete. Ese era el aspecto que más preocupaba a Sostrate, y por ese motivo quiso montarla una poco antes de que lo hiciera la reina, para que la yegua se familiarizase con el lastre. Después, cuando el sol empezaba a encaramarse sobre la colina, condujo al corcel hasta las cuadras para llegar antes que la reina.

Betunia se presentó en la hípica con su séquito mucho más tarde de lo esperado. Llevaba puesto una vestido azulado corto que estilizaba sus piernas y las hacía aún más atractivas y unas hombreras doradas exageradamente ostentosas. Pasó por delante de Sostrate sin tan siquiera mirarle a los ojos y se dirigió hacia la cuadra, donde esperaba la yegua con sus nervios ya templados.

—¿Es este mi caballo, mozo?

—Sí, mi reina. Es una yegua —contestó desde atrás Sostrate—. Es un ejemplar muy bello. Espero que sea de su gusto...

—Supongo que no me morderá ni querrá descabalgarme —dijo con su habitual acritud.

—No, mi reina. Antes de su llegada la he hecho correr un poco y ahora está tranquila. Acaríciela para que se familiarice con usted —le sugirió el muchacho acercándole la yegua hasta su posición.

La mano timorata de Betunia se posó sobre el morro del animal y lo acarició con escasa gracia. Hizo lo mismo sobre su cabeza, palmeándola con miedo. Sostrate anudó una soga larga, de unos veinte brazos y la enlazó entre el correaje, luego acompañó al caballo hasta una bancada y lo ató a la barandilla de la empalizada.

—Mi reina, le ayudaré a montarla. Desde la bancada le será más fácil subir a su grupa.

La reina se acercó hasta la empalizada y se sirvió de ella para subirse a la bancada. Como le había sugerido Sostrate, desde esa altura resultaba más sencillo montar.

—Empezaremos con un trote suave, mi reina. Yo sujetaré al caballo con esta cuerda para que el animal no le domine.

Al montar, la yegua se sacudió la cabeza y desespumó su boca tras relinchar varias veces. Sostrate le acarició la cabeza y le dio un gajo de manzana para que se sosegase, luego la fustigó con una palmada en el lomo y la yegua se puso en marcha con un trote alegre. La cuerda se fue deslizando entre las manos de Sostrate hasta llegar a su extremo, luego, el mozo se dirigió hasta el centro del circuito y aseguró la soga rodeándola a su cintura, haciendo de eje giratorio. De ese modo, controlaba al caballo y lo obligaba a moverse en círculos alrededor de él.

—¡Mozo! —voceó Betunia—. Quiero correr más.

Sostrate sopesó obedecer la orden de la reina. Tal como le había confesado a la yegua instantes antes, si accidentalmente descabalgaba sería culpado y castigado por ello, no obstante, desobedecer sus mandatos revestía consecuencias similares. Finalmente y, viendo que no tenía alternativa, arrió la cuerda y la yegua incrementó ligeramente su ritmo.

—Venga, bonita —le dijo al animal desde la lejanía—, pórtate bien y que no se te ocurra echarla al suelo.

La elegante yegua blanca cabalgaba dando círculos mientras Betunia parecía disfrutar de la monta. Sostrate la observaba desde el centro del circuito con una mezcla de admiración y de temor. No podía sacarse de la cabeza la imagen de ambos yaciendo y retozando en el lecho real la noche anterior. Pese a su agrio carácter, Betunia era una mujer muy atractiva, mucho más que cualquier otra de las mujeres que había conocido antes y no podía evitar mirarla con deseo; un deseo peligroso y excitante a la vez. Por una parte, deseaba volver a poseerla y a mirar sin temor sus ojos lujuriosos, pero algo le decía que sería mejor pedirles a los Dioses que lo que había ocurrido la noche anterior solo fuese un capricho aislado de la reina.

Felizmente y, para tranquilidad de Sostrate, la monta finalizó sin ningún tipo de incidente y la reina quedó satisfecha con el caballo. Con andares distinguidos se acercó hasta su posición y se detuvo a menos de un palmo de él.

—Buena monta, mozo —le susurró Betunia deslizando su mano por el sudoroso torso de Sostrate y clavándole la mirada directamente en los ojos—. Nos veremos pronto, muy pronto...

El séquito real se alejó por el camino de las cuadras hacia palacio, cruzando los arcos de la rosaleta. Sostrate se sintió ligeramente aliviado, pero con la inquietante sospecha de que las últimas palabras de la reina evidenciaban que lo ocurrido la noche anterior no había sido un

simple capricho aislado. Recogió las cuerdas y quitó las pieles de la grupa, luego abrevó a la yegua en el arroyo y la condujo hasta las cuadras a pie. Por el camino se detuvo en mitad del pasaje de los olivos, se sentó en una piedra en el margen del sendero y compartió una manzana con la yegua.

—Te has portado bien, bonita. —Le acarició el cuello—. Mañana te traeré brotes de haba para desayunar.

El animal cabeceó con alegría y le dedicó un tímido relinche, como si hubiese comprendido su ofrecimiento y el muchacho sonrió antes de proseguir el camino. El capricho de la reina le había hecho retrasar en sus quehaceres cotidianos, de modo que apresuró el paso para poder limpiar las cuadras y cepillar y asear a los caballos de los guardianes.

Sostrate no tenía familia alguna y se había convertido en un hombre solitario e independiente. Carecía de amigos y solo cruzaba tres o cuatro palabras con algunos guardianes pero sin pretender demostrar demasiada simpatía hacia ellos. Su vida no había sido fácil y los acontecimientos le habían conducido a llevar una existencia carente de relaciones personales. Su calvario empezó con apenas dos años, cuando su madre falleció de una hemorragia mientras paría a su segundo vástago, quien tampoco sobrevivió al parto. Fue entonces, cuando su padre, un bravo guerrero de las tropas de Arkan, lo entregó a una herbolaria del poblado para que se hiciese cargo de él y con ella creció durante veinte equinoccios, momento en el que abandonó el poblado para incorporarse a tropas. Durante su etapa de instrucción destacó por su habilidad con la espada y la lucha cuerpo a cuerpo, pero aún era muy joven y los líderes no le permitieron participar en el arte de la guerra. Mientras sus compañeros se iban de campaña a tierras extrajeras, él debía conformarse haciendo labores de paje real y de mozo de cuadras. Por esa época, su padre estaba en una campaña de abastecimiento en las islas del volcán, un territorio al sur de Tartessos, al sur del mar prohibido. Eran unas ínsulas de gran riqueza frutal dominadas por una animosa tribu aborigen que mantenía su independencia pese a las diferentes acometidas de las tropas tartesias. El relieve escarpado y accidentado de las islas las convertía en un fortín natural y las naves enemigas solían ser interceptadas a su llegada a la costa por hábiles lanzadores de piedras y rejoneadores. Volviendo de esa expedición, una tormenta engulló varias embarcaciones y prácticamente toda la tripulación falleció en alta mar, entre ellos, el padre de Sostrate.

Ese mismo día entendió que, pese a sus reconocidas habilidades en el arte de la guerra, no quería ser un guerrero más. Prefería convivir rodeado de caballos.

Capítulo 9

El territorio tartesio limitaba al suroeste con las tierras de Conios. Ambos reinos quedaban separados por una extensa región de marismas que dificultaban el tráfico, principalmente con las crecidas del Gran Río, que coincidían con el apogeo de la marea. Esa confluencia, unida a la inestabilidad del terreno arenoso, convertían ese paso en una trampa mortal para los mercaderes, que preferían viajar hasta el reino vecino por el mar, rodeando la costa embarcados en trirremes comerciales. A pesar del tortuoso trayecto, Arkan solía viajar a las tierras de su hermano Estario a pie, sin la ayuda de caballos, quienes rehuían cruzar los estuarios de las marismas. Por ese motivo, el trayecto solía alargarse hasta tres o cuatro días y, ese último viaje no había sido una excepción. Arkan había viajado hasta Conistorgis, la capital política y económica del reino de Conios, acompañado de media docena de guerreros y su regreso se hizo esperar mucho más de lo previsto por culpa de las últimas lluvias, que habían anegado aún más el nivel de las marismas.

Dieciséis lunas después de su marcha, la comitiva de Arkan llegó a Tarsis. Con un aspecto deplorable y aquejado de fiebres altas, el séquito hizo su entrada a la franja amurallada cuando el sol empezaba a esconderse tras el horizonte. Los campesinos, que en otras ocasiones celebraban la llegada del rey con vítores y todo tipo de celebraciones, esta vez observaban la lenta marcha de la comitiva con recelo. La palidez de los rostros y los ojos enrojecidos de los recién llegados delataban que habían regresado con las temidas fiebres.

La noticia de la enfermedad del rey corrió rápidamente entre la población tartesia con una mezcla de rabia, temor y frustración. El desconocimiento provocaba que las gentes entendiesen la virulencia de la epidemia como un castigo de los Dioses, pero no a los más débiles, tal como había anunciado el Gran Senado, sino una condena colectiva. Algunos aldeanos improvisaron antorchas con ramas y piñas de pino e incendiaron las casas de aquellos vecinos que padecían fiebres.

El uso del fuego, como principal elemento de purificación, era muy habitual entre la población, por ese motivo acostumbraban a quemar las pieles y ropajes de los fallecidos, así como los lechos donde habían dormido en el momento de la muerte. El fuego se asociaba a la vida y la salud, una representación del sol que nos da la vida en la Tierra, de modo que todo lo maligno y nocivo era incinerado.

En la cerrada noche podían divisarse desde la colina que conducía al palacio diversas columnas de humo y luminiscencias anaranjadas de chozas en llamas. Betunia, asomada a la balconada, contemplaba la escena desde la distancia con desconcierto y preocupación.

—Cada vez hay más fuegos en los poblados. Los tartesios están enloqueciendo —dijo Betunia.

—Tienen miedo, mi reina —se atrevió a decir Plea sin pronunciarse más allá de esas pocas palabras.

—¿Será verdad que las fiebres son un castigo de los Dioses? Los sabios decían que eran una condena para los más débiles pero... —Betunia se estremeció— Arkan ha llegado de Conios

enfermo.

Plea, como cada noche, ungía las piernas de Betunia con aceite de romero, mientras escuchaba los desvelos de la reina. Aunque no solía mostrarle abiertamente sus opiniones, ese día consideró que las preocupaciones de Betunia bien merecían algunas palabras de aliento y, es que la regente, desde su posición de poder, carecía de amistades cercanas con las que compartir sus emociones. Vivir en el palacio era un privilegio, pero siempre rodeada de hombres y ajena a la vulgaridad del exterior, los muros de la fortificación representaban una mazmorra para la reina. Sus actos sociales se reducían a cuatro carreras hípicas al año y la asistencia a alguna exhibición de tauromaquia a la que asistían también los reyes de Conios.

—¿Ha podido ver al rey? —se interesó Plea.

Betunia exhaló un suspiro.

—Los sabios consideran que no es oportuno. Dicen que puede contagiarme las fiebres y yo...

Betunia pareció morderse la lengua. Luego fijó la mirada en el océano y exhaló otro suspiro.

—El boticario dice que los primeros casos de fiebre llegaron a Tartessos tras la expedición a tierras de Tingis —siguió explicando la reina—. Parece ser que las aguas de los manantiales de las tierras del sur están maldecidas por los Dioses.

—Seguro que Arkan se recuperará de las fiebres. Es un guerrero muy fuerte —intentó darle ánimos la sirvienta—. El boticario conoce muchas plantas y seguro que encontrará la adecuada para sanarle. Ya verá como dentro de un par de lunas pueden volver a estar juntos.

Betunia esbozó una ligera sonrisa y acarició el pelo de Plea con ternura. La sirvienta se ruborizó al instante. Había asistido a Betunia desde que ésta era una niña y en todos esos años no recordaba haber recibido ninguna muestra de cariño, al contrario, a su memoria solo acudían desplantes y vejaciones de todo tipo; por ese motivo, le conmovió especialmente la carantoña de su ama.

—Tengo miedo, Plea. Cuando me han dicho que no era oportuno tener contacto con Arkan no he hecho nada por impedirlo. Temo contraer las fiebres y que eso ponga en peligro mi fertilidad. Debo concebir descendencia a Tartessos, es mi deber como reina.

Los desasosiegos de Betunia eran más profundos de lo que Plea esperaba, de modo que optó por dejarla hablar y no opinar más de lo que había hecho. Su fertilidad se había convertido en una obsesión desde hacía unos meses y la sirvienta empezaba a sospechar que el encuentro con Sostrate el día anterior no obedecía a un mero capricho; quizá la reina tenía algún propósito inconfesable. Arkan era un guerrero audaz y respetado por sus méritos militares y su habilidad en el arte de la guerra y, aunque era un hombre fuerte y corpulento, su azar físico no le acompañaba. El rey no era un hombre bello, tal como se entendía la belleza. Su cuerpo era piloso en exceso y su rostro, también velludo, tenía rasgos fisonómicos de los antiguos aborígenes. Por el contrario, Sostrate, de estirpe fenicia, era mucho más atractivo y cercano a la belleza divina que Betunia perseguía; un hombre con facciones de semidiós, de tez blanquecina y ausencia de vello en la cara y en el torso; motivos suficientes para que invitase a pensar que Betunia había decidido engendrar un infante lo más bello posible.

—Ha hecho bien, mi reina —repuso al fin Plea—. Los azares de las fiebres son impredecibles y es un riesgo exponerse a un contagio. No barrunte más, mi reina, ha hecho lo correcto.

—Espero que Arkan entienda mi postura y no se ofenda por no recibirle a su vuelta.

Plea sonrió y asintió.

Capítulo 10

Arkan yacía en un lecho austero en una de las alcobas para convidados bajo los cuidados de Mendín, el boticario del reino. A su llegada a Tarsis, presentaba fiebres delirantes y severas jaquecas, de modo que habían intentado mitigar sus altas temperaturas con baños fríos. Esa noche, Arkan tiritaba y se debatía entre la vida y la muerte.

Mientras, en el salón de los jueces, se reunían los miembros del Gran Senado en sesión extraordinaria para abordar los últimos acontecimientos. Las últimas muertes a consecuencia de las fiebres habían puesto en alerta a los siete sabios, pero la delicada salud del rey y las incipientes revueltas sociales invitaban a tomar decisiones apremiantes.

El salón donde se reunían los jueces era una estancia amplia y custodiada por media docena de pilares simétricos. El suelo, pavimentado en adobe con conchas marinas perfectamente alineadas, daba mucha suntuosidad al espacio. Desde los magníficos ventanales se divisaba todo el territorio y el gran mar, desde el embarcadero hasta el enigmático horizonte. En el centro, una gran mesa granítica presidía la habitación y las bancadas laterales hacían las veces de asiento de los miembros del Gran Senado. Gaus, el más anciano de los sabios, presidía la reunión desde su cargo de decano y exponía al resto las contrariedades que amenazaban turbar el estado de bienestar de Tartessos.

—Tenemos graves problemas que requieren de nuestra sabiduría para enderezar el rumbo de nuestro reino —empezó a decir—. Es estrictamente necesario exonerar al rey de cualquier responsabilidad en cuanto al origen de las fiebres. No podemos permitir que el vulgo aceche al reinado y ponga en peligro el orden.

Un murmullo apagado se escuchó tras la pausa de Gaus.

—Senadores, debemos ser severos y contundentes. Los tartesios están levantando la voz y quemando casas, e incluso se han enfrentado a destacamentos de guardianes. ¡No podemos permitirlo! —gritó a la vez que propinaba un golpe sobre la mesa con la mano abierta.

El murmullo volvió a escucharse, esta vez en un tono más alto. Algunos de los presentes disientían con ostensibles movimientos, evidenciando que la situación empezaba a ser preocupante. El decano silenció al Senado poniéndose en pie y levantando ambas manos.

—No podemos consentir que el vulgo pierda el respeto a la soberanía, de modo que es imprescindible aumentar los castigos públicos para disuadir las actitudes insurrectas. El que queme una morada será condenado a morir en la hoguera, el que ose desafiar la autoridad de los guardianes será colgado por los pies, apedreado ante los ojos de los demás y empalado en lo más alto de la muralla... —La mirada de Gaus se oscureció— ... y empezaremos empalando a los autores de los últimos altercados. ¡No importa si han sido cien o quinientos! —chilló.

Jaudé, un veterano senador de pelo lacio y blanco, con barba y cejas espesas se levantó de la bancada y pidió la palabra a mano alzada.

—Con su permiso, decano... El vulgo está muy alterado y una represión tan feroz podría alterarlo aún más. Si empezamos a reprimir sus miedos con castigos públicos podemos perder el orden social definitivamente.

—Debemos actuar con firmeza, aunque debamos regar de sangre toda Tarsis —vociferó Gaus

con el puño en alto.

—Demasiadas muertes innecesarias —se lamentó Jaudé—. Que los Dioses nos perdonen por tal barbarie.

El decano asintió tras la acotación del senador, se levantó de la silla y empezó a deambular por la sala en actitud reflexiva con sus manos cogidas a la espalda. Se detuvo y se dirigió de nuevo a los senadores.

—Los Dioses... —se jactó—. ¿A quién le importa si los Dioses perdonarán nuestros actos? —hizo una pausa, sopesando hacer públicos sus pensamientos—. Señores, hace muchos equinoccios que los Dioses partieron. Durante todo este tiempo solo se han manifestado en forma de plagas y lluvias. ¿A quién pretendemos engañar? Los Dioses hace tiempo que nos han abandonado y ya no regresarán. No les interesamos.

Esta vez las voces entre los presentes eran agitadas y muchos protestaron ante el discurso agnóstico del decano. Jaudé era el más beligerante con sus reprobaciones.

—Decano, sus palabras resultan ofensivas. ¿Cómo se le ocurre blasfemar de los creadores? Ellos son poderosos y vigilan nuestros actos. Palabras como las tuyas son las que enfurecen a los Dioses.

—¿Puede probar eso? —le retó Gaus—. ¿Puede asegurar que las fiebres y las lluvias son castigos de los Dioses? No olvide que cuando ellos estaban con nosotros también había diluvios, fiebres, castigos y muertes. No, Jaudé, los Dioses no nos salvarán de nuestro destino. Debemos empezar a asumir que nuestro futuro no depende de ellos.

Otro senador, ligeramente más joven, de pelo grisáceo y aspecto rudo intervino para protestar.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, decano? Si no hay Dioses, no hay miedo a sus castigos y eso representaría la pérdida definitiva del control social. Ellos son la herramienta para controlar sus voluntades y sus actos.

—Y está en lo cierto, senador —le reconoció calmadamente y con una sonrisa dibujada en sus labios—. No pretendo proclamar al vulgo un discurso agnóstico, al contrario, debemos aprovecharnos de nuestra sabiduría y atribuir a los Dioses nuestros preceptos por el bien del reino.

Los senadores templaron sus ánimos por unos instantes y los murmullos fueron cesando.

—Ha llegado el momento de crear una doctrina basada en el culto a los Dioses, donde tenga cabida el castigo carnal y el sacrificio de los débiles y de los facciosos. Los tartesios vivirán más tranquilos si sacrificamos a los indolentes, a los ladrones y a los exaltadores; deben saber que el Gran Senado es la representación de los Dioses en la Tierra y que nuestros preceptos y nuestros actos son designios divinos que hay que acatar. Construiremos un tabernáculo en honor a Baal y Astarté en las puertas de Tarsis para que todo el mundo pueda adorar a los Dioses y en él oficiar y practicar ceremonias de culto y sacrificios.

Gaus contempló la reacción de los sabios tras formular su propuesta. Habitualmente, era él quien exponía el ideario legislativo y sabía por experiencia que su cargo de decano le atribuía suficiente autoridad para que el resto de senadores aprobase sus ideas. A excepción de Jaudé, que solía cuestionar todas sus propuestas, el resto de legisladores solía mostrarse de acuerdo con ellas.

—Uno de nosotros debe ser el encargado de hacer llegar la doctrina a los tartesios. Un senador diligente, eficaz y respetado que sea capaz de representar a los Dioses y hacer llegar sus designios

al vulgo —dijo Gaus—. Ese hombre no puede ser otro que Jaudé.

El senador levantó la cabeza y miró a Gaus con perplejidad. El decano sabía que las ansias de poder de Jaudé le impedirían rechazar la oferta, de modo que automáticamente se convertía en un voto favorable a su propuesta legislativa.

—¿En qué consiste esa representación? —preguntó Jaudé con vacilación. ¿Cuál sería mi cometido?

Gaus no pudo disimular una sonrisa triunfal.

—Pese a nuestras divergencias, sabe que tiene todo mi respeto. Desde que forma parte del Gran Senado ha demostrado ser uno de los miembros más inteligentes y mejor dotados para llevar a cabo las decisiones importantes de Tartessos. Por este motivo le propongo ser el portador de la palabra de los Dioses.

Jaudé se frotó la barba y frunció el ceño en actitud reflexiva mientras observaba al resto de senadores. Aunque no había entendido aún la propuesta, la idea de ostentar un cargo de relevancia dentro del Gran Senado era demasiado atrayente y, aunque sospechaba que el ofrecimiento de Gaus obedecía a una estrategia para que apoyase la doctrina que acababa de proponer, no tardó en aceptar el cargo.

—Pero... —vaciló Jaudé—. No conocemos los verdaderos designios de los Dioses.

Gaus volvió a sonreír.

—Jaudé, a partir de hoy, nuestros preceptos y nuestras decisiones serán la palabra de los Dioses. La gente necesita creer en ellos, encontrar alivio, recogimiento y esperanza en ese halo mágico que ellos proyectan en el hombre. Sin Dioses a los que adorar y suplicar, el hombre moriría de miedo —sentenció Gaus—. Nuestro poder está en la fe del vulgo.

Capítulo 11

Mendín era el boticario oficial del reino desde los tiempos de Argantonio, un muchacho talludo en experiencia y con conocimientos adelantados a su tiempo. Había llegado a Tarsis con su familia desde Fenicia cuando apenas tenía un par de solsticios, por ese motivo, sus rasgos eran menos septentrionales, en especial, su tono de piel bronceado. También destacaba por su altura, muy superior a la media de la población tartesia, su prominente nariz y, especialmente, su melena caracoleada, disímil a la de la población autóctona, más lacia y fina. Mendín residía en uno de los aposentos destinados al servicio del palacio, sin apenas pertenencias y enseres de uso cotidiano. Pese a su juventud, tenía la confianza absoluta de los reyes para desempeñar el arte de la sanación dentro de la corte y su reputación se extendía allende el mar conocido. Provenía de una larga generación de curanderos y botánicos y sus conocimientos se habían ido transmitiendo de padres a hijos, se decía que desde la época de los Dioses; por ese motivo, los reyes consideraban que a Mendín le había sido otorgado el poder mágico de la sanación. Era un experto herbolario y un gran conocedor de las propiedades medicinales de las plantas. Sostenía que todos los males tienen su remedio en la naturaleza, aunque lo difícil es saber identificar la relación entre ellos. Esta vez, Mendín se enfrentaba a uno de los males más temidos, una pandemia desconocida y virulenta que se extendía entre la población tartesia.

Esa noche, en el interior de una apartada habitación del palacio, Mendín cubría el cuerpo febril de Arkan con telas empapadas en agua y ungía su cuerpo con linimentos elaborados con esencia de eucalipto, romero y aceite de almendras. El cuerpo del monarca presentaba pústulas y laceraciones en la cara y en los brazos, así como erupciones en los párpados que le impedían abrir los ojos. Desde su llegada a Palacio, Arkan sufría severos espasmos, delirios y alucinaciones que no le permitían levantarse de su lecho.

—Voy a morir, ¿verdad? —dijo Arkan con un hilo de voz.

El boticario no quiso responderle. Solo giró la cabeza un instante mientras continuaba aplicando el ungüento en las manos del monarca.

—Debo convocar al Gran Senado —siguió diciendo Arkan con un hilo de voz—, con urgencia. Alguien debe tomar las riendas...

—¿Tan poco confía en mis conocimientos?

La mano firme de Arkan agarró con fuerza el antebrazo de Mendín.

—He visto la muerte en sus ojos —agregó Arkan—, estoy condenado.

Mendín era consciente de que los remedios conocidos no surtían los efectos deseados, y que a duras penas conseguía mantener al monarca en una temperatura estable. Las laceraciones y las pústulas parecían tener mejor aspecto tras aplicarles un ungüento de extracto de polen de margarita y jugo de sábila, pero el pecho presentaba nuevos focos de postillas, si cabe, más grandes que las anteriores.

Un guardián se acercó hasta las pieles que cubrían la entrada al aposento y se dirigió a Mendín.

—Boticario, el decano ha ordenado tu presencia.

—¿Gaus quiere verme? —Mendín se mostró extrañado.

—Te espera en los jardines, junto a los olivos —le dijo el guardián con parquedad—. Quiere hablar contigo urgentemente.

El boticario hizo una mueca de fastidio y dio su aprobación.

—Me reuniré con él enseguida. Antes debo preparar un poco más de linimento —se resignó Mendín.

Doce lunas atrás, el boticario había advertido a algunos miembros del Gran Senado que las fiebres estaban provocando muchas muertes y que sería oportuno aislar a los tartesios enfermos para no propagarlas. Gaus acusó a Mendín de exagerar sus pronósticos, argumentando que la enfermedad era un castigo que los Dioses habían enviado a Tartessos para expiar a los débiles y los indolentes. Ese desplante había herido el orgullo del boticario, quien no estaba acostumbrado a que cuestionasen sus conocimientos medicinales.

Mendín bajó la escalinata que conducía a los jardines con el convencimiento de que el decano, alertado por la enfermedad del rey, le pediría disculpas y pondrían en práctica las acciones preventivas que él le había sugerido días antes. En cuanto divisó a Gaus no pudo evitar un gesto de triunfo, sobre todo por el aspecto circunspecto del senador.

—Un guardián me advirtió de que quería verme —dijo Mendín obviando saludo alguno.

Gaus lo rodeó con el brazo por el hombro y le invitó a caminar por el camino de gravilla.

—Boticario, existe cierta preocupación entre el Gran Senado por los nuevos casos de fiebre que se están produciendo en nuestro reino —hizo una pausa—. El vulgo está empezando a cuestionar a los Dioses y culpabiliza al rey de traer la enfermedad a Tartessos.

Mendín escuchaba las palabras del decano sin decir nada. Esperaba ansioso la merecida disculpa.

—Debemos salvar al rey a toda costa, por eso le pido la máxima prioridad en sus atenciones. El orden de Tartessos se tambalearía si el rey pereciese.

—¿Qué quiere decir? —dijo al fin Mendín—. Estoy al servicio del rey desde su llegada a Tarsis y no me he separado de él ni un solo instante. Salvo ahora —puntualizó.

—No pretendo cuestionar el tiempo que dedica a los cuidados de Arkan, sin embargo me temo que los remedios que se le administran no están teniendo demasiado éxito.

Mendín apretó sus puños tras el reproche de Gaus. Le lanzó una mirada desafiante y tensó sus mandíbulas para templar su reacción.

—Solo soy un herbolario, decano; no me ha sido otorgada la magia de los Dioses. Los efectos de estas fiebres sobrepasan a mis conocimientos de sanación.

—No me satisface su respuesta, Mendín. La vida del rey está en sus manos, y si fallece, el Gran Senado cuestionaría su capacidad.

Mendín soltó un respingo de fastidio. La última sentencia del decano parecía algo más que una mera advertencia.

—Deberíamos aislar a todos los enfermos para detener esto de una vez. Ya se lo advertí —alzó ligeramente la voz—. Los contagios irán a más si no le ponemos remedio de inmediato.

—¿A quién le importa el vulgo, boticario? Estamos hablando del rey —se exasperó Gaus.

Desde unos cuantos equinoccios atrás, la escasez de alimentos en la península había ido en aumento y el Gran Senado opinaba que esa insuficiencia se debía al aumento de la población tartesia, por ese motivo consideraban que la pandemia era un mal necesario para regular la población.

—Siento decirlo, pero no le auguro demasiadas suertes a la salud del rey —se atrevió a decir

Mendín—. Los brebajes y los ungüentos apenas reducen las fiebres y cada vez tiene más pústulas en su cuerpo.

El decano le agarró por la pechera y le dedicó una mirada desafiante. Luego señaló el palo de los ajusticiados que sobresalía de lo más alto de la muralla.

—Sálvele la vida al rey, boticario. Si fallece, me encargaré de que su cuerpo se seque al sol en esa percha.

Capítulo 12

Tras una noche de tormenta, Tartessos se despertó con los arenales anegados y la fruta lastimada. Algunos territorios habían quedado incomunicados, como muchas otras veces, al desamparo de su infortunio; y los tartesios, sin acceso a los manantiales y con la ventura de que las lluvias acabasen de sumergir sus viviendas, suplicaban a los Dioses con oraciones desesperadas.

Aunque las murallas que rodeaban la costa hacían funciones de contención e impedían la entrada del oleaje del gran mar, su inestable geografía, lacustre y pantanosa, hacía peligrar su existencia con cada época de lluvias. Con el tiempo, los tartesios habían ido migrando de las tierras costeras para instalarse en la franja central y en las colinas septentrionales, más elevadas y con un terreno menos arenoso.

Terón, rodillas en tierra, maldecía a los Dioses y a su mala ventura. La lluvia había inundado su casa y la estructura de adobe había quedado dañada dejando al descubierto buena parte del techo. Los cueros que había secado pacientemente durante semanas estaban empapados y las pieles de animales de caza menor estaban repletas de barro y hojarasca adherida. El curtidor levantó su vista al cielo, clavando la mirada al tenue nuevo sol que se escondía entre las amenazantes nubes y emitió un desgarrador grito de rabia. La fatalidad parecía acompañar su destino, y es que antes del anochecer se agotaba el plazo para entregar a la reina los cubrepiés del rey y, con los cueros húmedos y los pelajes malogrados, parecía imposible tener listo el encargo a tiempo.

Midis, el vecino y buen amigo del curtidor, se acercó hasta él, se sentó a su lado y sacó una manzana de su zurrón.

—¿Quieres una fruta? —Terónladeó la sonrisa y declinó el ofrecimiento.

—Espero que no vengas a mí para mentar a los Dioses —dijo Terón.

—No pretendía hacerlo, aunque ya sabes lo que pienso —empezó a decir Midis—. Sé que piensas que toda esta catástrofe es fruto del azar y que los Dioses tienen cosas más importantes que hacer antes que castigar a un humilde curtidor por su incredulidad, pero...

—Pero tú sí que lo piensas, ¿verdad? —se apresuró a decir Terón.

—No puedo pensar otra cosa, Terón. Ellos se fueron pero nos vigilan, ellos crearon todo esto y nos enseñaron a vivir como seres superiores al resto de los animales. Son Dioses y todo lo ven y todo lo saben. Debemos ser agradecidos con ellos y no despreciar su poder si no queremos que se enfurezcan y desaten su ira.

—¿De verdad crees todo lo que dice el Gran Senado? Todo ese culto que profesas no es más que una argucia para acobardarnos, para que todos hagamos lo que se ordena desde el palacio. No, Midis, los Dioses no escuchan tus oraciones, no escuchan tus súplicas y tampoco escuchan mi desprecio por ellos. A ver si os entra en la sesera; ellos nos han abandonado y ni castigan, ni ayudan —alegó con firmeza Terón—. ¿Crees que si les pido a los Dioses que se sequen estas pieles antes de mediodía me concederán la dádiva?

—Los Dioses son sabios, amigo Terón, su providencia ha hecho que yo me acerque hasta aquí para ayudarte.

El curtidor carcajeó.

—No te burles, Terón. Tú dime en qué puedo ayudarte. Somos amigos, ¿verdad? —se ofreció Midis.

—Agradezco tu gesto, querido Midis, pero no podemos hacer nada. Habría que limpiar las pieles, secarlas y coserlas. Con el poco sol que tenemos hoy no lo conseguiríamos —dijo Terón con resignación—. Además, tú tienes tus propios quehaceres.

—Con las últimas lluvias la cosecha se ha echado a perder —empezó a decir Midis—, el terreno está embarrado y no me apetece cubrir mis rodillas de lodo. Insisto, Terón, déjame ofrecerte mis manos.

—No has sembrado nada en los últimos meses, amigo. Laboras muy poco y los recaudadores te castigarán si no aportas viandas para el reino.

—No por apetencia, Terón. Las tierras cada vez son más acuosas y la huerta se pudre en época de lluvias —explicó Midis—. Además, las bestias burlan las cercadas y patean las cosechas.

—Será un designio de los Dioses... —se burló Terón.

—Les pido a ellos clemencia y tierra fértil, pero no me dan esa dádiva. Si después de este equinoccio no mejora la tierra me iré al septentrión en busca de una nueva vida. He oído hablar de un asentamiento agrícola llamado Budua. Muchos hortelanos partieron hace dos equinoccios. Se dice que allí hay un gran valle refugiado por dos colinas y bañado por las aguas de un gran río. El terreno es fértil y las lluvias no arrecian como aquí. Además, nadie se lleva parte de mi cosecha.

—Lamentaré tu partida, Midis, aunque te desearé una buena ventura en esas nuevas tierras.

Midis asintió en señal de agradecimiento.

—Terón, dejémonos de parloteos y no barruntes más. Déjame que te procure mis manos para secar esas pieles a tiempo.

Aunque el curtidor sabía que tener las pieles secas antes del anochecer era una auténtica quimera, accedió a intentarlo alentado por la buena voluntad y la predisposición de su amigo. De este modo, cargaron las pieles y se dirigieron al arroyo para limpiarlas. El barro bermellón del suroeste peninsular se presentaba como un inconveniente más, puesto que teñía el pelo y su lavado requería ser más exhaustivo. Mientras Terón enjuagaba las pieles y las peinaba con los dedos para no dañar el pelaje, Midis preparó un fuego para calentar las piedras.

En esos tiempos, los tartesios intentaban conservar el fuego, aunque las inclemencias del tiempo lo impedía en muchas ocasiones, de modo que la creación de fuego nuevo era una práctica habitual y su preparación no era especialmente complicada si se conocía la mecánica y se utilizaban los materiales apropiados para ello. Midis preparó un pequeño nido de yesca y esparto sobre el que dispuso un listón de madera de pita de dos codos de largo, hizo una incisión en ella con la arista de una piedra e incrustó un vara de vástago de aliso; la hizo voltear rítmicamente con sus manos para friccionar ambas maderas hasta que la base de pita empezó a prender y luego hizo caer el ascua al nido de esparto y yesca. Con el fuego listo, rodeó la hoguera con piedras de río, más grandes y redondeadas, y sobre ellas dispuso las pieles que Terón había limpiado.

Antes de la caída del sol, las pieles habían perdido la humedad por completo. El curtidor las cortó con una afilada piedra de pedernal negro, las cosió con fibra de rafia y luego unió las tiras de cuero para una mejor sujeción. Entrada ya la tarde, y tras la última puntada, Terón no pudo evitar una sonrisa de satisfacción que Midis acompañó con una palmada de complicidad en su espalda.

—Eres un buen amigo, querido Midis. Sin tu ayuda no hubiese sido posible tener los cubrepiés listos antes del anochecer.

—Sí que los hubieses tenido listos, Terón —repuso Midis—. Yo solo te he animado a

intentarlo...

Una repentina sacudida interrumpió la conversación de los dos amigos. A diferencia de los otros temblores que habitualmente amenazaban la integridad de la península, este parecía más violento y prolongado. Los árboles empezaron a crujir y a desvanecerse sobre las chozas de la aldea, el suelo se resquebrajó formando profundas grietas, devorando todo aquello que estaba en su camino y escupiendo agua salada de su interior. Un alboroto de pájaros espantados consiguió apagar por unos instantes el fragor de la tierra fracturada, huían despavoridos hacia el septentrión agitando furiosamente sus alas y emitiendo desgarradores sonidos de alerta. Multitud de rebecos, ciervos y otras bestias salieron del interior del bosque, huyendo de los árboles que seguían desplomándose.

—¡Corramos a las grutas! —alertó Midis—. Si seguimos aquí nos devorará la tierra.

Terón había perdido el equilibrio en la primera sacudida y, sin arrestos para ponerse en pie, observaba con perplejidad el esperpéntico desastre. La hendidura del suelo había serpenteado a pocos pasos de él, engullendo las chozas y los huertos de los vecinos. Su choza ya no estaba, había corrido la misma ventura que el resto de viviendas; de ella solo quedaba la hoguera y la cabra que seguía atada a la cepa del almendro que ensombrecía su parcela. Pensó en la suerte de Farada, temiendo que hubiese llegado ya del acantilado, donde pasaba las horas cada tarde orando a los Dioses por el alma de la pequeña Túria.

—¡Terón!

El grito de Midis espoleó al curtidor que había permanecido en el suelo, aturdido y atenzado por el horror. Se giró hacia su derecha y vio como su amigo movía sus brazos insistentemente para que le siguiese hasta las cuevas del cerro. Antes de levantarse, dirigió nuevamente su mirada al espacio donde había estado su choza y tensó sus mandíbulas. En ese corto espacio de tiempo, Terón olvidó su agnosticismo y le suplicó a los Dioses; tenía por la vida de Farada. Luego corrió hacia el cerro, siguiendo la estela de Midis, sorteando las hendiduras del suelo y las violentas emanaciones de agua que emergían de su interior.

Los gritos de los tartesios se confundían con el fragor de la tierra. Unos se dirigían despavoridos también hacia el cerro más próximo y otros se acurrucaban junto a sus infantes al lado de sus chozas o lo que quedaba de ellas, sin otra voluntad que resignarse a su propia ventura. Una mujer había quedado sepultada bajo el tronco de un castaño a apenas quince pasos del curtidor y se retorció de dolor pidiendo ayuda desesperadamente. Terón se detuvo, dio media vuelta y corrió a socorrer a la mujer. La asió por las axilas e intentó tirar de ella varias veces. Sus gritos de sufrimiento eran desgarradores y la impotencia empezó a apoderarse de él.

—No puedo contigo, mujer —se sinceró Terón—. No tengo fuerza para levantar estas ramas...

—No me dejes aquí, te lo suplico —le imploró ella.

Tras vacilar unos instantes, Terón asió la mano de la mujer y se sentó a su lado, desobedeciendo a su instinto de supervivencia. Hundió su cabeza entre sus piernas y cerró los ojos resignando su suerte. Por su cabeza transitó la imagen de su pequeña Túria envuelta en la esterilla de cáñamo, con sus pequeños ojos cubiertos con conchas y deseó que todo acabara para reunirse con ella. Luego fue el rostro de Farada el que le vino a la mente, recordó esos primeros años de amor apasionado, los paseos por el bosque al atardecer cuando dedicarse miradas en silencio era un regalo y luego se acordó de los Dioses; aquellos seres que nadie conocía pero que todos respetaban y temían y volvió a cuestionarse una vez más por qué se acordaba de ellos cada

vez que necesitaba ayuda. Levantó la cabeza y con los ojos empañados en lágrimas miró al cielo.

—¿Qué es eso tan terrible que hemos hecho? —gritó—. ¿Por qué nos hacéis esto?

Un árbol se desplomó muy cerca de ellos, levantando a su caída una nube de polvo que veló todo su entorno y le cegó los ojos. Luego, otro tronco corrió la misma suerte, partiendo en dos una de las pocas casas que se mantenían en pie. Mientras, la grieta seguía devorando a su paso todo aquello que encontraba.

Sin tener una constancia exacta del lapso de tiempo transcurrido, el temblor se detuvo y la tierra dejó de crujir. Un crudo silencio se apoderó de Tartessos y solo los aislados gritos de auxilio de la gente herida o atrapada advirtieron a Terón del fin de la pesadilla.

—¡Ayuda! —gritó Terón—. ¡Que alguien me ayude!

Los tartesios vagaban como cuerpos sin alma de un lado a otro, desoyendo los gritos de ayuda del curtidor, sumidos en su dolor y su aturdimiento y ajenos a las desesperadas súplicas de los heridos.

—Espera aquí, mujer. Voy a buscar ayuda.

La mujer se resistió a soltar la mano de Terón cuando éste se fue hasta el cerro para pedir ayuda.

—¡No me abandones! —imploraba—. No me abandones...

El suelo estaba embarrado y Terón tuvo que deshacerse de los cubrepíes, que adheridos al lodo, le impedían correr. Ya sin ellos, aceleró su paso, sorteando un sinfín de árboles caídos, de cadáveres y grietas gigantescas; cruzó el manantial próximo al cerro y pidió auxilio con un grito desesperado.

Otro ruido estremecedor le advirtió que la pesadilla aún no había terminado. Era un rugido lejano que parecía percibirse cada vez más cerca. Terón miró al cielo y pensó que tal vez había estado equivocado, que quizá sí era verdad que los Dioses les observaban y que estaban castigándoles. Se preguntaba si ese sonido abrupto cada vez más audible procedía del firmamento o de las entrañas de la tierra.

El suelo volvió a temblar, esta vez era un breve cimbreo casi imperceptible, sutil y a la vez amenazante; Terón olió a mar y sintió como la humedad se le calaba en los huesos. Se encaramó a lo alto del cerro y corrió hasta el acantilado en busca de Farada con la esperanza de encontrarla con vida. En la cima nadie había, solo desolación y los restos del seísmo. Fue entonces cuando alzó la vista y supo con certeza que ese anochecer sería el último que podría presenciar. Se arrodilló y extendió sus brazos en cruz, rindiéndose a su suerte. Lo que desde allí vio fue un espectáculo dantesco y aterrador, el peor de los sueños. Una ola del tamaño de cuatro árboles se alzaba majestuosa y a la vez desalmada escupiendo bruma desde su cresta y se acercaba irremisiblemente a la costa de Tartessos.

Capítulo 13

Betunia había ordenado no ser molestada y había dispuesto que nadie accediese a la primera planta esa noche. Ante la perplejidad de Plea, que siempre debía estar en la alcoba de la reina o en la habitación contigua por si era necesaria su presencia, la reina le había ordenado explícitamente que ese atardecer lo dedicase a su propio tiempo libre, que bajase hasta la pradera a recoger flores silvestres o dispusiese de su dispensa para hacer lo que quisiera. La asistenta no estaba acostumbrada a disponer de tiempo para su propia disposición, solamente tenía libre la jornada de los Dioses, un día sagrado para los tartesios que coincidía con la entrada del segundo solsticio, fecha en la que se decía que partieron hacia las estrellas los seres superiores. De este modo, Plea decidió pasear por los aledaños del palacio y no alejarse demasiado de él por si la reina cambiaba de parecer y su presencia era de menester.

Cuando empezó a refrescar la sirvienta regresó a palacio para preparar los aceites con los que ungía las piernas de la reina cada noche y comer alguna cosa antes de servir la cena. Tras cruzar la sala de recepción de la planta baja, ascendió por la escalinata que conducía al piso de las estancias reales y se detuvo ante uno de los ventanales de vigilancia para contemplar la puesta de sol. Tras varias jornadas de incendios y altercados, parecía que la calma había vuelto a Tartessos. Fijó su mirada en la lejanía, allí donde el mar establece el horizonte, donde las naves son engullidas por una gran catarata; allí en el fin del mundo. Fue en ese punto, entre los claros que asomaban entre las últimas nubes, donde le pareció ver algo extraño, algo que no debería estar allí; era una gran ola plateada que se enfilaba desde algún lugar de mar adentro. Un viento húmedo y salado se incrustó en el cuerpo de la sirvienta. Entonces comprendió lo que estaba sucediendo, algo terrible. Tragó saliva y palideció.

—Guardián, ¿ha visto eso? —se dirigió a un soldado que dormitaba en un escalón.

El hombre se desperezó sin demasiada presura y sin disimular un vehemente bostezo se acercó hasta el ventanal. Plea señaló en dirección al gran mar y el guardián despertó de su letargo al instante.

—¡Por todos los Dioses! —profirió—. ¡Es nuestro fin! Hay que avisar al Gran Senado.

El guardián descendió la media docena de escalones que le separaban de la planta baja y salió por la puerta de la antesala para dirigirse al claustro donde descansaban el resto de guardianes. Por su parte, Plea subió precipitadamente para alertar a la reina, cruzó el pasadizo y entró en la alcoba de Betunia.

—¡Mi reina!, hay algo importante que debo...

Plea se quedó petrificada en la entrada de la puerta. Betunia estaba de rodillas en su lecho, con su cuerpo completamente desnudo, entregada a los placeres del amor. Las poderosas manos de su amante sujetaban su arqueada y perlada espalda en pleno éxtasis amatorio. Al instante, Betunia se

irguió y giró su cabeza hacia la puerta. Sus ojos enfurecidos se clavaron en la figura de Plea, quien acababa de darse cuenta de la enorme torpeza que acababa de cometer. La asistente bajó la vista e hizo un ademán de retroceder.

—¡Maldita estúpida! —rugió Betunia—. ¿No entendiste mis órdenes?

—Lo lamento, mi reina...

Pese a evitar mirar directamente la lujuriosa escena, Plea pudo distinguir la identidad del hombre que yacía bajo el cuerpo de la reina. El mozo de cuadras parecía incluso más asustado que la propia asistente e intentaba cubrirse el rostro con su antebrazo.

—Haré que te arranquen los ojos y corten tu lengua. Has sido una...

Las palabras de la reina se vieron interrumpidas por un inesperado suceso. Las ampollas de las esencias que reposaban sobre el tocador tintinearón, los muebles cimbrearon y las vigas de madera crujieron, dejando caer un delgado hilo de polvo del techo. Luego el temblor fue más intenso y violento, una de las paredes chasqueó antes de dibujarse una grieta en diagonal y el postigo de la ventana se desplomó junto al lecho de los furtivos amantes. Instintivamente, Sostrate volteó a Betunia y la cubrió con su cuerpo desnudo mientras Plea se hacía un ovillo junto a la pared.

Pronto se escucharon gritos y carreras procedentes del pasillo, golpes de cascotes impactando contra el suelo y un crujido previo al resquebrajamiento del suelo de la cámara real. Una viga se desprendió y el techo cedió parcialmente dejando a la vista parte de la estancia del piso superior. En ese momento, Betunia se zafó de los brazos de Sostrate y se cubrió el cuerpo con una sábana.

—Será mejor que te vistas y desaparezcas de aquí, Sostrate —dijo la reina con templanza—. Los guardianes no tardarán en llegar y no es oportuno que te vean en mi cámara.

Sostrate obedeció al instante. Recogió del suelo su faldón y sus sandalias y se vistió intentando mantener el equilibrio entre la zozobra. Luego se dirigió hasta el ventanal y se encaramó a él para saltar al patio del piso de abajo. Calculó la distancia que separaba la ventana de la higuera e hizo un ademán de coger impulso para lanzarse, pero algo le detuvo. Una imagen apocalíptica le sobrecogió por completo. Más allá del acantilado y desplazándose a gran velocidad, una ondulación monumental se alzaba como un muro escupiendo espuma en mitad del mar y se dirigía irremisiblemente hacia la costa.

—Mi reina... —Se giró hacia ella—. Que los Dioses nos protejan. Estamos perdidos.

—¡Salta! —ordenó ella.

—¡Mi reina!

Sostrate extendió su brazo para mostrarle a la reina la espantosa ola y ella se acercó hasta él para empujarle al vacío.

—Maldito seas, ¡salta!

—Mi reina, mire el mar —le suplicó.

El temblor cesó espontáneamente y las paredes dejaron de lamentarse, devolviendo el silencio a la estancia. Plea bajó los brazos que le cubrían la cabeza con cierta vacilación y miró hacia el techo al comprobar que su cuerpo estaba cubierto de una polvareda blanca y restos de runa. Por su parte, Betunia observaba atónita desde la ventana la catástrofe que amenazaba la costa.

Dos guardianes irrumpieron en la habitación en ese momento. Apartaron varios cascotes del suelo y retiraron el travesaño de la viga que obstruía la entrada.

—Mi reina, ¿se encuentra usted bien?

La regente levantó la mano sin ni siquiera girar su cuello.

El fragor de la gran ola se confundía con la fina brisa que se colaba entre silbidos por las

grietas de los maltrechos muros de la estancia. Los guardianes se miraron sin comprender a qué obedecía todo aquello.

—Guardianes, alerten a los sabios del Senado —dijo al fin la reina—. Tartessos está en peligro.

Capítulo 14

La luz de un nuevo sol mostró a los tartesios la crueldad del desastre del día anterior. El poderoso seísmo había arrancado casas y árboles, y un buen número de habitantes habían perecido durante su actividad, reduciendo a escombros una buena parte del reino. Pero fue el posterior maremoto el que acabó de desolar y destruir todo el territorio tartesio, especialmente las tierras costeras. Las playas habían desaparecido por completo, engullidas por la violenta resaca; el puerto había sucumbido y no quedaba rastro de aquel magnífico ancladero que llegó a ser el anhelo y el referente de todos los grandes imperios del gran mar. Los cinturones de Tartessos que Atlas les había legado habían quedado sepultados por el lodo y la arena del gran mar, convirtiéndolos en un enorme fangal. La flota tartesia, poderosas naves de veinte y cincuenta remos parecidas a las que usaban los focesos años atrás, había sucumbido a la embestida y de ella, solo quedaban sus restos flotando. Muchas de las minas que bordeaban el litoral se habían inundado y desvanecido bajo las arenas de una nueva región de marismas que ahora dividían aún más Tartessos de su vecina Conios. Más de cuarenta estadios del territorio habían sucumbido para siempre a los crueles designios de la naturaleza, o quién sabe si a los de los Dioses.

La virulencia del maremoto había sido devastadora, un cruel castigo a una población que, lejos de Tarsis, vivía en construcciones de estructura mucho más débil que en la capital. Los escombros definían a la perfección la magnitud de la desgracia. Más de la mitad de Tartessos era ahora una extensión del gran mar, un espontáneo golfo que se convertiría en el principio del fin. Algunos cadáveres flotaban inertes o permanecían embarrados en los recodos junto a restos de ramas, piedras, enseres y reses muertas; otros habían quedado sepultados para siempre bajo las marismas en un improvisado camposanto.

Los supervivientes vagaban sin rumbo como ánimas en pena por los lodazales buscando a familiares, efectos personales o intentando localizar lo que hasta hacía unas horas había sido su casa. Muchos deambulaban completamente desnudos, con sus cuerpos lacerados y los heridos exprimían sus últimas fuerzas para pedir ayuda con débiles y desgarradores alaridos, casi fantasmagóricos. El insultante silencio de Tartessos solo se veía alterado por esos gritos de auxilio y el chapoteo de las aves que se daban un festín con la gran cantidad de peces medio asfixiados que aún se retorcían entre los escombros.

En Tarsis el paisaje no era tan desolador. El seísmo había afectado la estructura de algunas casas y otras pocas habían quedado reducidas a ruinas. Algunos animales de granja correteaban en libertad por las calles de la urbe sin saber muy bien adónde se dirigían mientras los tartesios departían acaloradamente tras lo sucedido. Por otra parte, y en cuanto a los efectos del maremoto se refiere, el agua había llegado a su cinturón amurallado, pero éste había contenido la embestida de la gran ola y, aunque algunas calles estaban anegadas y algunas casas habían sufrido daños importantes, sus efectos no habían perturbado en demasía el día a día de la capital.

En el valle de las marismas, cerca de la desembocadura del río Rojo y rodeado de un jaral de restos de ramas, piedras y cadáveres de peces yacía el cuerpo semidesnudo de Terón. Había

recobrado la conciencia al alba, alertado por los desesperados llantos de una mujer que buscaba a sus hijos entre los montones de escombros. El curtidor tenía el cuerpo magullado y lacerado. Una de sus rodillas presentaba un corte de considerables dimensiones que el fango seco había protegido y su cara estaba repleta de arañazos y moratones de diversa índole, no obstante su dolor iba mucho más allá de sus golpes y sus heridas. Había visto con sus propios ojos como el agua devoraba su poblado, había presenciado la muerte desde cerca y no sabía nada de Farada ni de su buen amigo Midis. Su conflicto de fe había llegado a su punto más álgido esa mañana mientras limpiaba sus heridas e intentaba recomponerse de la tragedia. Si los Dioses realmente existían y lo sucedido había sido obra de ellos, no había razón alguna para que las gentes siguiesen adorando a esos seres despreciables y crueles. Mas, por otro lado, se preguntaba si Tartessos había sido castigada por algo que a ellos no les hubiese agradado, si realmente se trataba de un castigo justo. Si hasta la noche antes el rechazo absoluto a la adoración de esos seres era un racionamiento intuitivo, esa mañana, el reniego era producto de un odio profundo y convencido.

Su magullado cuerpo carecía de brío y su alma le dolía más que los propios moratones. Con la cabeza apoyada en una piedra, observaba su alrededor con la apatía del vencido de espíritu. Cerca de él, una lagartija amarillenta zigzagueó y se detuvo delante de su cara, cruzándose la mirada. En esos momentos Terón era más pequeño y vulnerable que ese escurridizo animal de cuello palpitante y mirada curiosa.

Cerró los ojos y recordó un episodio de su infancia, cuando su padre le mostró cuan maravillosa y extraña puede ser la vida. Ese día había descubierto que esos diminutos lagartos sobrevivían a la amputación de su cola y la regeneraban con el tiempo. Él era ahora como esa lagartija, le habían arrancado lo más preciado de su vida, pero debía levantarse, debía sobrevivir...

Tras envolver su rodilla con un pedazo de tela para cortar la hemorragia, se levantó y cruzó las marismas con la ayuda de un improvisado báculo, emprendiendo rumbo al poblado. Con el terreno tan accidentado, no conseguía conocer su paradero exacto. Recordaba que el agua lo había arrastrado durante un largo lapso de tiempo hasta que su cuerpo se detuvo en un margen de la riada. La posición del sol se convirtió en el único referente de un trayecto desolador. Los cadáveres flotaban en las marismas y se amontonaban en los recodos fangosos que había formado la resaca. Todo olía a lodo, a la herrumbre de las minas y a muerte, principalmente, a muerte. El silencio no era apacible, era aterrador, solo perturbado por algún grito aislado de auxilio que se percibía en la lejanía, pero Terón parecía desoír esos lamentos. Su rumbo estaba trazado, debía encontrar a Farada.

Tres horas más tarde, tras cruzar la región de las marismas, el terreno empezó a tomar firmeza y su paso fue mucho más ágil. Por el camino se cruzó con otras gentes, figuras fantasmagóricas a la deriva, casi sin alma, buscando familiares y amigos al azar entre los escombros. Entre ellos no se regalaban saludos ni las habituales frases de buena ventura que solían dedicarse los viajeros, ni siquiera una mirada de complicidad, deambulando sumidos en su propio drama, en su propia búsqueda.

Pudo comprobar con desolación que los canales en forma de anillos que habían heredado de los antiguos atlantes eran ahora enormes ciénagas y los caladeros que habían albergado grandes filones de moluscos, se habían convertido en una necrópolis de barcas. La figura de una mujer avanzaba entre el fangal en dirección a Terón, intentando no perder el equilibrio. Con una mano sujetaba una rama que hacía las veces de cayado y de la otra pendía una cesta de huevos que se balanceaba con sus andares. La cara de Terón se iluminó cuando creyó reconocerla.

—¡Farada!

La mujer se detuvo y dirigió la mirada hacia él con actitud indolente.

—Farada, mujer... —repitió mientras corría a su encuentro.

Ella bajó la cabeza y siguió su camino, desoyendo la llamada del curtidor, quien iba hacia ella con paso renqueante.

—¿No me conoces?, soy yo...

Ella disintió y Terón se detuvo cuando los ojos de ambos se cruzaron. Aquella mujer desconocida, de mirada esquiva, no era Farada. Vista de cerca, incluso sus formas y su talla nada tenían que ver con su amada.

—Farada... ¿dónde estás? —dijo mientras dejaba vencer sus piernas para caer de rodillas.

Luego se cubrió la cara con sus manos y rompió a llorar. Ella siguió andando, sin siquiera dedicarle una mirada compasiva.

Terón tardó unos instantes en recomponerse tras ser apaleado nuevamente por la decepción. Sentía que sin su familia su alma ya no pertenecía a este mundo e intentaba encontrar una razón que le ayudase a levantarse de ese fangal y sólo había una: llegar hasta la aldea.

Tras recorrer una distancia de más de veinte estadios, se encaramó a una loma para divisar el camino y tratar de ubicarse con más certeza. Desde allí se divisaban a lo lejos las murallas de Tarsis y a su derecha, donde siempre había estado el esplendoroso puerto de Tartessos solo había un mar tranquilo que disimulaba el delito de su voracidad. El acantilado había desaparecido por completo y ahora era un arenal mucho más grande que el que bañaba las costas de Gadis. Su mente le devolvió la imagen de Farada, arrodillada en lo alto del despeñadero, pidiéndoles a los Dioses que cuidasen de la pequeña Túria. Al no haberla hallado en el acantilado tras el terremoto, se agarraba a la esperanza de que su mujer hubiese escapado a tiempo y aún estuviese a salvo; incluso llegó a suplicar a los Dioses poderla ver una vez más con vida, aunque fuese la última, para acariciarla y dedicarle aquellas palabras de cariño que en los últimos años le había ocultado.

El camino quedaba cortado por una enorme brecha provocada por el seísmo, de modo que tuvo que bordearla hasta una estrechez, cerca de la vertiente de un cerro aislado. Allí había quedado atrapado un asno bajo el ramaje de una frondosa encina caída. La bestia, agotada por los continuos esfuerzos por zafarse de la enramada que le mantenía atrapada, rebuznaba histérica, clamando ayuda. Terón se acercó hasta el asno e intentó liberarlo sin demasiado éxito. Hizo ademán de dar media vuelta para seguir su camino pero un lastimero relinche le hizo retroceder.

—En menudo lío te has metido, bonito. Vamos a ver cómo puedo sacarte de aquí.

Terón introdujo la rama que le hacía las veces de báculo entre el ramaje que inmovilizaba al animal e hizo palanca hacia arriba para disminuir el peso, pero resultó un intento inútil. Repitió el proceso nuevamente, haciendo penetrar el báculo desde el otro extremo.

—Venga, asno, pon un poco de tu parte —le alentó con un gruñido mientras hacía fuerza hacia arriba.

El animal notó como el peso se aligeraba y pataleó con fuerza, deslizando sus patas entre el barro en un último intento de liberarse. Terón hizo también una nueva tentativa, tensando al máximo la vara y arrojando el hombro a ella para mandar aún más fuerza. Entonces, el asno pateó de nuevo esparciendo pedazos de barro sobre el cuerpo semidesnudo de Terón y se incorporó de un brinco expirando un sonoro y agudo relinche de alivio. Luego cabeceó enérgicamente para desespumar su boca y coceó de alegría.

Con las piernas fatigadas y la rodilla ensangrentada, los lomos del asno se presentaban como

una bendición divina. Terón alzó su mirada al cielo, como agradeciéndole a los Dioses ese regalo, hasta que fue consciente de la impropia de sus pensamientos y enfureció el rostro. La cadencia rítmica del équido era lenta y enervada, con un contoneo incómodo para un jinete sin montura, pero sin duda mejor que continuar a pie entre el lodo y los escombros.

Pasado el mediodía, Terón llegó a las inmediaciones de lo que había sido su aldea. Reconoció el terreno por la carbonera de piedra que había resistido a la investida de la gran ola. Los vecinos, como comparsas de la ventura, amontonaban piedras y ramas en los márgenes del camino, intentando despejar el terreno. La furia del mar había barrido por completo las humildes casas y de ellas apenas quedaban los restos de lo que en su día fue una estructura habitable.

Detuvo al asno y lo amarró a un árbol. Se dirigió hacia uno de los altares en honor a los Dioses y vio con asombro que apenas estaba dañado. Todas las esculturas estaban intactas y en pie, a excepción de la efigie de Anat, la diosa de la fertilidad. Pasó junto a ella con indiferencia y dedicándole una mirada de desprecio; luego enfiló el camino que conducía a su casa. Pese a renquear ostensiblemente por el dolor de la rodilla, aligeró el paso buscando con su mirada a Farada.

—¡Farada! —gritó—. ¡Mujer!

En el recodo se detuvo. Lo que allí vio era lo que había estado deseando no encontrar a su llegada. Su casa no estaba, apenas se sostenía una pequeña hilera de piedras de lo que era la parte trasera. No quedaba ni rastro de las casas vecinas, ni de la poza, ni del granero; solo el abrevadero de las bestias había sobrevivido a la catástrofe. Terón se acercó hasta el árbol donde solían atar a la cabra y se arrodilló. La cuerda huérfana, partida y ensangrentada, seguía anudada en su cepa atestiguando la ferocidad de la gran ola.

Siguió el camino y se dirigió hacia las grutas del cerro, allí se había refugiado su buen amigo Midis y muchos de sus vecinos. Caminó con paso firme, con la esperanza de encontrar allí a alguien conocido y hallar así un motivo de alegría o esperanza entre tanta confusión. Si Farada había conseguido descender del acantilado al ver que se acercaba la ola y hubiese tenido tiempo de refugiarse en el interior de las grutas podría estar viva y Terón se aferraba a esa idea.

Las inmediaciones del cerro estaban aún inundadas y su topografía había variado ostensiblemente. Las grutas habían quedado taponadas con toneladas de barro y arena que la resaca había embutido en su interior. Terón sintió un escalofrío y se detuvo. Las piernas se hicieron débiles al comprender la ventura que había corrido Midis y el resto de vecinos, luego también comprendió la suerte que le habría aguardado a él si no se hubiese detenido a auxiliar a esa mujer. La ola se habría levantado por encima del cerro y su retroceso habría inundado las grutas, llevando consigo también una gran cantidad de arena y barro. Habían muerto sepultados.

—¡Yo maldigo a los Dioses! —gritó Terón dejándose caer sobre sus rodillas—. Yo os maldigo...

Capítulo 15

Tres semanas más tarde, Tartessos trataba de recomponerse de la tragedia. Las gentes reconstruían sus casas a pasos forzados con la ayuda de vecinos y amigos. El hambre se había convertido en un problema añadido a las fiebres y los daños del seísmo; mientras, el ejército intentaba abastecer de alimentos básicos y agua potable a la desdichada población. El Gran Senado había suspendido temporalmente el pago de impuestos en todo el territorio, excepto en Tarsis, donde los daños no habían sido tan graves; una medida de gracia no muy bien acogida por los habitantes de la capital, que se consideraban igualmente damnificados por la tragedia.

En Palacio, el restablecimiento de Arkan invitaba al optimismo; por ese motivo el Gran Senado había anunciado su recuperación a los cuatro vientos para esperanzar a los tartesios y, a la vez, exculpar al rey de la propagación de la pandemia.

Esa mañana, el Gran Senado se reunía en el salón de plenos para considerar los últimos acontecimientos y la nueva situación económica del reino. Gaus tomó la palabra al iniciar la sesión.

—Senadores... —se aclaró la garganta antes de proseguir—. Las decisiones que tomemos hoy en este pleno marcarán el devenir próximo de Tartessos. El desastre de hace unas semanas nos sitúa en una posición comercial muy comprometida y existe, además, un riesgo de invasión.

Un murmullo generalizado interrumpió las palabras del decano, quien alzó la mano para pedir silencio.

—Ayer por la noche llegó a nuestras costas una nave del ejército foceo. Su tripulación estaba exhausta y algunos hombres arribaron heridos por saetas cartaginesas. Perdieron la mitad de los remos en las costas de Gadis, donde fueron asaltados por tres pentecónteras de la flota magónida. El principal al mando nos ha puesto al día de los últimos acontecimientos en el gran mar y nos ha pedido amparo. Señores... debemos prepararnos para afrontar un porvenir incierto.

Gaus se levantó de la bancada y deambuló por la sala con sus manos cogidas a la espalda. Se dirigió hacia uno de los ventanales y corrió el cortinaje. Perdió la vista en algún lugar indeterminado del mar durante unos instantes y luego se giró hacia el resto de senadores, quienes le observaban expectantes. El decano extendió su brazo mostrando el gran mar y prosiguió con sus explicaciones.

—Nuestro mar nos depara acontecimientos de mal augurio —dijo al fin—. La ruta comercial ha quedado cortada en el estrecho de Gadis y muy pocas naves han llegado a nuestras orillas después del desastre. Las minas de plata y de cobre están anegadas o sepultadas bajo las marismas y Oriente considera Tartessos como una tierra maldita —explicó Gaus.

—¿Tan grave es la situación? —quiso saber un senador.

—El insistente asedio del Imperio aqueménida sobre el reino de Lidia ha provocado que nuestros aliados focenses emigren a Emporion y Massalia, convirtiéndose ahora mismo en dos puntos de interés comercial que eclipsan gravemente nuestros intereses; además, los magónidas cartagineses se están expandiendo y el mar está repleto de naves de conquista. Las embarcaciones comerciales son asaltadas y los mercaderes evitan navegar por las costas cartaginesas. Ahora mismo, la única ruta para llegar a Gadis y Tartessos es por el norte, por el estrecho de Mesina.

—No hay duda de la gravedad de la situación, pero nos ha referido un peligro de invasión —intervino de nuevo el senador.

—En efecto —Gaus frunció el ceño—. Me preocupa el afán conquistador de los magónidas. La alianza de los etruscos con Cartago presagia un futuro difícil. Sus tropas están acechando Gadis con una flota de treinta naves y es posible que hayan entrado ya en Iberia por la costa de Abdera o Malaca. Si eso es así, si ya están en el interior de la península... —el decano hizo una pausa—, que lleguen hasta nosotros por el interior es cuestión de tiempo.

—¡No pasarán! —alzó la voz Jaudé—. Aún no ha nacido el ejército que pueda derrotarnos.

Gaus adoptó un semblante aún más circunspecto.

—Seamos sensatos, Jaudé. Nuestras naves se perdieron con la catástrofe, nuestro ejército ha sufrido muchas bajas en los últimos años y Arkan no está aún en condiciones de luchar. Si los magónidas quieren conquistarnos, nuestras opciones para repelerlos son más bien escasas.

—Debemos pactar alianzas con Gadis y los pueblos del interior. Podemos contar con los conios de Estario y con los íberos del norte —sugirió Jaudé blandiendo su puño al viento de manera beligerante.

—No hay tiempo ya... —negó Gaus—. Solo podemos esperar que la intrusión en la península debilite a su ejército de a pie y no tengan más arrestos para llegar hasta aquí, aunque los pueblos de levante no son hombres de guerra.

—Debemos organizar a nuestro ejército —prorrumpió un senador—. ¿Está informado el rey?

Gaus asintió.

—Arkan está al corriente de la situación y esta mañana ha reunido a los generales y principales de nuestras tropas. Ha enviado veinte destacamentos de unos doscientos hombres cada uno que se distribuyen alrededor de nuestras fronteras. Ha ordenado colocar estelas con nuestro emblema en todos los caminos y pintar rocas y árboles con el distintivo tartesio.

—Y la costa —intervino Jaudé—. ¿Tenemos destacamentos en la costa?

Gaus ensombreció aún más su semblante e hizo jugar sus dedos despistadamente sobre la mesa antes de responder.

—No tenemos más hombres —sentenció con un gesto de resignación—. Perdimos cerca de trescientos guerreros en la campaña de Tingis hace unos meses y otros cien de las tropas navales perecieron tras la catástrofe.

—¿Arkan está regalando la entrada por la costa? —intervino otro miembro del Senado—. Esto es absurdo...

Los miembros del Gran Senado empezaron a vocear y gesticular airadamente alarmados por la inconsistencia de la estrategia defensiva. Gaus se cruzó de brazos durante unos segundos hasta que decidió intervenir.

—Senadores, por favor... —alzó la voz—. Senadores.

Las voces se convirtieron en un murmullo que aún hacía imperceptibles las palabras del decano.

—¡Silencio, senadores! Es cierto, tenemos desguarnecida la entrada por la costa, pero si enviamos a soldados destacados en el interior a defender el litoral tendremos dos flancos frágiles.

El silencio en la sala del Senado era ahora absoluto.

—Por ese motivo les he referido que las decisiones que tomemos en este pleno marcarán el devenir próximo del reino. Debemos militarizar a la población para tener más efectivos.

—¿Al vulgo? —se jactó Jaudé—. Esas gentes no saben combatir, no han sido instruidos en el arte de la guerra y no tendrían oportunidad alguna ante expertos guerreros; además carecen de

valor, son cobardes como conejos.

—¿Se le ocurre algo mejor? —le increpó Gaus con mirada enfurecida.

El murmullo volvió a hacerse audible en la sala. Las opiniones de los sabios eran claramente enfrentadas. Armar e instruir a una población que en los últimos tiempos había puesto de manifiesto su disconformidad con las nuevas regulaciones tenía un cierto riesgo, pero no hacerlo suponía abandonarse a la ventura.

—Comprendo sus reticencias, señores. Y cierto es... —carraspeó de nuevo Gaus para aclarar su voz—. La gente del pueblo no podría combatir cuerpo a cuerpo contra los guerreros cartagineses pero sí podrían interceptarlos en la costa.

—Explíquese, decano —dijo Jaudé.

—Si las naves cartaginesas arriban por la costa podríamos repelerlos con arqueros. Nuestros hombres podrían aguardar asentados a una distancia de uno o dos estadios y recibirles con una lluvia de hierro. Hay gente del pueblo diestra en el arte de flecha.

Jaudé se frotó la barba con gesto reflexivo unos instantes, luego asintió, dando así conformidad a la propuesta de Gaus.

—De acuerdo. Debemos reclutar a todos los cazadores y abastecerlos de arcos y flechas —sugirió Jaudé.

—¿Se decreta? —dijo Gaus.

Los siete miembros del Senado alzaron sus brazos.

Desde que Arkan se hizo cargo del mando del ejército tartesio sus victorias habían engrandecido su leyenda y cada nueva batalla era una victoria laureada. Sus tropas destacaban principalmente por su arrojo en la guerra y las tácticas militares merecían una consideración parecida. A excepción de la incursión en tierras de Tingis, meses atrás, Arkan había sabido conducir a sus tropas defendiendo su territorio de fenicios y de los vecinos de Gadis; pero esta vez se exponían a un desafío más arduo: defenderse de un poderoso ejército que había puesto como objetivo conquistar Occidente.

Si era cierta la información de que los cartagineses habían entrado en la península por Malaca y Abdera, todo hacía suponer que llegarían a Tartessos bordeando el litoral y atravesando el territorio de los hexinios, una pequeña colonia fenicia carente de potencial militar. Otra opción apuntaba a que lo hicieran por el interior, cruzando las cordilleras, algo que se presumía bastante improbable.

Aunque las fiebres habían desaparecido por completo y las pústulas ya no sangraban, tantas semanas de postración habían hecho mella en el cuerpo de Arkan, quien seguía sintiendo cierta debilidad y un notable decaimiento del ánimo. Sin embargo, la amenaza de invasión había espoleado los ánimos del monarca. Convocó a los principales de batalla en el cenagal, un recinto fangoso situado cerca del palacio que hacía las veces de campo de entrenamiento de los soldados; allí les refirió los últimos acontecimientos y las maniobras de despliegue que debían adoptar para defender las entradas a Tartessos. El rey subió a la tribuna que presidía el rectángulo que configuraba el campo de entrenamiento y se dirigió a los principales de sus tropas.

—Nos enfrentamos a un enemigo adiestrado en el arte de la guerra, soldados hercúleos, crueles y sanguinarios. No sabemos con exactitud la cantidad de hombres que pueden llegar hasta nuestras tierras, pero creemos que podrían ser más de diez mil.

Los principales encajaron las palabras de su dirigente sin pestañear, aunque eran conscientes de que las tropas enemigas les superaban en número.

—Debemos evitar, en lo posible, la batalla cuerpo a cuerpo y repeler a las tropas cartaginesas desde la lejanía. Guerreros, el río será nuestra muralla —siguió diciendo Arkan—. Tres destacamentos de flecheros aguardarán en las colinas que bordean el Gran Río y les acometeremos cuando lo crucen.

Arkan desenfundó su espada y serpenteó con ella un surco en la arena que simulaba el curso del río, luego colocó tres guijarros en diferentes puntos del trazado. Los principales se arremolinaron en torno a él para observar de cerca el improvisado mapa. Arkan se sentó en el suelo e invitó a los demás a hacer lo propio, luego señaló uno de los guijarros y prosiguió con sus explicaciones.

—En esta parte del río hay una vertiente que, en el caso de poco caudal, podría permitir el paso de carros, caballos y hombres. No es la mejor ruta, pero es la senda natural si llegan hasta Tartessos por los montes. Si intentan entrar por aquí nuestras flechas no les alcanzarían hasta que hayan cruzado el río, de modo que deberemos bajar la colina y disparar desde la orilla.

Arkan señaló con su espada el siguiente guijarro, situado en un costado más meridional.

—Es el paso más estrecho del río, situado en una planicie de unos cuatro o cinco estadios de largo. Si bien es una región profunda, por la que no podrían transitar ni carros ni caballos, merece ser vigilada. Y el siguiente punto... —Señaló el tercer guijarro—. La desembocadura. Si conquistan Gadis llegarían a Tartessos por el sur, bordeando el litoral y atravesando los arenales. Estamos en un área de aguas calmadas, de meandros repletos de sedimentos. Si osan cruzar por aquí sus carros quedarán atrapados como moscas en la miel y la victoria sería nuestra.

El rey se incorporó y con semblante circunspecto volvió a enfundar su espada.

—Arkan, ¿de cuántos hombres disponemos? —preguntó un oficial.

—No muchos —repuso—, pero los suficientes para interceptar la entrada de las tropas magónidas. Nuestra victoria depende de nuestras maniobras defensivas y varios miles de flecheros serán suficientes para conseguirla.

—¿Y si no lo conseguimos...?, ¿debemos enfrentarnos cuerpo a cuerpo?

Arkan tensó su mandíbula y enfureció su mirada.

—Moriremos para defender a nuestro pueblo, verteremos nuestra sangre en el río si es preciso y no nos someteremos a rendiciones bajo ningún concepto. Un guerrero en pie será un defensor de Tartessos —sentenció Arkan apretando su puño en alto.

Los soldados adoptaron una posición marcial y aullaron a coro el nombre de Tartessos a puño alzado en respuesta a la arenga de su rey y comandante.

Por esas fechas los cartagineses se desplegaban en abanico con todo su potencial naval en un afán de conquista sin límites. Si bien la ocupación de la península Ibérica para reestablecer el control colonial de los fenicios era uno de los principales objetivos del general Magón I, el caudillo que prometió a su pueblo gloria y un porvenir dorado, gran parte de sus esfuerzos se centraron en destruir la colonia focense de Alalia que los griegos habían establecido en el sur de la isla de Córcega y asegurar su hegemonía en Cerdeña.

El general Magón Turdan se dirigió a Alalia con una flota de más de cien naves, un tercio de ellas del ejército etrusco, que se había aliado con los cartagineses para obtener un protectorado comercial y militar. La escuadra focense, con cerca de cincuenta naves de guerra aguardaba la llegada del enemigo a pocas millas de las costas de Alalia. Éstos se desplegaron simétricamente alineados con docenas de arqueros en cubierta preparados para repeler el ataque con la esperanza

de suplir su inferioridad numérica con una organización táctica impecable.

Fue una batalla naval de las más cruentas que se conoce. Los cartagineses, ebrios de poder, se vieron sorprendidos por la estrategia y el coraje de los griegos focenses que resistieron al asedio con flechas de fuego para incendiar el velamen enemigo y, de este modo, neutralizar la navegabilidad de las embarcaciones cartaginesas. En el cuerpo a cuerpo, se impuso la superioridad de las tropas magónidas debilitando la línea defensiva que habían trazado los griegos focenses. Tras varias semanas de hostilidades los focenses caían finalmente y los cartagineses se hacían con el control del sur de la isla, pero el precio pagado por las tropas de Magón Turdan fue excesivamente alto, más de treinta trirremes perdidas y varios millares de bajas.

No obstante, con la toma de Alalia y la disolución de las tropas focenses, los cartagineses aseguraban el control comercial por el golfo de León y el estrecho de Mesina; a la vez que dejaban huérfanas de aliados a Tartessos y Gadis, dos perlas comerciales de Occidente que, pese a ser colonias fenicias, habían entablado lazos comerciales y militares con los griegos.

En Cartago, tras la batalla de Alalia, las estrategias militares de Magón fueron cuestionadas por la gran cantidad de hombres que perecieron en su última cruzada y, sobre todo, por la debilidad táctica en la batalla. Por este motivo, los oficiales magónidas resolvieron sitiar Gadis y Tartessos por la costa y, a la vez, con incursiones terrestres por el interior.

Varios meses más tarde, acabada la época de lluvias, las tropas cartaginesas, a las órdenes de la familia de los magónidas entraron en la península por el suroeste y aseguraron Malaca y Abdera, dos localidades costeras sin protectorado militar. Sin apenas derramar sangre y en poco más de dos jornadas de asedio se hicieron con el control de la región y prepararon el ataque a Gadis y Tartessos.

Magón destinó cincuenta naves para el ataque costero, con el objetivo de desplazar al ejército de Arkan hasta ese territorio y debilitar los pasos fronterizos interiores, donde debía entrar el grueso de soldados. De este modo, desde Malaca entraron en la península con cerca de seis mil hombres, trescientos de ellos del cuerpo de caballería, y con más de cien carros de combate de dos plazas; un despliegue militar ingente que aventuraba una victoria rápida. Luego tomaron posiciones en las montañas, a varios estadios de distancia del Gran Río, donde debían aguardar durante tres jornadas antes de empezar la acometida.

Capítulo 16

Los vecinos de las aldeas próximas a Tarsis ocupaban gran parte del día a día en reconstruir sus casas, a replantar cosechas y a limpiar escombros. La pesadumbre les acompañaba y ni siquiera la llegada del buen tiempo conseguía levantar el ánimo de una población aturdida tras las recientes fatalidades. A la pérdida de seres queridos, muchos de ellos infantes, se unía la turbación de perder también los pocos enseres personales de cada uno de ellos. Aunque no fueran muchos, los útiles de cocina y aseo, los ropajes y las herramientas de laborar se echaban en falta y hacían aún más difícil la vuelta a la normalidad. Lo mismo ocurría con las áreas comunes, la destrucción de las carboneras, los hornos, los abrevaderos y los pozos era una dificultad añadida. A todo ello, convergía una preocupación latente desde hacía semanas: las fiebres.

Pese a que Arkan se había restablecido de sus dolencias, la desesperanza por la virulencia de las calenturas minaba la moral de los tartesios, al considerar que el restablecimiento del monarca obedecía a unas atenciones médicas a las que ellos no tenían acceso. La salubridad del agua potable y la descomposición de los cadáveres de las bestias perecidas durante la catástrofe habían llevado a Tartessos un nuevo foco de infecciones a una población cada vez más débil y enfermiza.

Ante ellos se habría un futuro descorazonador, lleno de incertidumbres y penurias, de ausencias y males. Lejos quedaban aquellas reuniones vecinales de media tarde, cuando los vecinos compartían pan y queso en los espacios comunes, entre chanzas y risas. Ahora todo era desolación, cabezas bajas y saludos forzados de cortesía.

Lo que esos desventurados hombres y mujeres desconocían era aún más cruel, la estocada que podía acabar de hundir su precario ánimo.

Apenas el sol asomaba tras las montañas cuando varios grupos de guardias se distribuyeron por las diferentes aldeas de Tartessos para hacer una anunciación. Dos de ellos, llegaron a las inmediaciones del poblado de Terón e hicieron sonar sus trompas para alertar a los vecinos. El sonido lastimero de las cuernas podía escucharse en un radio de diez estadios y las gentes, desperezándose de un sueño interrumpido, empezaron a asomar sus cabezas intentando atisbar la procedencia de esos quebrados sonos. Poco a poco se fueron acercando hasta la posición de los guardianes, quienes seguían haciendo sonar las cuernas con rítmica cadencia.

—¿Qué se les acontece? —se interesó Terón dirigiéndose a uno de los guardianes.

—Tenemos nuevas que anunciar —repuso con parquedad—. Preceptos del Gran Senado.

Terón frunció el ceño evidenciando preocupación. Raras veces se acercaban los guardianes a las aldeas de una manera tan solemne y, cuando lo hacían no era para nada bueno. Lo cierto es que, entre los aldeanos, se rumoreaba que el rey había ordenado suspender el pago de arbitrios como medida de gracia para favorecer al refloramiento social y económico de campesinos y ganaderos, de modo que Terón quiso engañar a sus entendederas imaginando que la presencia de esos dos hombres de palacio obedecía a esa supuesta decisión del rey.

Minutos más tarde y, ante la insistencia de las abruptas trompas, alrededor de los guardianes se arremolinaban varios cientos de aldeanos. Entonces, uno de los guardianes aclaró su voz con un sonoro carraspeo y se dirigió al público.

—Tartesios, en nombre de la reina y del Gran Senado, venimos a anunciarles que nuestro reino

corre un peligro inminente.

Un leve murmullo hizo que el emisario detuviera su discurso.

—Vecinos de Tartessos —continuó arengando—, nos han llegado malas nuevas desde el gran mar. Un gran imperio florece en Cartago, un ejército numeroso e instruido en el arte de la guerra. Hace unas semanas se hicieron con el control de las tierras de nuestros amigos focenses y ha llegado hasta nuestros oídos que Gadis y Tartessos son sus próximas miras.

—¿Vienen a invadirnos? —preguntó en alto un vecino.

El murmullo se transformó en una algarabía de voces. El guardián levantó su brazo pidiendo calma.

—Han tomado Malaca y Abdera y todo indica que varios millares de hombres se dirigen hacia aquí por las montañas.

Tartessos era una región poderosa y respetada, amigable y con un talante comercial conocido por dirigentes y mercaderes de medio mundo. Desde los tiempos del primero de los reyes de la dinastía de los Argantonio, cuando los fenicios se establecieron en el sur de la península, no se conocía un enfrentamiento bélico que implicase la defensa del territorio, solamente aisladas escaramuzas con algunos íberos del norte y con los vecinos conios; refriegas que el ejército de Arkan había solventado con incontestables victorias. Ahora, la situación que les anunciaban los guardianes aventuraba ser mucho más preocupante.

—Arkan ha desplegado a todo su ejército en los márgenes del Gran Río para emboscar la llegada enemiga. Se presume que somos muy inferiores en número, pero conocemos el terreno, tenemos los mejores aceros de occidente y somos audaces. ¡Somos tartesios!

El guardián levantó su puño, acompañando el gesto con un grito de aliento. Algunos vecinos hicieron lo propio, puño en alto y vitoreando; otros guardaron silencio, conscientes de que ese ademán heroico solo tenía como propósito templar los ánimos de los aldeanos.

—Tartessos somos todos... —prosiguió—. Nuestro rey, nuestros guerreros y vosotros. Todos nos debemos a nuestra tierra y todos debemos luchar por ella, aunque en ello nos vaya la vida.

El guardián volvió a gritar puño en alto, pero esta vez fueron muy pocos los vítores que le siguieron.

—Nuestros guerreros se han ido a las montañas para defendernos, conscientes de que muchos de ellos ya no volverán a sus moradas ni volverán a ver a sus mujeres e infantes. Ellos son nuestros titanes y darán su vida para salvaguardar la nuestra, pero la lucha no termina en las montañas. Vosotros debéis defender la costa...

Algún tímido abucheo se confundió con varios vítores patrióticos. Luego un murmullo de voces fue el preludio de las airadas protestas de los aldeanos.

El guardián les puso al corriente de la debilidad numérica de las tropas y de la decisión de Arkan de concentrar el máximo número de hombres cerca del río para repeler la incursión terrestre, motivo que obligaba a organizar un ejército civil para defender la costa en previsión de que los cartagineses llegaran a Tartessos con sus naves.

Los aldeanos no estaban instruidos en la lucha, de modo que muchos de ellos consideraban que mantener un enfrentamiento cuerpo a cuerpo en el campo de batalla con guerreros experimentados en ese tipo de lides era una auténtica locura; otros, los más jóvenes ponían de manifiesto su arrojo con gritos y aclamaciones. Entre los allí arremolinados, las protestas de unos se confundían con las ovaciones de otros y los guardianes tuvieron que ordenar silencio. Poco a poco los aldeanos templaron sus ánimos.

—Nada debéis temer, interceptaremos a las naves desde la distancia con una lluvia de saetas e

impediremos que pisen tierra firme.

—Pero... ¿de dónde sacaremos tantas flechas?, además, muchos de nosotros no sabemos usar un arco —prorrumpió un hombre entre la multitud.

—Eso no será problema...

Esa misma tarde, a las órdenes del principal de campo organizaron diferentes grupos de trabajo, excluyendo a ancianos e infantes. Un primer grupo se encargaría de la fundición de los metales, trabajando en las carboneras que ya habían sido habilitadas tras la catástrofe. Otro grupo se encargaba del montaje de los arcos y las flechas, uniendo las puntas, las plumas y el culatín a la vara y encorvando las maderas de los arcos e insertar la cuerda de guita de cáñamo en sus extremos. El tercer grupo, integrado por cazadores, curtidores y guardianes de palacio instruían en el uso del arco a los hombres de la aldea. Usaban varas simples de madera con punta roma para practicar el tiro e improvisados arcos fabricados con caña de tallo verde, más moldeable y menos quebradiza. Terón era uno de los instructores de ese último grupo.

A la salida del sol y, organizados por largos turnos de media jornada, los metalistas fundían cobre y estaño en las carboneras para alear los mejores bronces para las puntas de las flechas. Para ello introducían los metales en el crisol, una vasija de cerámica capaz de soportar las altas temperaturas de los hornos, y avivaban el fuego con grandes fuelles que se accionaban con una cadencia manual. El proceso de fundición era lento y podía transcurrir más de media jornada hasta obtener una pasta maleable. Luego la vertían en unos moldes de cerámica hasta que la aleación se solidificase para después aplastarla en el yunque, pulirla y afilarla. Mientras, el segundo grupo pulía sarmientos de planta de solidago seco para fabricar flechas. Los más jóvenes incorporaban las puntas de bronce y remataban el culatín con plumas de faisán para dar más estabilidad y recorrido a la sagita. Para los arcos usaban ramas verdes de limonero, ideales para este tipo de arma por su elasticidad y cuerda de guita de cáñamo.

Terón instruía a un grupo de unos treinta hombres, la mayoría jóvenes que nunca habían manejado el arco. Para ello, colgó un escudo de armas en la rama de un árbol a una distancia de medio estadio de la posición de tiro y desde allí, los meritorios probaban su habilidad con escasa suerte. El curtidor observaba los tiros desde la distancia con cierto desencanto. Muchos de los muchachos apenas eran capaces de proyectar la saeta más allá de su sombra y los pocos que alcanzaban una distancia aceptable, lo hacían con puntería aciaga. De vez en cuando rectificaba las posturas y la posición de las manos de los voluntariosos aldeanos, aunque sus enseñanzas no mejoraron demasiado su destreza.

Viendo a esos muchachos practicando con el arco evocaba su infancia, cuando su padre, regresando de la cantera a media tarde, le enseñaba a tirar una tarde tras otra en las orillas del río Rojo. Ese era uno de los pocos recuerdos que tenía de él, aparte de alguna que otra mañana de calor pescando cerca del antiguo acantilado. Su progenitor solía pasar semanas enteras en las minas extrayendo el valioso estaño y cuando regresaba, dedicaba buena parte de su tiempo moliéndolo para venderlo a mejor precio a los metalistas de Tarsis y a los mercaderes fenicios y focéos que llegaban hasta la costa para intercambiar mercaderías. Así pues, gran parte de su infancia la pasó junto a su madre, quien le enseñó a curtir y coser las pieles o a fabricar abalorios con conchas que recogía del arenal.

Su principal objetivo no era que esos entregados meritorios se convirtiesen en expertos

arqueros, ni que fueran capaces de dar en el blanco a una distancia corta. Sabía que un par de jornadas de tiro no eran suficientes para ello. En definitiva y, según la estrategia que había trazado Arkan, debían disparar desde la cresta que aún quedaba del viejo acantilado y desde los cerros que bordeaban la costa. Lanzarían las saetas desde una distancia de dos estadios a un tumulto de guerreros, de modo que Terón se contentaba con que supiesen usar el arco y poca cosa más.

Otro grupo, formado por guardianes, guerreros y aldeanos practicaba la lucha cuerpo a cuerpo con improvisadas espadas de madera de filo romo. Este segundo grupo sería el encargado de interceptar a las tropas de Magón si conseguían introducirse en Tartessos tras la acometida de los arqueros. Entre ellos, había un muchacho instruido en el arte de la guerra desde muy corta edad, alguien que había decidido alejarse de corazas, picas y espadas para dedicar su tiempo a cuidar a los caballos. Sostrate, como muchos otros jóvenes de Tarsis, había sido reclutado para defender la costa.

Entre los aldeanos se desataba día a día una euforia irreal, casi irracional, por sentirse partícipes de la defensa de sus tierras, muchas veces ajenos al peligro que conllevaba enfrentarse al enemigo sin conocimientos ni experiencia en la batalla. La competitividad en los entrenamientos y el trabajo en equipo favorecían ese clima de embriaguez patriótica, escondiendo en recónditos lugares de su pensamiento el miedo a la muerte.

Capítulo 17

Anocheecía con nubarrones grisáceos en el cielo de Tarsis tres días después de que el Gran Senado hiciera pública la amenaza de invasión y los vecinos de la capital se apresurasen a apuntalar puertas y ventanas en previsión de una posible intrusión. Algunos miembros de la aristocracia abandonaron sus casas precipitadamente y emprendieron camino hacia el norte, cargados de oro y plata para establecerse en algún territorio más seguro. Por su parte, los mercaderes y los habituales agricultores y pastores de las aldeas cercanas a la metrópolis continuaban extendiendo sus esteras en los aledaños del mercado. Pese a esa sensación de intranquilidad que zarandeaba el habitual ambiente de las calles, los vecinos de Tarsis trataban de no perder la cotidianidad en sus vidas, aunque sus rostros evidenciaban cierto desasosiego.

Desde el palacio real y dirigido por Arkan, el último destacamento militar acababa de partir hacia el este con más de medio centenar de carros y otros tantos caballos. Allí se reunirían con los soldados de vanguardia que ya se habían asentado en las montañas cercanas al Gran Río dos jornadas antes. Las mujeres y los infantes de la tropa se habían despedido de ellos, entre lloros y abrazos, con la certera sensación de que esa inminente batalla prometía ser más sangrienta de lo habitual. La pesadumbre y el pesimismo se hacían evidentes en los rostros de los soldados cuando cruzaron las murallas de Tarsis. Lánguidas miradas hacia atrás, como despidiéndose para siempre de un hogar al que ya no volverían con vida, sentimientos de angustia al pensar que si no lograban contener la entrada del enemigo sus familias acabarían siendo asesinadas o esclavizadas; una sensación totalmente contrapuesta a la de los aldeanos de las tierras costeras, que embriagados de euforia, confiaban en la victoria.

Desde la terraza de la cámara real, Betunia observaba como los hombres cruzaban las murallas y enfilaban el camino del pantano con Arkan al frente, capitaneando el destacamento. Observaba la escena con sentimientos encontrados. El miedo a la muerte del rey y el temor a que el reino que sus antepasados glorificaron cayese ante la acometida cartaginesa topaban con esa extraña sensación de rechazo a su consorte. Las ausencias de Arkan cada vez eran más prolongadas y sobrellevarlas implicaba una cierta actitud inconsciente de desapego hacia él, además, alguien distraía su atención desde hacia unas semanas. Lo que había empezado siendo un capricho carnal, poco a poco se había ido convirtiendo en una pasión irracional.

El corazón de Betunia se astringió de aflicción y sus ojos se humedecieron cuando el destacamento desapareció definitivamente de su campo de visión. Una única lágrima visitó sus mejillas, las otras, las que no brotaron, la colmaban de amargura y ardían en su laringe. Acarició su vientre, invadida por la rabia y la frustración, ese vientre que se negaba a germinar una descendencia real. Algo le decía que quizá no habría un mañana para garantizar un heredero a Tartessos, que el enemigo era demasiado poderoso y que Arkan jamás volvería junto a ella. Cerró los ojos y dejó que la brisa vespertina secase esa única lágrima furtiva y acariciase su pelo, poseída por la erótica de ese ligero viento con aroma a mar.

Plea entró en la cámara real, se acercó a ella con gesto sumiso y carraspeó para llamar su atención. Betunia, abstraída en sus asfixiantes pensamientos, se giró al advertirla.

—Mi reina, el decano aguarda en la antesala —dijo Plea sin apenas levantar la vista.

Betunia soltó un respingo y asintió.

—Que pase.

La sirvienta dio media vuelta y desapareció tras las pieles que hacían a la vez de puerta. Casi al instante entró Gaus con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Sea suyo, mi reina. —Gaus se inclinó ligeramente—. Un guardián me alertó de que precisaba de mi presencia.

La habitual brisa vespertina se coló por la balconada, haciendo estremecer a Betunia. Abrió un baúl que reposaba a los pies de su lecho y extrajo una toquilla de seda, luego cubrió sus hombros con ella.

—Gracias por su presura, decano. ¿Le apetece una copa de buen vino?

Gaus disintió con un leve gesto de cabeza.

—Entonces no me andaré con rodeos —repuso Betunia—. Hay un tema que debo tratar con usted.

Él asintió.

—Tras la marcha del último destacamento a tierras del este, el palacio está demasiado desguarnecido. Solo hay media docena de guardianes.

—Mi reina, con usted están los mejores hombres de la guardia. Si alguien pretende entrar en palacio ellos sabrán repeler la entrada...

—¿A quién pretende engañar, Gaus? Sabe igual que yo que necesitaríamos decenas de hombres para defender el palacio con un mínimo de posibilidades si las tropas enemigas llegan hasta aquí.

—Esos hombres darán su vida por la reina...

—Déjese ya de heroicidades —le interrumpió nuevamente Betunia con acritud—, de nada me sirve que mueran por mí estos infelices si mi destino debe ser el mismo.

Gaus cruzó sus manos tras la espalda y deambuló por la habitación en actitud reflexiva. Se detuvo frente al ventanal y clavó su mirada en el horizonte del gran mar. La preocupación de la reina era la misma que le perturbaba a él desde hacía un par de días. Arkan había aglutinado todos los efectivos posibles para interceptar la posible incursión terrestre y eso había debilitado el número de guardianes que solían custodiar el palacio. Por la cabeza del decano había pasado la idea de huir hacia el interior, aunque aún no había trazado un plan.

—Comprendo sus desvelos, majestad, pero debemos confiar en la suerte de nuestras tropas.

—No, Gaus... Yo no pienso quedarme de brazos cruzados encerrada en esta habitación hasta que un día venga alguien a echar la puerta abajo y me degüelle con su espada. Debo tener preparada una huida.

Tras las palabras de la reina, Gaus trazó mentalmente un plan para huir del reino y hacerlo como un héroe. Betunia acababa de servirle en bandeja la justificación perfecta.

—Sabe que puede contar con mi lealtad, mi reina. Yo mismo me encargaré de disponer todo lo necesario para la huida. Haré que abreen a los mejores corceles y dispongan el mejor carro para el viaje. Podemos partir mañana al alba hacia tierras íberas. Yo le escoltaré personalmente.

Betunia alzó la mirada y la clavó en los ojos del decano.

—No se precipite, mi propósito no es huir de inmediato —dijo Betunia con convencimiento—. Soy la reina, una descendiente de los Argantonio y me debo a mi pueblo. Solo huiré si nuestra ventura nos abandona.

El decano hizo ademán de objetar las palabras de Betunia pero solo pudo articular una mueca ante el gesto de reprobación de ella. Gaus tensó sus mandíbulas y apretó sus puños, consciente de que se había precipitado con su propuesta.

—Si finalmente debo huir necesitaré que me custodie un experto jinete y no un anciano como usted —continuó diciendo ella.

Gaus tensó aún más sus mandíbulas para tragarse la ofensa. Desde su posición de decano no estaba acostumbrado a que alguien le levantase la voz, solo los reyes podían hacerlo. Forzó una ligera sonrisa y asintió.

—Dispondrá de él, mi reina, no se preocupe. Yo mismo seleccionaré al mejor jinete del reino.

—No, Gaus, yo seleccionaré al jinete, por eso he ordenado su presencia. Quiero tener a mi disposición personal al mozo de cuadras, él será el jinete que acompañará mi huida si es menester.

—¿Un mozo de cuadras? —se jactó Gaus—. Tenemos leales guardianes que pueden...

—¡Ya basta! No he ordenado su presencia para que me persuada de nada. Se hará lo que yo disponga y no toleraré que nadie ose objetar ninguna de mis decisiones.

La reina se acercó hacia él y lo agarró de la pechera.

—Decano, me han informado de que han enviado al mozo de cuadras a los campos de prácticas que han emplazado en las aldeas cercanas a la costa. Quiero que esté en palacio mañana al alba.

La inclinación de Gaus fue más exagerada de lo normal, parecida a la que le dedicaban los sirvientes. Sin mediar palabra y con un simple asentimiento a modo de despedida, el decano salió de la habitación.

Capítulo 18

Tumbado a la sombra de un frondoso olmo, Terón intentaba reponer fuerzas tras una larga jornada de entrenamientos. Pese a que la actividad conseguía evadirle en ciertos momentos, sus pensamientos estaban con Farada y la pequeña Túria. Dos dolorosas pérdidas en demasiado poco tiempo para hacerse a la idea de su ausencia, demasiado vacío para que la vida tuviese algún sentido. Muchas veces se preguntaba qué sería de él sin ellas y qué propósito tenía seguir con vida.

Unos pasos cercanos hicieron que abriera los ojos. Terón ladeó la cabeza para distinguir la identidad del hombre que se acercaba hasta él.

—Buenaventura, aldeano —le saludó el desconocido.

Terón levantó la mano a modo de parco saludo.

—¿Qué se te ofrece?

—Estoy sediento y en el campo de entrenamiento se ha acabado el agua. ¿Me permites un trago? —dijo señalando el botijo que Terón guardaba bajo la sombra.

—Claro —repuso Terón acercándole el cantarillo—, sacia tu sed.

El hombre refrescó primero su cabeza y luego dio un par de tragos largos. Luego se sentó al lado del curtidor y le ofreció la mano para presentarse.

—Me llamo Sostrate, estoy en el grupo de manejo de la espada. Agradezco tu amabilidad.

Ambos encajaron sus manos con firmeza.

—Aquí en las aldeas el botijo es de todos, amigo. Puedes saciar tu sed. Por cierto, mi nombre es Terón.

Sostrate abrió su zurrón y extrajo un par de peras de su interior y le ofreció una al curtidor quien la aceptó de buen grado.

—No eres de por aquí, Sostrate.

—He venido con los soldados desde Tarsis, me han ordenado que me presente como voluntario.

Terón carcajeó.

—Por tu aspecto y tus palabras concluyo que no eres de la nobleza ni vives en el palacio.

—No me juzgues por mis vestiduras. Trabajo para el palacio, al servicio de los reyes —repuso Sostrate antes de morder un buen trozo de la fruta.

—Comprendo... Un sirviente.

—No es tanta la bajeza de mi alcurnia, soy mozo de cuerdas y no suelo recibir demasiadas órdenes. Estoy aquí porque mi padre había luchado junto a Arkan y desde pequeño fui instruido en el arte de la guerra. Manejo bien la pica y la espada. Además, sin desearlo me he visto envuelto en problemas —dijo refiriéndose a los últimos encuentros con la reina— y era prudente abandonar Tarsis antes de que...

Sostrate se detuvo en sus explicaciones para no airear su comprometedor secreto y decidió que fuera Terón quien hablase.

—¿Y tú?, ¿cuál es tu oficio?

—Trabajo la piel y el cuero desde hace años. Tú cuidas de los animales y yo los despellejo —

bromeó Terón.

Entre risas, ambos hombres siguieron departiendo como si se conociesen de toda la vida hasta que la oscuridad empezó a tomar posesión del cielo. Sostrate, acostumbrado a vivir rodeado de nobles y guardianes no solía relacionarse con demasiada gente, salvo con algún sirviente del palacio, de modo que se sintió especialmente a gusto charlando con su nuevo amigo. Terón, por su parte, tras varios meses purgando fatalidades y ausencias, necesitaba también a alguien con quien poder conversar.

—¿Tienes dónde dormir? —le preguntó Terón.

Sostrate se encogió de hombros.

—La primera noche dormí al raso con los guardianes hasta que nos sorprendió la lluvia. Hoy había pensado hacerlo en alguna de las cuevas del cerro. Me apetecía encontrar un buen lugar donde dar descanso a mis huesos.

Terón no pudo evitar estremecerse al recordar la angustiada muerte de su buen amigo Midis en el interior de esas cuevas.

—Hoy dormirás en mi casa, Sostrate. Quedó prácticamente destruida el día de la catástrofe pero la he ido reconstruyendo con la ayuda de los vecinos. Aún tengo que acabar el techo pero estarás más cómodo que en las cuevas. Además —le susurró al oído—, esta mañana he cazado un conejo. Si eres diestro preparando el fuego podemos asarlo esta noche.

La propuesta de Terón era más que atractiva y Sostrate la aceptó de buen grado. Aprovecharon el fuego de los hornos de fundición e hicieron una hoguera cerca de la casa del curtidor, ensartaron el conejo en una vara y lo asaron. También guisaron cebollas y calabaza con aderezo de miel y almendras en una vasija de barro, uno de los platos que Farada solía cocinar para agasajar a su hombre. Terón no pudo evitar pensar en ella una vez más, como cada noche antes de acostarse y como cada mañana al despertar. Le turbaba no haber encontrado su cadáver, eso hacía la ausencia aún más grande. Se agarraba a la esperanza de volverla a ver con vida e imaginaba que un día asomaría la cabeza por la puerta y se echaría a sus brazos para abrazarle. Muy a su pesar, en alguna ocasión les pedía ayuda a los Dioses, buscando en ellos algo de esperanza y ese día tampoco fue una excepción.

Ambos se echaron sobre sendos mantos de heno, cubiertos con esterillas y pieles de vacuno y trataron de descansar unas horas.

—¿Crees en el poder de los Dioses? —dijo de pronto Terón.

Sostrate se incorporó y se giró hacia él.

—Me refiero al poder eterno, a su influencia en todos nosotros, en lo que nos ocurre...

—¿A qué te refieres?

—A nuestro destino, amigo Sostrate. ¿Crees que ellos son los responsables de nuestras desgracias?

—El Gran Senado dice que ellos...

—Ya sé lo que dice el Senado —le cortó—. Me refiero a lo que tú crees de ellos. ¿Te crees todas esas bravatas con las que pretenden amedrentarnos?

A Sostrate le sorprendieron las dudas gnósticas del curtidor. Jamás antes había escuchado en boca de nadie cuestionar la influencia de los Dioses y más aún, hacerlo abiertamente. No obstante, él mismo, en alguna ocasión se había planteado esa misma pregunta.

—Sé a qué te refieres, supongo que todo el mundo se ha preguntado eso mismo alguna vez. Yo mismo lo he hecho...

—Entonces... —insistió Terón—, ¿a qué conclusión has llegado?

—Mis padres y mis abuelos siempre me hablaron de los Dioses y de su omnipotencia. Nuestros antepasados explicaron que dominaron todo el continente y que poseían poderes mágicos. ¿Por qué debería ser falsa su existencia?

—Por su crueldad y su maldad, porque nunca han atendido mis oraciones ni se han manifestado para mostrarnos algo bueno.

—Mira hacia arriba, amigo.

Sostrate señaló hacia arriba, donde a través de una abertura del techo inacabado podía verse un pedazo de la luna llena que colgaba del manto nocturno de Tartessos.

—Mira a la blanca de la noche —dijo refiriéndose a la luna—, ¿no es un bello espectáculo? ¿No nos darán los Dioses mañana un sol que alegrará nuestras vidas, que nos iluminará y que hará madurar los frutos que cultivamos?

—Ya había sol y luna antes de su llegada y había lluvias, las lluvias que hicieron que partieran —blandió Terón alzando la voz para dar más convencimiento a sus palabras.

Una repentina brisa se coló entre las pieles que pendían de la entrada de la choza. Terón se preguntaba si cada vez que cuestionaba abiertamente a los Dioses, éstos le enviaban alguna señal para reafirmar su existencia y en ese momento sopesó la posibilidad de que esa repentina brisa fuese una de esas señales. Pese a sus dudas, deseaba que realmente existieran y sentía la necesidad de agarrarse a algún acto sobrenatural que les identificase para despejarlas.

—¿Qué me dices de las fiebres que se llevan a nuestros infantes y de las lluvias que arruinan nuestras cosechas? —siguió diciendo el curtidor—. Y de la furia de la tierra que se llevó a mi mujer, ¿son éstos actos divinos?

La rabia estaba presente en cada una de las palabras que salían de la boca de Terón. Buscaba respuestas y justificación a todos los males que se habían cebado con él en los últimos tiempos. Necesitaba culpar a alguien de los designios del azar y, tal vez, exculparse a él mismo por no haber estado más tiempo con la pequeña Túria y con Farada. Por su parte, Sostrate se preguntaba si las palabras de su reciente amigo no eran tan descabelladas; sin embargo, inconscientemente, trataba de justificar la influencia de los Dioses.

—Quizá los Dioses nos enviaron la lluvia para purificarnos —dijo al fin Sostrate—, para llevarse de aquí las fiebres. Quizá ese era el remedio que nosotros les pedíamos en nuestras oraciones.

—Quizás, quizás... —murmulló Terón sin demasiado convencimiento.

Sostrate se volvió a tumbar en su lecho y cerró los ojos, dando por finalizada una plática gnóstica que, en cierto modo, le incomodaba. Terón hizo lo propio y se acurrucó en un rincón de su camastro. Fue entonces cuando un cadente golpeteo en el techo les anunció que la lluvia había decidido acompañarles esa noche. Pronto empezaron a notar como las gotas se colaban entre las aberturas del techo y mojaban las pieles que les cubrían. Sostrate se puso a orar en silencio, pidiéndoles a los Dioses que perdonara las dudas que le habían asaltado esa noche. Terón los maldijo una vez más y luego volvió a preguntarse si esa inoportuna lluvia era una de esas señales que esperaba recibir.

Capítulo 19

Sostrate se había levantado temprano, cuando los primeros claros empezaban a espantar a la noche. Solía hacerlo a diario, para deleitarse con el espectáculo de la salida del sol y del graznido histérico de las gaviotas hambrientas, que también al alba, abandonaban sus nidos para otear el azul del mar de la mañana. Se había adentrado en el bosque para recoger algunos frutos para llenar su zurrón, para luego dirigirse hasta el altozano del manantial. Allí se había sentado sobre el tronco de un árbol caído para desayunar y abandonarse a sus pensamientos.

Una sensación de vacío y de añoranza se adueñó de sus pensamientos. Echaba de menos a sus caballos, a su rutina y a alguien que, desde hacía un tiempo, había robado su corazón. Era un sentimiento irracional, en el que la pasión se confrontaba con el peligro. Sabía que él sólo era un capricho de Betunia, aunque su corazón luchaba por enmascarar esa realidad. No en vano, las miradas que su amante le dedicaba eran reales y los abrazos sinceros.

Días antes, cuando le anunciaron que debía partir hacia el sur para defender la costa, creyó que se le abría la oportunidad perfecta de alejarse de Betunia; una manera de desaparecer sin miedo a castigos y sin tener que dar explicaciones. Y aunque no le gustaba luchar, se sentía en la obligación de poner a disposición de su pueblo sus habilidades en el uso de las armas. Su estancia allí obedecía también a un compromiso con sus vecinos.

Les había pedido ayuda a los Dioses, necesitaba una señal, algo que le revelase si los campos de ejercicios era su destino apropiado o si, por lo contrario, debía volver a Tarsis para jugarse la cabeza junto a su amada. Y entonces había recordado la plática con Terón de hacía sólo unas horas. Las dudas de su amigo ahora también eran las suyas y se sintió necio por rogar a alguien inexistente.

Luego había bajado nuevamente a la aldea para agasajar a su convidante con fruta fresca. Al llegar, Terón se acababa de levantar.

Las precipitaciones de la noche anterior apenas habían durado unos pocos minutos y Tartessos se despertó con un sol radiante que amenazaba castigar con sus fucilazos a los jóvenes meritorios que empezaban a ejercitarse en los diferentes terrenos destinados a la práctica de tiro y de espada. Los metalistas avivaban las brasas de los hornos, de modo que empezaban a verse las primeras columnas de humo levantándose en diferentes puntos de las afueras de la aldea. El olor de los metales en fundición, muy interiorizado ya por los habitantes de Tartessos, se hacía presente una mañana más en sus fosas nasales y en sus paladares, enmascarando el aroma a pan recién hecho procedente de los hornos del interior de la aldea. Mientras los hombres entrenaban, las mujeres cocían el pan, elaboraban confituras y guisaban las carnes. Muchas de ellas, además, se encargaban de realizar algunas de las tareas que solían hacer los hombres, de modo que no era extraño ver a mujeres en los márgenes del río intentando pescar o cerca del bosque cortando leña o reponiendo los cebos de las arterías.

Otras mujeres curtían los pellejos de los bóvidos que sacrificaban periódicamente para dar de comer a la tropa civil. Tras rasparlos con la técnica de la piedra, los cubrían con sal para extraer la humedad y las impurezas y luego los dejaban al sol para transformarlos en cuero endurecido con el que fabricaban corazas, guardas y otras piezas de protección útiles para la batalla.

Una polvareda en el camino indicaba que alguien se acercaba a caballo. Terón, mientras ligaba los cordones de su camisa, levantó la vista y advirtió a su amigo de la presencia de varios jinetes.

—Conozco esas caballerías, deben ser guardianes —apuntó Sostrate.

—¿Crees que esos guardianes vendrán con buenas nuevas? —intervino Terón—. A lo mejor vienen a anunciarnos que Arkan ha derrotado a los cartagineses en la ribera del Gran Río.

Sostrate se encogió de hombros y dirigió la vista al camino, disponiendo la palma de la mano delante de su frente a modo de visera para cubrirse del sol.

Poco a poco, los vecinos de la aldea y algunos meritorios y soldados procedentes de los campos de entrenamiento fueron arremolinándose alrededor del abrevadero para conocer de primera mano las buenas nuevas procedentes del reino. La polvareda se hizo más intensa cuando los guardianes enfilaron el sendero que les conducía desde el camino hasta la entrada de la aldea.

—Que los dioses os guarden, aldeanos —saludó uno de los guardianes al detener su caballo—. ¿Tenéis algo de beber?

Era costumbre de los tartesios ofrecer a viajeros y comerciantes un trago de agua, por eso en la entrada de muchas casas podían encontrarse cántaros y botijos a la sombra para agasajar a las gentes de paso. Además, los pastores y agricultores solían llenar de agua calabazas alargadas, previamente vaciadas y secadas al sol, que ataban a su cinto. Una mujer se acercó a los soldados y les ofreció beber de su calabaza.

—¿Qué nuevas nos traen, guardianes? —les preguntó un soldado.

—Nos envía la reina —contestó con voz fatigada—, venimos a buscar a un instructor aquí destinado para que regrese al palacio.

—¿Un instructor para palacio? —se extrañó el soldado—. ¿No hay más hombres en Tarsis?

El guardián se encogió de hombros antes de dar un buen trago de agua.

—Tarsis apenas tiene protección, sólo el amparo de unos cuantos hombres de la guardia de palacio y algunos pocos soldados.

—Entonces... ¿viene hasta aquí para buscar a un solo hombre? —preguntó con extrañeza otro soldado.

—Ese es mi cometido, aunque ignoro las razones de semejante petición de palacio. Vengo a buscar a un hombre llamado Sostrate.

Terón posó la mano en el hombro de su nuevo amigo y le susurró al oído cuando éste hacía un ademán de levantar el brazo.

—Detente, buen amigo. ¿Son muy graves los problemas que motivaron tu marcha del palacio?

Sostrate no dijo nada, solo acarició su mentón en actitud reflexiva. Arkan estaba defendiendo Tartessos en las montañas cercanas al Gran Río, de modo que era del todo improbable que su relación con Betunia hubiese llegado a sus oídos, y si así fuera, se le antojaba bastante inverosímil que, en tiempos de guerra y con problemas mayores, destinase valiosos arrestos militares para localizarle. De hecho, estaba convencido que la presencia de esos soldados obedecía a una petición expresa de la reina, aunque eso le intranquilizaba igualmente. Y entonces sintió que esos guardianes quizás eran la representación esperada, esa revelación que esa misma mañana había demandado a los Dioses. Arqueó su cabeza para mirar al cielo y agradeció a esos seres todopoderosos y, a la vez incorpóreos, haber atendido sus oraciones.

—No te inquietes por mí, Terón. En cierto modo mi lugar está en el palacio, no en esta aldea.

—Nadie te conoce aquí, salvo yo, y no pienso delatarte. Desconozco la enormidad de tu problema, pero...

—Yo soy Sostrate —dijo en voz alta desoyendo las preventivas de su amigo.

Las gentes que se arremolinaban alrededor de los guardianes recién llegados volvieron sus cabezas e improvisaron un espacio para que Sostrate se acercara hasta ellos. El mozo de cuadras se giró hacia Terón y ambos fundieron sus antebrazos a modo de despedida.

—Buenaventura, amigo —le deseó Terón.

—Que los Dioses te acompañen —repuso el otro, esbozando una sonrisa de complicidad.

Tercera parte

EL ASEDIO A TARTESSOS

Capítulo 20

El solsticio había llegado a Tartessos de manera prematura y el intenso calor comenzaba a hacer mella entre los meritorios y metalúrgicos. Ambos grupos habían convenido con los soldados que supervisaban los campos de trabajo, realizar sus actividades al alba y al atardecer para evitar la severidad del astro rey. En el interior de las minas y en los terrenos destinados a la fundición las temperaturas se hacían insoportables, de modo que estas actividades se realizaban por la noche.

Habían transcurrido varias jornadas desde la partida de Sostrate y, desde entonces, Terón apenas había cruzado cuatro palabras con los vecinos. Pensaba a diario en su querida Farada, su corazón se oprimía cada vez que pensaba en la pequeña Túria y echaba de menos su antigua rutina. Su vida había cambiado por completo en muy poco tiempo y eso había hecho mella en su estado de ánimo. Su familia y sus amigos ya no estaban y desde las profundidades de sus pensamientos intentaba dar sentido a su nueva vida, mas le costaba conseguirlo.

Esa noche se acostó especialmente abatido. Los meritorios a su cargo cada vez eran más indisciplinados y los entrenamientos de tiro se habían convertido en una mera diversión, sobre todo entre los más jóvenes. El desgobierno había provocado más de un incidente y esa misma mañana un aldeano había quedado herido de gravedad tras ser alcanzado por una saeta. Además, uno de los soldados encargados de supervisar las actividades de los campos de entrenamiento le había recriminado su falta de autoridad y había sido azotado por esa razón.

Apenas había empezado a conciliar el sueño cuando un sonido abrupto y lejano le hizo despertar. Era una especie de resonancia grave y quejicosa que se repetía en una cadencia rítmica. Tras desperezar sus músculos, salió de la cabaña para conocer el origen de ese sonido y en el exterior se encontró con otros vecinos que también habían salido de sus casas por el mismo motivo.

—Están haciendo sonar las cuernas, allí en las montañas —se aventuró a decir uno de los aldeanos.

El sonido quebrado volvió a escucharse, esta vez con más claridad. Algunos soldados salieron también de las chozas habilitadas para su descanso con los cintos en la mano y advirtiendo a aquellos vecinos que aún dormían de que desde las montañas, los vigías estaban dando señales de alerta.

En pocos instantes, el alboroto se instaló entre la habitual calma de los aldeanos, que entendieron que había llegado el momento de defender Tartessos. Los guardianes trataban de organizar a los meritorios en diferentes grupos y, aunque la luna ofrecía un pequeño atisbo de luz, la oscuridad dificultaba la formación de los distintos destacamentos. Conscientes de que esa noche quizá sería la última, algunos aldeanos se resistían a formar en las filas y apuraban su tiempo despidiéndose de sus mujeres e hijos.

Terón se puso a disposición de su soldado al cargo y tras recibir instrucciones básicas de formación ejerció de instructor con diligencia y agrupó a su grupo de meritorios junto a su choza, y les fue entregando los arcos y los cintos de las aljabas repletas de flechas. Muchos de los jóvenes que esa misma mañana se tomaban los entrenamientos como una chanza ahora desprendían

miedo a través de sus miradas. Palmeó con fuerza el pecho de cada uno de ellos y trató de espolearlos recordándoles las habilidades que habían adquirido durante las últimas semanas. A pesar de la destemplanza mostrada durante los últimos días, lo cierto es que los meritorios habían mejorado mucho su puntería y, algunos de ellos, se habían convertido en unos arqueros tremendamente certeros.

Un hombre a caballo entró a toda prisa y habló con un grupo de soldados que se agrupaban en la entrada de la aldea.

—Avisen al principal de campo —dijo casi sin aliento—. Los vigías han avistado treinta naves acercándose a la costa de Tartessos.

—¿Treinta naves? Que los Dioses nos protejan —contestó uno de los soldados.

—Están muy cerca de las playas. No hemos podido verlas antes. La oscuridad de la noche... — siguió explicando el recién llegado.

Cerca de una fogata casi consumida que iluminaba la noche cerrada y sin demasiado acierto, los meritorios enfundaban los aceros y los pendían de su cintura mientras sus mujeres, entre sollozos, les cubrían las piernas y los brazos con las guardas de cuero. Mientras, los más ancianos y algunas mujeres se arremolinaban ante los altares de los Dioses, dirigiendo sus rezos, principalmente a la figura de Reshef, a quien consideraban el dios de la guerra y la figura a quien encomendarse para las suertes y las calamidades.

La voz de uno de los principales al mando del campo de entrenamiento se hizo audible entre el barullo. Intentaba reclamar la atención de soldados y meritorios al grito de «tartesios».

—¡Aldeanos! —dijo en alto sin demasiado éxito.

Se escuchó un siseo que no consiguió mitigar el vocerío.

—¡Aldeanos! Hermanos de Tartessos. —Esta vez su proclama consiguió silenciar a la multitud—. Ha llegado el momento esperado. Treinta naves se acercan a nuestra costa y es nuestro deber proteger a nuestro reino de las tropas enemigas.

Un alarido de exaltación para hacer hervir la sangre de los tartesios culminó las palabras del principal de campo.

A paso ligero, los diferentes grupos enfilaron el camino que conducía a la costa, para luego dividirse a la altura de la desembocadura del río Rojo. El primer grupo, con un nutrido grupo de soldados y valerosos meritorios, se dirigió hacia la playa nueva que se había asentado en lo que semanas antes había estado el acantilado y el puerto. Llevaban consigo anchos escudos circulares con el emblema de la espiral gravado en ellos y espadas cortas para la lucha cuerpo a cuerpo. Por otro lado, por el sendero que conducía a las montañas que rodeaban el litoral, empezó a ascender el grupo de arqueros, capitaneado por el principal de campo y algunos guardianes de palacio. Terón, quien sentía como su corazón se aceleraba a cada paso, encabezaba la marcha junto a ellos.

Ya en la cima, se alinearon alrededor de la montaña, en el costado del litoral, formando dos hileras, una primera con rodilla en tierra y la segunda, con los arqueros en pie. Desde su posición se adivinaba con claridad la silueta de las naves cartaginesas. Avanzaban en tres escuadras de unos diez o doce barcos cada una, formando un abanico parecido a la organización de las aves migratorias para ahorrar energías. Estaban a una distancia aproximada de unos tres estadios y avanzaban muy lentamente hacia la costa. A juzgar por sus formas y por el rítmico volteo de los remos, se podía adivinar que las naves eran trirremes, embarcaciones parecidas a las primeras pentecónteras fenicias, pero con una eslora mayor y con remeros repartidos a tres alturas, triplicando así la potencia de otras embarcaciones convencionales. El mascarón de proa, en forma de pez espada, quedaba semihundido y estaba rematado con un ariete puntiagudo de bronce capaz

de hacer añicos los cascos de los barcos enemigos, convirtiendo a la trirreme como una de las embarcaciones más rápidas y sofisticadas del gran mar.

—¿Cuántos hombres debe llevar cada nave? —preguntó Terón a uno de los soldados.

—Muchos... Demasiados —repuso con pesadumbre—. En cada embarcación puede haber unos doscientos hombres.

Terón hizo un rápido cálculo matemático para hacerse una idea de la cantidad de soldados resultante y le dedicó una mirada de desolación al soldado. Se adivinaba una noche de mala ventura.

Los barcos medían aproximadamente medio estadio de largo y una anchura equivalente a las dimensiones de medio árbol, con remeros distribuidos en hileras de cuatro alturas, para mandar más fuerza a cada palada. Esa noche, a falta de viento, las naves avanzaban con las velas arriadas y en poco tiempo estarían desembarcando en la playa de Tartessos.

Terón corrigió las posiciones de los arqueros y les dio las últimas indicaciones. Desde lo alto de la montaña hasta la orilla de la playa había una distancia de un estadio, de modo que las instrucciones eran muy claras: no disparar hasta que las tropas magónidas no pisasen la playa.

Desconocían si el enemigo estaba al corriente de su presencia en las montañas, por ese motivo era importante guardar silencio y evitar movimientos para que éstos no pudiesen hacerse una idea de la cantidad de hombres que les esperaban. La estrategia del ejército tartesio estaba planeada hasta el último detalle y el éxito dependería de su correcta ejecución.

A menos de un estadio de la orilla las embarcaciones aminoraron la marcha hasta detenerse por completo y los tripulantes arriaron las velas de proa y bajaron el mástil. Instantes después emprendieron la marcha nuevamente con una lenta cadencia de remado. Un nutrido grupo de soldados cartagineses se concentró en el mascarón de proa preparado para desembarcar. Cuando la primera escuadra quedó agrupada en paralelo a menos de un estadio de la orilla las naves lanzaron anclas y se detuvieron definitivamente. Instantes después, bajo el cobijo de la oscuridad, los primeros soldados se lanzaron al agua.

Para la mayoría de los aldeanos, acostumbrados a laborar la tierra u ocupar su tiempo en actividades cotidianas, el hecho de enfrentarse en batalla con un ejército experto, nutrido en gran parte de mercenarios, suponía un acontecimiento dramático. Por ese motivo, cuando el enfrentamiento era inminente, muchos de ellos se derrumbaron. Un muchacho dejó sus armas en el suelo y salió a la carrera hacia el otro lado de la montaña y acto seguido, dos hombres más hicieron lo mismo. Algunos lloraban de miedo y muchos otros encomendaban sus suertes a los Dioses con oraciones de súplica. Terón, pese a sus crecientes pensamientos agnósticos no pudo evitar levantar la cabeza para hacer lo mismo.

—Soldados... —empezó a decir el principal de campo con su brazo en alto—. Están a la distancia. Preparad vuestros arcos y procurad ser certeros.

El silencio era absoluto. Los meritorios tensaron las cuerdas de sus arcos y esperaron la orden del principal de campo.

—¡Lanzad!

Varios centenares de saetas silbaron a la vez.

Capítulo 21

La capital había quedado prácticamente despoblada y solo en las inmediaciones del mercado podía verse cierta actividad. Muchos ciudadanos de Tarsis se habían trasladado a los campos de entrenamiento de los territorios del sur para colaborar en el improvisado ejército civil y muchos de los aristócratas habían partido hacia tierras del norte con sus familias y sus esclavos; y aunque había una confianza generalizada en el buen hacer de Arkan, el temor a ser sometidos por el poderoso imperio magónida había provocado una significativa diáspora. Y fue precisamente, esa huida lo que provocó un problema inesperado.

A falta de guardianes y soldados en las calles, aumentó el pillaje y el desorden social. Muchas familias humildes habían ocupado las casas que los nobles habían abandonado y los altercados por hacerse con el uso de esas viviendas eran cada vez más violentos. El Gran Senado, muy disminuido por las huidas de varios de sus miembros, se había reunido de urgencia para encontrar soluciones al caos que se vivía en las calles. Gaus tenía la palabra.

—Hemos sido demasiado indulgentes. Deberíamos haber castigado con dureza las fechorías y los levantamientos del vulgo. Y usted —dijo señalando a Jaudé—, debía haber cumplido con su cometido.

Jaudé se levantó indignado.

—Esto es injurioso, decano. ¿Cómo osa decir...?

—Sí, Jaudé, usted debería haber adoctrinado al vulgo y haberles inculcado el respeto y el temor a los Dioses, mas al contrario... —dijo con desprecio—, el desconcierto ha ido a más y el pueblo ha cuestionado su poder.

—Se empezó a construir el templo en honor a Baal y Astarté pero la terrible sacudida destruyó parte de los trabajos realizados. También construimos más altares en las aldeas del sur... Sí, tenía usted razón en el último pleno: ciertamente, los Dioses nos han abandonado y los tartesios se han dado cuenta de ello. Primero fueron las fiebres, luego la catástrofe que desoló nuestras tierras y ahora... —Jaudé golpeó con su puño sobre la mesa—. Ahora su vulgo, el vulgo que tanto desprecia, expone sus vidas en la costa para defender nuestra tierra.

El decano, ruborizado por la indignación, descalzó uno de sus pies y le lanzó una sandalia que le impactó en el pecho. Ese gesto hostil era considerado como uno de los peores agravios que alguien podía recibir; por este motivo, Jaudé se precipitó sobre Gaus, lo agarró con fuerza de la túnica y lo hizo zarandear.

—Haya paz, señores —intervino un senador intentando separarles—. Tomemos todos asiento y solventemos nuestras cuitas como hombres del saber.

Con la furia dibujada aún en su expresión, Jaudé soltó las ropas del decano y volvió a su asiento, despotricando todo tipo de enormidades contra él.

—De nada sirve buscar culpables ni fustigarnos por nuestros errores —siguió diciendo el senador—. Decano, usted es un hombre acostumbrado a tomar sabias decisiones, aunque éstas puedan ser poco populares, ¿se le ocurre algo para terminar con el desgobierno de la población?

—Soluciones... Ya no hay soluciones posibles. Sólo podemos rezar y... —Gaus detuvo su discurso para cambiar sus palabras—. Sólo podemos esperar a que nuestras tropas se impongan al

enemigo y Arkan regrese a Palacio.

—¿Confía usted en conseguir detener la entrada magónida? —preguntó Jaudé, quien parecía ahora más calmado.

—Seamos sensatos, senadores. Arkan se enfrentará en una batalla cuerpo a cuerpo con el ejército más poderoso del mundo. Nos superan en número y en capacidad armamentística.

—No olvide que los tartesios somos bravos guerreros y Arkan es uno de los soldados más admirados y respetados allende el gran mar.

—Y usted no olvide que nuestra costa la defienden unos aldeanos, gentes que hasta hace dos soles sólo sabían cultivar lechugas y pastorear rebaños. Jaudé, sabe que usted y yo hemos tenido numerosos desacuerdos, pero no me negará que en este caso está de acuerdo conmigo. Estamos condenados.

Jaudé esta vez no contestó, otorgando la razón a Gaus con su silencio.

—Si las tropas enemigas entran en Tartessos, nuestras cabezas serán las primeras en rodar — continuó diciendo Gaus— y tenemos dos opciones: esperar a que entren por esa puerta o huir como ratas.

—¿Pretende abandonar Tartessos a su suerte? —le inquirió Jaudé—. Nuestra responsabilidad con nuestro pueblo está por encima de nuestras vidas.

—¿Y qué me dice de nuestra sabiduría? ¿Permitirá que con nuestras muertes se pierda el conocimiento de nuestra historia? Somos los verdaderos hijos de Atlas, los hijos de Atlantis, ese gran continente que se adueñó del gran mar. Con nuestra muerte se perderá nuestra historia...

—Puede velar su deserción con esa argucia, pero a los ojos de su vulgo usted será un desertor.

Gaus sonrió tras las palabras acusatorias de su socio ministerial.

—Poco me conoce, y me sorprende. Saldré de Tartessos como un héroe. Ya he dispuesto con la reina nuestra huida. Para Tartessos y para la historia, Gaus será el hombre que salvó a la heredera de los Argantonio antes de sucumbir ante las tropas cartaginesas. Ustedes pueden hacer lo que quieran.

El decano se levantó y tras dedicar a sus compañeros de mesa un saludo burlesco abandonó la sala.

Aunque su plan de huida estaba planificado hasta el último detalle, sólo había una cosa que desbarataba sus planes. Debía convencer a la reina lo antes posible, de modo que subió las escaleras hasta llegar al piso superior, donde enfiló el pasillo que conducía hasta el aposento de Betunia. Entonces se detuvo. Le pareció extraño que no hubiese guardianes junto a la puerta de la reina y pensó que ésta se había ausentado del palacio. Apenas había empezado a deshacer sus pasos cuando le pareció escuchar la voz de Betunia. Con sigilo volvió a avanzar por el pasillo y se situó a un lado de la abertura de la cámara real.

—Este infante es el fruto de nuestro amor —decía la reina.

—Mi reina, no oso sincerarme con usted, soy un hombre del vulgo y debo medir mis palabras.

—¿No lo entiendes, Sostrate? Este infante que germina en mis entrañas lo cambia todo. Eres el padre del futuro rey de Tartessos.

—Pero mi reina, Arkan...

—Huyamos. Huyamos juntos hacia el norte, Sostrate. Tartessos no será capaz de resistir el empuje de Magón y si no abandonamos Tarsis, en pocos días mi cabeza estará empalada en lo más alto del torreón.

Betunia rompió a llorar y Sostrate la resguardó entre sus brazos. Luego la besó y acarició sus mejillas.

Al otro lado del pasillo, Gaus se frotaba las manos sin poder disimular una sonrisa de satisfacción.

—Vaya, vaya... Esto sí que es una buena sorpresa.

Capítulo 22

En lo alto de una de las colinas que rodeaban el Gran Río, cuando la luna se hacía visible con su rostro más ambarino, dos soldados hacían guardia mientras preparaban la cena. Habían cavado un hoyo y en su interior habían dispuesto una pequeña hoguera para que el fuerte viento que esa noche llegaba desde el septentrión no apagase sus llamas. Sobre una piedra lisa y fina habían asado una liebre cortada a cuartos y, entre risas, daban buena cuenta de su ágape. Uno de ellos descarnaba entre sus dientes un succulento muslo cuando algo llamó su atención al otro lado del río. Pese a la oscuridad, pudo ver claramente como varias personas se abrían paso entre la arboleda.

—¿Has visto eso? —le dijo al otro, señalando al frente.

—Sólo son dos hombres. Podrían ser cazadores —repuso casi sin prestar atención.

—¿Cazadores? ¿En plena noche?

—Quizá son viajeros que vienen a avituallar sus calabazas, o es posible que sean...

Tras la arboleda aparecieron otros tres hombres y tras ellos una docena más. Instantes después, todo un ejército estaba en la orilla dispuesto a atravesar el río.

—Que los Dioses nos guarden. ¡Ya están aquí!

Los guardianes apagaron el fuego con arena y corrieron hacia el campamento que Arkan había instalado cerca del punto de vigilancia. A esa hora, las tropas tartesias disfrutaban de sus primeros sueños tras una larga jornada de duros entrenamientos.

—¡Despertad, despertad todos! —alertaron los dos soldados—. ¡Rápido, a las armas!

Un principal de campo salió a recibirles.

—¿Qué habéis visto? —preguntó mientras se abrochaba el cinto.

—Cientos de hombres, quizá miles. Han salido del bosque como sombras y se están organizando en la orilla del río.

Arkan apareció tras ellos vestido con las galas de guerra, con una cabeza de toro sobre la testa y con las traíllas de cuero cruzadas en su pecho. De su cinto colgaba el pendón de cinco plumas que lo identificaban como el gerifalte de mayor rango. En una mano sujetaba su espadón y en la otra los correajes de su caballo. El principal de campo y los soldados le saludaron arrimando su puño al pecho.

—Las tropas cartaginesas están en el río. Hay un buen número de guerreros, quizá más de los que esperábamos.

—Bien, todos a la cima. ¡Ahora! Arqueros, tomad posiciones —ordenó— y disparad en oleadas. Rápido, no deben cruzar el río.

Las tropas de Arkan ascendieron hasta la cima de la colina y se desplegaron por ella en forma de abanico. Fue entonces cuando una nube de flechas procedentes del otro lado del río les sorprendió. Un grupo de flecheros disparaba desde el margen del río mientras las tropas empezaban ya a cruzarlo. Habían construido sólidas barcazas hechas con troncos en forma de balsas y empezaban a atravesar las aguas por su vertiente más estrecha. En cada embarcación viajaban unos quince o veinte hombres armados con lanzas y espadas y guarecidos por sus propios escudos.

El ejército de Cartago había tomado posiciones con demasiada antelación y las tropas tartesias recibían un aluvión de saetas cada vez que trataban de asomarse al borde del despeñadero. Desde la cima disparaban a ciegas para intentar contener el ataque enemigo y muchas de las saetas se perdían sin ventura alguna en las oscuras aguas del río.

—No lograremos contenerles —se lamentó Arkan—. Si no conseguimos deshacernos de esos flecheros, las barcazas tomarán la otra orilla y entonces...

El agudo silbido de una nueva avalancha de flechas hizo que las tropas de Arkan se refugiasen bajo sus escudos. Esta vez, las saetas llevaban ensartadas bolas de fuego que se incrustaban en los troncos de la arboleda y suscitaban pequeños incendios entre la hojarasca seca que había en el suelo.

El viento se había convertido en un espontáneo aliado de las tropas de Magón y en muy poco tiempo, las llamas se extendieron de rama en rama prendiendo la arboleda situada a la zaga del ejército tartesio. Sin tiempo de reacción, Arkan contemplaba con impotencia como el fuego engullía la espesura, dejándoles prácticamente sin escapatoria.

—No podemos retroceder —advirtió un principal—. Es imposible atravesar el bosque. Estamos atrapados.

Embargado por la frustración, Arkan clavó una pica en el suelo mientras pensaba como contrarrestar la irremisible ventaja que los enemigos habían tomado en muy poco tiempo. No quería tomar una decisión apresurada, pero sabía que sólo había una opción. Y no le gustaba.

El rey se arrodilló y mirando al firmamento, dispuso su alma a merced de los Dioses. Después tiznó sus dedos de hollín candente y se dibujó con ellos una doble franja bajo los ojos. Enfureció la mirada y ordenó:

—¡Flecheros! Preparaos para disparar en avalancha. Debemos descender la colina antes de que el fuego nos engulla.

—Pero Arkan, si bajamos por este collado no tendremos ninguna opción. Es demasiado empinado y pedregoso. Sus arqueros nos acribillarán mientras intentamos descender por él.

—Háganse mis órdenes —alzó la voz el rey—. Agrupe a todos sus hombres y notifique a los otros principales que hagan lo mismo, ¡ahora! Descenderemos cuando yo lo ordene.

El calor del fuego era cada vez más insoportable y el humo era intenso e irrespirable. Mientras tanto, las flechas seguían cayendo sobre los hombres de Arkan sin que éstos pudiesen ni siquiera responder con igual fortuna. Arkan cerró los ojos unos instantes y prensó sus mandíbulas invadido por la rabia. Luego los abrió y levantó su espada.

—¡Apuntad, ahora! —dijo finalmente, alzando todavía más su brazo.

Los flecheros tensaron sus arcos y cuando Arkan bajó su brazo, cientos de saetas se elevaron desde la cima de la montaña mientras los otros soldados empezaban a descender la empinada ladera con sus escudos cubriendo sus pechos. Luego, otra lluvia de flechas volvió a silbar en dirección al río.

Aunque habían sido lanzamientos a ciegas, las sagitas habían alcanzado a un buen número de soldados cartagineses, que por unos instantes cesaron de embarcar más contendientes en las balsas. En la orilla, algunos soldados se atrincheraron hincando el escudo en tierra, mientras los arqueros tomaban posiciones de nuevo para contraatacar la acometida tartesia.

A pesar de que el relieve de la montaña ofrecía pasos naturales para el descenso, el desnivel de la ladera era más que considerable y fruto del apresuramiento y la oscuridad de la noche, muchos soldados perdían el equilibrio y se iban precipitando montaña abajo.

Fue entonces cuando las tropas cartaginesas se resarcieron del repentino contraataque y

dispararon sus flechas sin compasión contra los desesperados soldados que trataban de descender la vertiente huyendo de las llamas y el humo. Pese a la oscuridad, la luminaria del fuego les hacía visibles, de modo que los soldados tartesios eran un blanco demasiado fácil.

Mientras tanto, las primeras balsas conseguían arribar al otro lado de la orilla y sus soldados esperaban a pies de la montaña a los desdichados tartesios.

Arkan se deslizó con agilidad entre la resbaladiza arenilla de la ladera y antes de llegar al suelo saltó sobre varios adversarios. El rey blandía su espada con furia, acompañando cada mandoble de espada con gritos desgarradores para espolpear su bravura.

Solo medio centenar de guerreros tartesios habían conseguido llegar al suelo con vida y ahora se enfrentaban en una lucha desigual con un ejército cada vez más numeroso. Arkan se zafaba de los ataques enemigos con maestría, poniendo de manifiesto su arte con la espada y su arrojo en la batalla, incluso enfrentándose con varios contendientes a la vez. El fragor de los metales se mezclaba con los continuos silbidos de las flechas cartaginesas que seguían acribillando a los infelices tartesios que trataban de descender la ladera.

La lucha desigual aventuraba un final inminente y Arkan, con sus brazos exhaustos por el esfuerzo fue retrocediendo, junto a los pocos guerreros que seguían con vida. Estaban acorralados y su ventura parecía estar escrita. El rey se tambaleó tras deshacerse de un guerrero más y se echó la mano a la cara para limpiarse salpicaduras sanguinolentas que le entorpecían la visión. Se quitó la cabeza de toro que le cubría la testa y la lanzó al suelo con violencia. Se sentía vencido y la fatiga le impedía retomar su habitual brío en batalla. Una espada corta le había provocado un profundo corte en el antebrazo y una flecha se había alojado cerca del vientre. Su boca manaba continuas bocanadas de sangre y sus ojos parecían desdibujar todo su entorno. Entonces bajó los brazos.

Arkan pudo sentir sus últimos latidos antes de dejar escapar el poco aire que sus pulmones habían podido insuflar. Le vencieron las piernas y quedó arrodillado, apoyado en su espada. Miró a su alrededor, todo era confuso, aunque podía comprender que había llegado el fin. Medio moribundo vio como un soldado enemigo se acercaba hasta su posición. El cartaginés sonrió al reconocer por las plumas de su pendón el rango de ese títere rendido y relamió su vanidad consciente de los honores que se le otorgarían por dar muerte al temido Arkan. Se recreó en el instante y paseó con escarnio el filo de su arma por su cara, recreándose con su víctima hasta que lo decapitó de un sablazo.

Capítulo 23

La espera se hacía eterna y el grupo de meritorios empezaba a desesperar. Aunque a esa hora empezaba a refrescar, la humedad típica del anochecer y la ausencia de viento, que contrastaba con el que había condenado a los hombres de Arkan en las montañas del interior, hacían que un sudor pegajoso se instalara en sus cuerpos, haciendo, si cabe, más angustiosa la espera. Allende el gran mar, era conocida la voracidad del ejército cartaginés y a nadie escapaba que vencerles sería una quimera. A sus oídos habían llegado noticias de sus recientes conquistas en la ínsulas de Sikelia, Shardan y en el archipiélago Ibusim, o sus contundentes asedios a las tierras del sur, donde habían sometido sin compasión a las débiles tribus de los hombres negros. Sin embargo, la reciente derrota moral en la batalla de Alalia a manos de la reducida tropa focense infundía ciertas esperanzas de resistencia.

Aunque sabían que podían estar viviendo sus últimas horas, esperaban con impaciencia el momento de atacar. El principal de campo mantenía el brazo en alto, esperando a que los primeros soldados cartagineses alcanzasen la orilla de la playa para dar la orden de disparar. Además, debían ser extremadamente certeros y cuidadosos dada la poca cantidad de saetas que habían podido fabricar en las últimas jornadas. Si el intercambio de saetas se alargaba demasiado, corrían el peligro de quedarse sin efectivos.

Ajenos a la emboscada que tenían preparada los tartesios, los hombres de Magón se desplazaban por las calmadas aguas atlánticas con los brazos levantados, sujetando sus escudos y sus espadas en alto. El bajo nivel del mar, que apenas les cubría hasta el cuello, les permitía avanzar a pie. Lo hacían con el mayor sigilo posible, tratando de no hacer ningún ruido durante la incursión.

—¡Ahora! —ordenó el principal.

Había llegado el momento. Una oleada de flechas sobrevoló la noche de Tartessos en dirección a la playa, donde los primeros cartagineses tomaban la orilla. Poco después del primer lanzamiento se produjo un segundo y luego un tercero.

Los alaridos de dolor desgarraron el silencio instalado en la costa de Tartessos instantes antes. Rápidamente, el mar se tiñó de rojo y los cuerpos sin vida de los invasores se amontonaban en la orilla, volteando como títeres a cada nueva ola.

El contraataque enemigo no se hizo esperar, y desde el interior de las trirremes cartaginesas sobrevolaron entre la oscuridad varias tiradas de sagitas. Mientras, en la colina que presidía la playa, los meritorios tartesios cubrieron sus cuerpos con sus escudos.

El principal de campo soltó un alarido de euforia tras las primeras acometidas invasoras. La distancia y el desnivel habían sido óptimos para las tropas tartesias que habían conseguido contener la irrupción cartaginesa, ayudados por el efecto acelerador de la caída en parábola. En cambio, las flechas lanzadas desde las naves perdían inercia por su propio peso antes de llegar a la cima.

Algún mando de la escuadra magónida ordenó retirada y los soldados se apresuraron para agarrarse a los cabos que les lanzaban sus compañeros desde las naves para poder subir a bordo. Mientras, las flechas, que seguían sucediéndose en rítmicas oleadas, continuaban causando bajas.

—Se retiran —apuntó un meritorio.

—¡Hemos vencido! —dijo otro con cierta incredulidad.

La euforia se hizo presente entre el improvisado ejército tartesio. Los gritos de júbilo y los vítores se hicieron audibles en toda la costa, llegando a oídos del enemigo, que había perdido un buen número de efectivos en una única acometida.

—Esto no ha terminado. Las naves siguen ahí. ¿De verdad pensáis que esos hombres acostumbrados a luchar abandonarán nuestra costa sin más? —dijo el principal de campo, tratando de rebajar la euforia.

El tiempo pasaba y las naves magónidas continuaban ancladas a más de un estadio de distancia de la playa. En su interior no se percibía movimiento alguno, lo que parecía indicar que planeaban una segunda acometida, de lo contrario hubiesen marchado de la costa de Tartessos tras el cruento recibimiento.

Entre los soldados y meritorios apostados en la cresta de la montaña se barajaban diferentes hipótesis. El principal de campo sostenía que el enemigo esperaba a la salida del sol para realizar otro ataque. Descartado el factor sorpresa, la oscuridad ya no les convenía, al contrario; se había convertido en un inconveniente y sabían que cualquier otra acometida en las mismas condiciones correría la misma suerte.

Fue un meritorio, pescador de oficio, quien pidió permiso para dirigirse al principal de campo.

—Yo sé porque no se mueven.

El principal levantó la vista e hizo un leve gesto de cabeza para autorizarle a hablar.

—Las trirremes cartaginesas son embarcaciones de poco calado, apenas dos o tres codos en su parte más profunda. Si no me equivoco están esperando a que suba la marea para acercarse más a la orilla. En esta época del año la cúspide de la marea es mayor y en un par o tres de horas el agua se come casi toda la playa.

—Eso quiere decir que pueden avanzar más de un estadio —dijo el principal de campo.

—Así es... Y a esa distancia pueden dispararnos desde cubierta parapetados por el mascarón de proa.

El principal de campo palmeó la espalda del pescador en señal de parabién y se sentó en un pedrusco adoptando una postura pensativa. Sabía que el marinero tenía razón y si las embarcaciones cartaginesas conseguían avanzar hasta bien entrada la playa, sus flecheros los acribillarían. Además, tras la primera acometida, los arqueros apenas tenían flechas que disparar y si eso sucedía, no tendrían otro remedio que descender hasta la playa para interceptarles. Sin duda, un enfrentamiento cuerpo a cuerpo era una alternativa condenada al fracaso.

Instantes después se levantó de la piedra y palmeó sus manos para llamar la atención de todos los meritorios.

—Nunca bajarán con vida de esas naves. ¡Nunca! —dijo de pronto—. Hombres de Tartessos, prendan cuatro hogueras a una distancia de diez codos cada una y ensarten bolas de resina en su punta. Hay que quemar esas trirremes.

En muy poco tiempo y, pese a la oscuridad de la noche, los meritorios se apresuraron recoger leña en el bosque. Prepararon las piras, apilando troncos, ramas y palos que luego cubrieron con hojarasca y sarmientos secos. Mientras tanto, otros hombres se dedicaban a embolar las aristas de las flechas con retales de esparto y yute. Luego untaron los embolados con diferentes resinas extraídas de las cepas de pinos y cipreses —árboles con barnices potencialmente más inflamables—. Mientras, el principal de campo quiso consultar con los instructores de arquería, entre los que se encontraba Terón. Parecía que la pregunta iba expresamente dirigida a él, por ser considerado

como uno de los arqueros más experimentados.

—Desde esta distancia, ¿crees que podemos alcanzar las naves?

Terón se frotó el mentón en gesto reflexivo. Acostumbrado a ser un simple curtidor, ninguneado como todos los aldeanos por guardianes y aristócratas, durante esos últimos días se había sentido alguien importante y útil en ese nuevo rol que el destino le había otorgado. Era consultado y respetado por todos los instructores por sus suertes en el arte del arco. No obstante, nunca había lanzado una flecha embolada en llamas, y aunque imaginaba que el hecho de tener la cresta redondeada reduciría considerablemente su alcance, temía que una respuesta equívoca podría comprometer la ventura de todo su pueblo. Así pues, después de barruntar a conciencia, trató de ser cauteloso en su respuesta.

—No aventuro grandes suertes desde esta distancia —dijo al fin—. Las flechas con punta roma apenas alcanzarían la orilla.

Ahora fue el principal de campo quien adoptó una actitud reflexiva. Malograr inútilmente las pocas saetas sería su condena definitiva, aunque pocas opciones más había. Definitivamente, y si la teoría del pescador era la cierta, debían esperar a que la marea subiese y que los cartagineses ganasen un par de estadios a la costa.

Capítulo 24

El cuerpo de Betunia se estremecía ebrio de placer bajo el poderoso torso de Sostrate. Ambos, se retorcían entre gemidos y jadeos una vez más, haciendo de ese nuevo encuentro un acto que iba más allá del antojo y la lujuria. Las uñas de la reina se clavaban en la espalda del mozo de cuadras y serpenteaban por ella haciendo del dolor, un placer añadido a un desenfreno ya culminado. Él ya no evitaba mirarla a los ojos y ella le consentía hacerlo.

Cuando yacían juntos olvidaban por unos instantes su opuesta condición social, aunque durante esos encuentros él no podía evitar sentirse sometido por los deseos de su amante. Si bien, esa sensación constante de sumisión le frustraba y le impedía sentir con total libertad, era la indolencia que en ocasiones mostraba la reina hacia su persona lo que a él más inquietaba. Después de que la reina le confesase estar gestando un infante fruto de su sementera, sus desvelos habían ido a más y la propuesta de huir de Tartessos para empezar una nueva vida en el extranjero era una enajenación peligrosamente apetecible.

—Si huimos a tierras foráneas perderá su linaje, mi reina.

—Y a quién le importa el linaje en estos momentos, Tartessos está perdido —contestó ella—. Desconozco las suertes que Arkan pueda estar teniendo en el Gran Río, pero si no caemos esta vez será en la siguiente. Cartago está tomando todos los territorios vecinos y nuestro reino es un puerto comercial demasiado apetecible para rendirse después de una pequeña escaramuza. Además, somos los principales aliados de los griegos focenses, sus enemigos.

—Pero yo... —empezó a decir Sostrate—. Tengo mis reservas hacia ese viaje que quiere emprender. ¿Y si no quiero empezar esa nueva vida que...

—Yo lo ordeno —le interrumpió.

—A eso me refería, Betunia —por primera se dirigió a ella por su nombre y con un trato cercano—. Si huyo contigo no será por acatar tus órdenes, quiero hacerlo con libertad, por un amor sincero y mutuo. Esa es mi única condición.

—No entiendo tus reservas. ¿Eres escaso de entendederas o es que no entiendes lo que puedo ofrecerte? Te llenaré de oro y de alhajas, Sostrate. Vestirás como un rey y tendrás sirvientes. Nunca más volverás a recoger heces de caballo.

—No quiero tu oro, quiero amarte con libertad y que tú también sientas por mí sin ataduras. Si no es así, prefiero quedarme en Tarsis limpiando cuadras el resto de mi vida.

Unos pasos acelerados por el pasillo interrumpieron la conversación. Alguien se acercaba a la cámara real. Sostrate trató de ocultarse detrás de una columna.

—Mi reina —se escuchó la voz de Plea desde el otro lado de las pieles que hacían de puerta.

—Puedes pasar —le autorizó tras cerciorarse que Sostrate quedaba bien oculto.

La asistente tenía su rostro desencajado y respiraba con dificultad. Parecía alterada.

—¿Qué ocurre?

—Mi reina, ha llegado un hombre a caballo. Ha descabalgado herido y casi sin vida. Viene del Gran Río.

Plea se puso a llorar y sus continuos resuellos hiposos le impedían continuar con sus explicaciones.

Betunia se acercó a ella y la abrazó con inusual calidez. Ese gesto turbó todavía más a la sirvienta, que soltó un lloro desconsolado.

—Están todos muertos... muertos. —consiguió decir—. Ha habido un baño de sangre en el Gran Río. Los cartagineses nos han vencido y se dirigen a Tarsis.

—¿Y Arkan?

Plea no podía hablar. Nuevas lágrimas se desbocaron por sus mejillas mientras negaba con la cabeza. Betunia se echó las manos a la cara. Un escalofrío recorrió su cuerpo hasta helar su sangre y tuvo que sentarse en su lecho para no ser víctima de un desvanecimiento.

—¿El rey ha muerto?

Plea asintió.

—Los cartagineses no tardarán en llegar a Tarsis y cuando lo hagan, su primer objetivo será el palacio —le advirtió Plea.

—Lo sé —contestó Betunia como única respuesta.

Sostrate salió de su escondite, se sentó junto a su amante y la abrazó. En un primer instante Betunia hizo un gesto huidizo pero cuando se encontró con los ojos de él no dudó en refugiarse en sus brazos para liberar su aflicción. No fue un lloro desgarrador, se limitó a purgar su tristeza con alguna lágrima furtiva que resbaló por la espalda de Sostrate.

—Debemos partir —dijo Betunia de pronto, zafándose de los brazos de su amante.

Plea se inclinó para hacerle una reverencia.

—Disponlo todo para nuestra marcha. Quiero que prepares un hatillo con mis ropas y mis joyas —ordenó—. Y dile a un sirviente que prepare comida para unos cuantos días.

—Lo que usted ordene, mi reina —contestó la asistente antes de salir de la habitación.

Betunia se dirigió hacia un pequeño altar doméstico situado al fondo de su habitación y lo corrió hacia un lado, dejando visible una pequeña apertura en la parte baja de la pared. Se agachó y tomó entre sus manos dos pequeños fardeles llenos de monedas.

—Sostrate, apresúrate. Prepara los mejores caballos y átalos a un carro, debemos partir antes del alba.

El mozo de cuadras se quedó inmóvil, sin intención de obedecer las órdenes de la reina.

—Sostrate...

—Antes necesito respuestas, Betunia.

—No hay tiempo para explicaciones. Haz lo que te digo —repuso ella con gesto airado.

Sostrate la cogió del brazo y la acercó hacia él, mirándola a los ojos de manera inquisitiva.

—Antes dime que me amas.

Betunia no respondió.

—Exijo una respuesta —siguió diciendo él.

A la reina le sorprendió el tono y la arrogancia de Sostrate. Nunca nadie había osado hablarle con esa impudicia. Incluso él mismo se sintió sorprendido y a la vez liberado.

—Busca aquí tu respuesta —dijo al fin ella acompañando la mano de su amante hasta su vientre.

Capítulo 25

Faltaba poco para el alba cuando los remos de las trirremes empezaron a paletear hacia el interior de Tartessos. A esa hora de la madrugada, la marea se encontraba en su máximo apogeo y las olas devoraban ya prácticamente todo el arenal.

Al instante, el principal de campo ordenó prender la hilera de piras que rodeaban la colina en la que estaban asentados y los arqueros empezaron a tomar posiciones de defensa. Un silencio tenso tomó la costa de Tartessos durante ese corto lapso de tiempo hasta que...

Del interior de las trirremes empezaron a salir oleadas de flechas, una tras otra y en dirección a la cima de la montaña. A la vez, los arqueros tartesios hacían lo propio con sus saetas emboladas en fuego. Los alaridos de dolor se escuchaban desde ambos flancos, que no daban tregua alguna a sus enemigos e intercambiaban lanzamientos de flechas.

Mientras, algunas naves cartaginesas ardían ya por completo, dejando al descubierto sus costillares carbonizados. Coincidiendo con los primeros rayos de sol, sus tripulantes habían descendido de ellas durante las primeras series de flechazos y ya habían tomado la arena. Una gran cantidad de ellos pudo sobrepasar los límites de la playa y se introdujeron en tierra firme a través de los entrantes naturales, muy escarpados y pedregosos.

Allí les esperaban los meritorios tartesios, armados con sus afilados espadones de hierro y parapetados detrás de sus escudos. Un principal de campo ordenó atacar sin piedad a los enemigos que, lentamente, conseguían sobrepasar los límites del arenal.

El intercambio de flechas había cesado y ahora la lucha se había instalado en el interior del territorio. Los cartagineses, más experimentados en la lucha cuerpo a cuerpo, conseguían repeler las inocentes acometidas locales. Muchos meritorios retrocedieron, perdiendo sus posiciones y dejando un flanco libre para el enemigo. Mientras, los flecheros apostados en las montañas bajaban por la pendiente interior para reforzar los efectivos de defensa. Terón lo hacía con ellos, corriendo como un pollo sin cabeza hacia un campo de batalla cada vez más cruento y desigual.

Los cuerpos sin vida de los unos y los otros se amontonaban bañados en sangre en las inmediaciones de la playa, siendo las filas del bando tartesio las más damnificadas.

Producto del miedo, muchos meritorios desertaban, abandonando sus armas y sus guardas en el suelo y echando a correr tierra adentro.

Los principales de campo observaban a su alrededor, conscientes de su inminente derrota; con la única esperanza de que el grupo de flecheros llegase hasta ellos a tiempo para igualar la contienda.

Terón empuñó su espada y descendió el último tramo de la colina. A casi un estadio pudo contemplar cómo sus vecinos trataban de impedir la entrada enemiga. Echó a correr junto a un nutrido grupo de meritorios que acompañaban su carrera con desgarradores alaridos de ánimo.

Las estridencias de los hierros retumbaban en la cabeza del curtidor, que se encontraba en medio del campo de batalla sin saber exactamente cómo acometer a los soldados rivales. Levantó su espada y se dirigió hacia un cartaginés que luchaba con un zagal tartesio que apenas tenía arrestos para sujetar su propia arma. Sin tiempo para titubeos, su espada se clavó en la espalda del enemigo. Otro hombre se acercaba hacia él con ambas manos armadas con amenazantes

hierros. Terón sintió como su cuerpo se atenazaba producto del pánico e instintivamente levantó su coraza para cubrirse, vendido a su suerte.

Quisieron sus pensamientos recordar su infancia, abastecerse de los recuerdos de ese niño que no tuvo demasiado tiempo para juegos, rodeado de unos padres que poco pudieron atenderle; cada uno por diferentes motivos. Sus pensamientos también tuvieron espacio para la pequeña Túria y para Farada. Extrañamente, tras recordar esas personas que formaron parte de su vida, el miedo desapareció de su cuerpo y una extraña sensación de desinhibición le hizo gritar. Cuando su rival ya se abalanzaba hacia él con ambas espadas en alto, éste desencajó su cara y los hierros resbalaron de sus manos. Luego cayó hacia delante como un fardo. Una providencial saeta había quedado alojada en mitad de su espalda.

Los cartagineses seguían ganando terreno y los tartesios retrocedieron posiciones. Terón quiso seguirles pero, trastabillado por los diferentes obstáculos y despojos que yacían en el campo de batalla, cayó hacia atrás, sin poder evitar precipitarse al arroyo.

Aturrido y empapado, se puso en pie y buscó sin suerte su espada, que se había hundido en el agua tras su caída. Se arrastró entre el barro hasta el cadáver de un joven meritorio y le arrancó la espada de su mano. Luego se armó de valor y se abalanzó sobre un soldado cartaginés indefenso y lo degolló sin contemplaciones.

Su rostro, repleto de salpicaduras de sangre estaba completamente desencajado y sus ojos perdidos en desoladores horizontes. Su entorno era difuso y los sonidos parecían acallarse. Parecía como si sus oídos quisieran amortiguar el batifondo de la contienda para aislarlo del miedo y el sufrimiento.

Un grito a su espalda lo puso en alerta. Un fornido guerrero cartaginés se abalanzaba sobre él blandiendo su espada en un amenazante movimiento circular. Terón se sintió rendido, incapaz de enfrentarse a ese hombre y sólo se cubrió con su escudo. Notó como el hierro enemigo golpeaba con insistencia el armazón de defensa. Al tercer impacto, perdió el equilibrio y cayó de nuevo al suelo. Su rival levantó su espada decidido a hundirla en su cuerpo. Terón cerró los ojos.

Cuando el hierro cartaginés le perforase todo habría acabado. Había llegado el momento que el destino o quizá los Dioses habían dispuesto. Ya no le importaba morir y se aferraba a la esperanza de que su muerte fuera el camino para reencontrarse con los suyos. No se sentía capaz de presenciar su ejecución y esperaba allí en el suelo, medio tumbado, a que la espada desgarrase sus carnes.

La espera se burlaba de él. ¿Por qué tardaba tanto ese hombre en darle la última estocada? Fue entonces cuando abrió los ojos y comprobó que su enemigo ya no estaba allí. Miró atónito a su alrededor, sin comprender lo que había sucedido y volvió a levantarse. Pudo ver como los pocos meritorios tartesios que quedaban con vida intentaban huir, mientras los soldados enemigos remataban a los heridos que se retorcían de dolor en el suelo.

Terón se deshizo de su escudo y echó a correr hacia el septentrión sin osar mirar hacia atrás. Conocía a la perfección los bosques cercanos a la costa y, aunque los efectos de la gran ola habían cambiado el relieve y la orografía de los territorios costeros, sabía por dónde debía huir. Sabía que si conseguía adentrarse en el bosque del primer cinturón, podría ocultarse entre la espesura y avanzar por las diferentes estribaciones que conducían a las montañas.

Los gritos y el fragor de los hierros se acallaban a medida que se alejaba del campo de batalla y eso hizo que Terón consiguiese templar sus nervios tras una larga noche repleta de tensiones. Había corrido una distancia de unos cuatro estadios cuando sus piernas empezaron a desfallecer, de modo que decidió descansar en un espacio sombrío, bajo una espesa arboleda cercana al

arroyo del primer cinturón. Comprendió que la invasión cartaginesa representaba un cambio en la cotidianidad de Tartessos y lo más sensato era establecerse en un nuevo territorio. Descartó desplazarse hasta el vecino reino de Conios, donde no tardarían demasiado en entrar las tropas de Magón, de modo que decidió que la mejor opción era cruzar las montañas y llegar hasta las tierras de Iberia.

Capítulo 26

La extenuación de Terón lo había sumido en un profundo sueño, donde las escenas de sangre y los gritos desgarradores se repetían una y otra vez en su cabeza. Farada aparecía en sus pesadillas, iba ataviada con un blusón largo de color blanco que se teñía de rojo en la misma medida que los muertos se amontonaban en los aledaños de la playa. Ella le saludaba con la mano mientras se alejaba y él trataba de correr hacia ella, mientras un soldado magónida le retenía en una lucha encarnizada.

Un mugido le hizo despertar. Abrió los ojos y al instante refuló hasta esconderse detrás del tronco del árbol. Delante de él, a menos de cinco pasos, un formidable toro negro coceaba el suelo preparado para investir. Era un animal que no solía frecuentar los territorios habitables, pero cuando lo hacía, acostumbraba a actuar con cierta hostilidad. Este era un ejemplar fabuloso y vigoroso de cornamenta corta y ladeada. Su mirada era amenazante.

—Maldito bicho..., lárgate de aquí —intentó ahuyentarlo Terón haciendo aspavientos con sus brazos.

El astado bufó e incrementó el ritmo del coceo y entonces emprendió la carrera en dirección a él. De un brinco, Terón se agarró a una de las ramas más bajas y trepó por ella, quedando su espalda en posición de balanceo. El animal le envistió varias veces, golpeando con la testa su espinazo con violencia. Uno de los cuernos le provocó una nueva herida en la pierna. La punzada no había sido del todo certera y le dolían mucho más los golpes que la rasgadura.

El toro se detuvo, lo miró un par de veces y se alejó unos cuantos pasos.

—¡Ayuda! —gritó Terón.

Aunque sus brazos apenas tenían fuerzas, tensó sus músculos y de un impulso consiguió afianzar sus piernas en la rama para poder desplazar una mano hasta el ramaje superior y sentarse en él.

—¡Ayuda!

Terón golpeó con fuerza el tronco del árbol con su puño, mientras soltaba un alarido de rabia e impotencia. Miró al cielo y clamó:

—¿Por qué me infligís tales castigos? ¿Qué hice yo?, ¿qué hicimos nosotros?

Los gritos de Terón eran desgarradores y retumbaban en los alrededores.

—¿Por qué me priváis de mi familia? ¿Por qué laceráis mi cuerpo? Os burláis de mí. ¿Qué le habéis hecho a mi hija?, ¿y a mi mujer? ¿Por qué mis padres contaban bondades y enormidades de vosotros? ¡¿Por qué?!

Su ira se convirtió en un sollozo infantil. Por unos instantes, Terón se sumió en un llanto hiposo al que asistía impertérrito el toro, como un convidado de piedra que se burlaba aún más de él.

Volvió a gritar.

—¡Farada! No pude encontrarte... ¡Dioses! Llevadme con ellas, os lo ruego. ¡Hacedlo! Si vosotros fuisteis nuestros creadores, ¿por qué vuestro ánimo es el del tormento? ¿Qué os hicimos?

Terón se abrazó al tronco y descolgó sus piernas para desentumecer sus músculos. Echó un vistazo a su espalda y comprobó que el toro seguía allí, tranquilo, pastando.

—¡Dioses, ¿me oís?! Me llamo Terón, hijo de Sortión y Palamia. ¡Escuchadme! Yo os repudio. Nunca os adoraré porque sois crueles. ¿Si vosotros nos distéis la vida, por qué nos sembráis de

muerte? ¡Dioses! Las gentes tallan esfinges con vuestros rostros y os adoran, depositan en vuestros poderes sus suertes y suplican perdón por sus malos actos. ¿Escucháis? Os adoran. Y vosotros... —Terón carcajeó, parecía enloquecido—. Lo sé, vosotros os burláis de ellos, de nosotros. ¿Qué mal os pudo hacer Túrta? ¿Por qué ese castigo? ¿Por qué nos abandonasteis?

La lluvia entró en escena en forma de goterones fríos. Terón volvió a levantar la vista al manto negro de la noche. Fijó la mirada en una estrella y se preguntó si los Dioses le escuchaban desde ella o hablaba solo. Si esos Dioses ya no estaban, no podían escucharle. Pensó que quizá los hombres eran seres incapaces de asumir los avatares de la ventura y necesitaban de esos seres lejanos para asumir cualquier suceso cotidiano. Quizá él mismo se había refugiado en ellos en alguna ocasión para no culpabilizarse a sí mismo.

—¡Os repudio! No existís para Terón. Haré de mi vida lo que me agrada sin tener en cuenta los preceptos que se os otorgan. No seré un siervo vuestro porque no existís, porque nos abandonasteis... Nunca más pediré vuestro favor y nunca más os agradeceré las bonanzas de mi ventura, porque os repudio. ¡Dioses!, ¡Dioses! Terón os repudia.

Su boca había escupido toda la ira que le acompañaba desde hacía tiempo. Ahora se sentía liberado y en paz consigo mismo. El dolor de su alma se había mitigado y estaba decidido a sobrevivir para emprender un nuevo camino en el que él sería su propio valedor.

Cuarta parte

EL ÉXODO

Capítulo 27

Al día siguiente Tarsis se despertó en silencio, con un aroma de luto flotando en las calles de la capital. El Gran Senado no había podido evitar que se filtrase la noticia de la muerte de Arkan en las montañas y la derrota de sus tropas la noche anterior. Familias enteras se apresuraban a recoger sus enseres imprescindibles y abandonaban la zona urbana cargando sus fardos a la espalda sin echar la vista atrás. Los caminos se habían convertido en un reguero de carros, bestias y caminantes que emprendían rumbo a septentrión. A ellos se unían los tartesios que habían huido de las aldeas costeras tras la batalla de la playa.

Algunos caminantes trataban de comerciar con sus enseres a cambio de un lugar en un carro. Otros, montaban en ellos sin consentimiento provocando altercados entre los peregrinos y entorpeciendo el tráfico. Los caballos carecían de arrestos suficientes para tirar de los carros abarrotados de pasajeros y se detenían en mitad de los fangosos caminos de las afueras de Tarsis.

En el palacio, la reina también había dispuesto su huida y ya desde antes del canto del gallo, los sirvientes se apresuraban a empaquetar los avíos reales. Betunia había guardado algunas de sus alhajas en varios cofres de madera mientras Plea descolgaba las cortinas de las ventanas para improvisar fardeles para guardar en ellos los vestidos de la reina.

En el piso de abajo, con las manos sujetadas a su espalda, Gaus observaba desde la ventana de su cámara los extraños movimientos de algunos sirvientes en el patio de caballerizas. Varios de ellos apilaban fardos junto a los barandales de un carretón mientras Sostrate encintaba a dos caballos en otro carro, este de cuatro ruedas y cabina para pasajeros. El rostro del decano se ensombreció y abandonó la habitación a toda prisa.

Antes de la salida del sol, Sostrate había abrevado y cepillado a media docena de caballos. Los animales, desconcentrados por el cambio de hábitos y el extraño comportamiento de su cuidador, esperaban atados en una baranda del pesebre. Los animales evidenciaban un cierto nerviosismo y desespumaban sus hocicos entre cabeceos y relinches.

Tras las pieles de la entrada de la cámara real asomó la cabeza de Gaus, quien hizo golpear su bastón en la alacena para llamar la atención de las dos mujeres que seguían preparando el equipaje.

—Decano... ¿cómo se sirve entrar en mi cámara sin consentimiento? —rugió Betunia.

Gaus se sirvió de su bastón para abrir uno de los arcones que había en la entrada y esbozó una sonrisa al descubrir en su interior las joyas de la reina.

—Veo que tiene previsto ausentarse, mi reina —dijo Gaus en tono jocos—. Me parece ciertamente extraño que el Gran Senado no haya sido informado de este viaje.

Betunia arqueó una de sus cejas y desafió con su mirada al decano. Éste le aguantó la mirada sin perder la sonrisa.

—¿Desde cuándo debo informarles de mis decisiones? Creo que sus observaciones están fuera de sus atribuciones como senador. No olvide que soy la reina y podría ordenar que lo empalasen en uno de los patios.

Gaus se sentó en el lecho de la reina e hizo girar su bastón entre sus piernas. Betunia llamó a los guardias.

—No hay ningún guardia, mi reina. Creo que están abajo, preparándose para partir de inmediato. Obedecen sus órdenes.

—¿Ha perdido la sesera, decano? ¿Cómo osa hablarme con esa impudicia? Pagará con su vida su osadía.

—No está en disposición de ordenar nada, Betunia —repuso Gaus cambiando su semblante a uno más serio.

Se levantó del lecho y se dirigió hacia la reina haciendo un gesto de disentimiento con su bastón y con su empuñadura señaló el vientre de ella.

—¿Sabe mi reina que ha contravenido las leyes de Tartessos? Unas leyes que promulgó el primero de los Argantonio.

Betunia apartó el bastón de su vientre de un manotazo y volvió a avisar a la guardia con insistencia. Plea observaba la escena desde un rincón de la habitación con sus manos cubriéndole la cara para ocultar su asombro.

—Existe un enlace real que ha quebrantado y el Gran Senado debe juzgar esa falta y condenarla.

—Estoy perdiendo mi paciencia, decano. Le ordeno que abandone mi alcoba de inmediato. No tengo tiempo para atender sus simplezas.

—No son simplezas lo que acompañan mi visita, más bien me refiero a enormidades —prosiguió—. Hasta que el Gran Senado no concluya el futuro del reino, me temo que sus facultades como regente quedan abolidas.

—Plea, baja al patio y haz subir a dos guardias —ordenó.

La asistenta se dirigió hacia la entrada y Gaus le detuvo cruzando el bastón en su camino.

—Creo que todavía no se ha dado cuenta de la gravedad de la situación. Sabe perfectamente que el infante que alberga en su vientre es fruto de una felonía a la alianza con Arkan, motivo suficiente para perder su virtud. La ley tartesia contempla su destierro y la regencia se le otorgará a un miembro sucesor y... —Gaus hizo una pausa— y el destino ha querido que ahora mismo no haya ningún sucesor. Bien, sí, claro, hay uno que germina en sus entrañas pero tardará mucho en estar legitimado para llevar las riendas de Tartessos. En estas tierras siempre se recordará que la reina Betunia contravino la alianza real con un vulgar mozo de cuadras y que huyó con él como las ratas dejando a su pueblo abandonado a su suerte.

Betunia se abalanzó sobre el viejo decano y golpeó su pecho con ambas manos. Gaus la sujetó por los brazos y la apartó sin contemplaciones. Plea hizo ademán de intervenir y la reina hizo un gesto para impedirlo.

—Este reino está vencido —alzó la voz Betunia—. Nuestros enemigos no tardarán en entrar a Tarsis y cuando lo hagan me ejecutarán y conmigo rodarán las cabezas del Gran Senado. Solo espero que Magón sea clemente con nuestra gente. Ahora mismo lo que menos me importa es lo que pueblo pueda pensar de mí.

En ese momento la figura de Sostrate apareció en la habitación. Al percatarse de la presencia del decano retrocedió un paso, bajó su cabeza e hizo una genuflexión.

—Bien, bien... Ahora ya estamos todos —dijo Gaus palmeando la espalda del mozo de cuadras—. Quizá ha llegado el momento de informar al Gran Senado de la traición.

—Adelante, decano. Proceda si considera que en un momento como este, cuando nuestras vidas corren serio peligro, es el momento de juzgar. Además, deduzco que ya hace tiempo que es conocedor de todo esto. ¿Por qué no se me ha juzgado ya? Porque nadie más del Senado sabe nada, ¿verdad?

Gaus esbozó una sonrisa a modo de respuesta.

—Entonces... ¿qué pretende?

—Es de los sabios convertir los defectos en virtudes y son nuestras palabras las que escriben la historia. Estas tierras pueden recordar a Betunia como la reina que tuvo que renunciar a su reino para proteger a su heredero, el fruto de su alianza con Arkan. El hijo de un héroe que murió por su pueblo y que antes de partir hacia la batalla le pidió que protegiese a su descendencia. Así quedará escrito y así lo recordarán nuestros descendientes.

—Y entiendo que ofrecer esta interpretación de la historia tiene un precio, ¿no es cierto?

El rostro del decano rebosaba de satisfacción.

—Fui consejero de su padre durante más de diez equinoccios y he procurado por Tartessos desde mi posición de decano desde su alianza con Arkan. Este reino está en deuda conmigo.

—No me haga perder el tiempo, decano. Dígame qué quiere —se impacientó Betunia.

—Tengo a cinco anunciadores preparados para partir a caballo a diferentes aldeas del reino para advertirles la muerte de Arkan y la inminente llegada de las tropas cartaginesas. Se me ocurre que puedo redactar una disposición ahora mismo para que circule por todo Tartessos, anunciando también que las entrañas de nuestra reina albergan al heredero de nuestro pueblo y que el Gran Senado ha procurado su huida para protegerlo. A cambio de este amparo, vería bien honrados mis servicios a este reino con dos talegas de oro y un espacio para mí en uno de esos carros.

Betunia restó en silencio, sopesando la propuesta. Para su pueblo, la fuga sería vista como tal tanto si marchaban de Tartessos al alba como cobardes como si lo hacían para salvaguardar un legado de estirpe; aunque era cierto que la propuesta de Gaus le otorgaba mucho más decoro a su huida. Sin mediar palabra, se dirigió hacia una arqueta de cobre adornada con pedrería que reposaba a los pies de su lecho y la abrió. De su interior extrajo dos hatillos de yute y se los entregó al decano.

—Aquí tiene su oro —dijo con actitud indolente—. Esmérese en redactar esa disposición.

Capítulo 28

Faltaba poco para el nacimiento de un nuevo sol cuando la lluvia hizo acto de presencia en los territorios costeros. Parecía como si los Dioses quisieran limpiar la sangre derramada en las inmediaciones de la playa, donde poco antes todo era horror. La fina cortina de lluvia se convirtió de pronto en un aguacero y los relámpagos que arrojaba el manto oscuro de la noche ayudaban a guiar el camino de Terón.

Sus rodillas estaban laceradas y los diferentes cortes que presentaba su cuerpo le quemaban. Aunque no era su estado físico lo que más escocía al curtidor. Lo había perdido todo en muy poco tiempo. Su familia, su hogar y ahora su tierra; la huida desesperada a ninguna parte para salvar su pellejo era ahora su único propósito, aunque sus arrestos le invitaban a abandonarse a la muerte.

El camino que se abría desde la costa hasta septentrión, una vez superado el terreno donde antes había el segundo cinturón, era especialmente fangoso y los efectos de la lluvia dificultaban su paso. El maremoto había cambiado por completo la hidrografía del segundo cinturón y lo que antes había sido una planicie árida repleta de trigales y grandes extensiones de matas de lavanda, era ahora una marisma acariciada por el río y la marea.

Con sus cubrepíes envueltos en barro, su andar requería de un mayor esfuerzo y Terón no tardó en desfallecer. Estaba herido, no había dormido y la tensión de la última noche lo acabó de vencer definitivamente. Se encaramó a un pequeño montículo y se sentó junto a la cepa de una encina. Luego hundió su cabeza entre sus piernas y se echó a llorar.

Fue un llanto liberado, sincero y espontáneo como el de un infante; un mar de lágrimas que se había resistido a aflorar desde la muerte de Túria. La rabia contenida emergía en forma de gritos lastimeros tras cada sollozo y sus puños prietos se engarzaban entre su melena. Pese a que el calor del sueño le invitaba a dormir, el frío del viento y la lluvia le puso en pie de nuevo.

Tras andar una distancia de unos diez estadios, se detuvo al percibir la silueta de una construcción tras el fogonazo de un rayo cercano. Se acercó hasta ella y comprobó que era un chamizo de madera de dimensiones considerables, una construcción muy diferente a las habituales chozas de su aldea. El color anaranjado que podía verse a través del resquicio de una ventana y el olor a leña quemada le invitaron a pensar que el morador de esa casa podría darle cobijo, comida y ropa seca.

Golpeó la puerta un par de veces y esperó. Poco después pudo escuchar con claridad unos pasos arrastrados de alguien que se dirigía hacia la entrada.

—¿Quién vive? —se escuchó la voz agria de una mujer.

—Vengo de la costa. Estoy herido y empapado, preciso de refugio hasta que salga el sol o arree esta lluvia.

—¿Qué hace por estos terruños un aldeano de la costa? —siguió preguntando la mujer, quien parecía reacia a dejarle entrar.

—Han invadido Tartessos, mujer. Han entrado con sus barcos por la playa...

La imagen de la batalla y el sonido de los desgarradores gritos de sus coterráneos punzaron las sienes de Terón, quien golpeó de nuevo la puerta con insistencia.

—Te lo ruego. No es mi propósito turbarte, sólo necesito descansar un poco y guarecer mis

heridas.

La mujer no dijo nada más. Luego se escuchó la apertura de una aldaba y la puerta se abrió. Tras ella, y gracias a la lumbre que prendía en un horno doméstico, pudo distinguir la imagen de una mujer de pelo oscuro. Un gruñido como toda invitación le sirvió a Terón para entrar en ese lar.

A pesar de que la vivienda era tres o cuatro veces más grande que la choza que había sido su morada hasta hacia pocas jornadas, las dependencias eran bastante austeras; junto al fuego había una cepa que parecía hacer las veces de asiento y a los lados, distribuidos en varias baldas, pendían diferentes útiles de cocina. Lo demás, una pequeña mesa en el centro y un humilde camastro junto a la ventana, eran todos los enseres que había en esa morada. Eran tan pocos los útiles que la estancia parecía incluso más grande.

—Tengo un puchero de gallina y garbanzos en el fuego. ¿Te apetece tomar un cuenco?

La voz de la mujer era ahora mucho más dulce. Terón se acercó a ella y tomó sus manos en señal de agradecimiento.

—Te estoy muy agradecido, mujer. Los Dioses nos están castigando con una buena lluvia.

La mujer dibujó una mueca parecida a una sonrisa y se acercó a la lumbre para llenar un cuenco con sopa. Terón la observó en silencio desde la puerta. Era más joven de lo que le había parecido apreciar cuando entró. Su pelo era largo y moreno, aunque lo llevaba recogido con una especie de moño alto sujetado por dos fustes cruzados, pero fueron sus vestiduras las que le llamaron poderosamente su atención. Iba vestida con una túnica de lino de color tostado, atada a la cintura con un ceñidor acenefado y sus pies estaban cubiertos por unas alpargatas encintadas hasta media pierna. Cuando la mujer se acercó a él sosteniendo el cuenco de sopa con ambas manos, le pareció ver la imagen de una diosa. Llevaba los párpados pintados de verde y sus comisuras adornadas con una pincelada que avellanaba sus ojos pardos. Su nariz, recta y bien perfilada le atribuían un aire exótico que llamó la atención del curtidor.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —dijo Terón para romper el hielo tras beber del cuenco.

—Creía que el forastero eras tú —respondió ella.

—Me llamo Terón.

—Has dicho que habían invadido Tartessos ¿Qué ha ocurrido?

Terón se apresuró a beber la sopa hasta vaciar el cuenco antes de responder a la mujer.

—¿No te has enterado? Los magónidas entraron en la península por Malaka y Arkan está con sus tropas en las montañas para interceptarles el paso, pero esta noche ha entrado otro contingente por la costa. Hemos tratado de repeler su entrada pero nos han vencido en batalla...

—Llevas guardas pero no pareces un soldado.

—Trabajo las pieles, ese es mi oficio. O lo era...

A tenor de su reacción, no parecía muy preocupada por los acontecimientos que acababa de explicarle, más bien se mostraba indiferente, de modo que cambió el rumbo de la conversación.

—No me has dicho tu nombre.

La mujer le retiró el cuenco de entre las manos y se acercó al puchero para llenarlo un poco más. La luz del fuego dejó entrever bajo la túnica la silueta de un hermoso cuerpo. Terón estaba fascinado con las formas de esa criatura.

—Me llamo Mitiet.

—Bonito nombre. ¿Eres de aquí?

Mitiet parecía reticente a hablar con un extraño en plena noche y rehuía hacerlo más de la cuenta. Sin embargo, amparada por los ojos sinceros de Terón, ofreció una tregua a su hermetismo.

—Procedo de Kémet, la tierra de los faraones, al otro lado de las columnas de Heracles.

—Cuentan los mercaderes que Kémet es una tierra muy bella y fértil como ninguna.

Mitiet esbozó una sonrisa como toda respuesta y Terón comprendió que la mujer no estaba dispuesta a hablar mucho más, de modo que sorbió las últimas gotas de la sopa y se sentó en una esquina.

—¿Te importa si yazgo hasta el amanecer?

Ella asintió y le mostró una esterilla enrollada de cáñamo que se apoyaba junto a la pared.

—Prometo partir antes de la salida del sol —añadió Terón, quien parecía sentirse incómodo por la poca conversación que le ofrecía su anfitriona.

El curtidor desenrolló la esterilla de cáñamo y la extendió para tumbarse. Sus párpados se cerraban definitivamente cuando Mitiet se decidió a hablar.

—Has dicho que eras curtidor, ¿verdad?

—Así es —afirmó sin perder la postura.

—¿Y tienes familia? —siguió preguntando ella.

Si instantes antes se había sentido incómodo con la parquedad de palabras de esa mujer, ahora se sentía aún más. No le apetecía explicar sus miserias a una desconocida, aunque pensó que eso mismo era lo que antes le había incomodado de esa mujer. Se incorporó y tras frotarse los ojos para despejar su somnolencia contestó:

—Ya no tengo familia. Mi hija murió a principios del equinoccio por culpa de las fiebres y mi mujer... —Terón hizo una pausa—... a mi mujer se la tragó el mar el día de la gran ola.

Era la primera vez que su cabeza había decidido dar descanso a sus esperanzas de encontrar a Farada con vida. Sintió un alivio por ello, pero a la vez le embargó una gran pena que le encogió el corazón. La huida de Tartessos era el paso definitivo para iniciar su duelo.

—Lamento tu mala ventura, Terón. No era mi intención remover tus recuerdos.

—Lo has hecho, mujer, aunque si te he de ser sincero, te estoy agradecido por ello.

Mitiet hizo una mueca de extrañeza.

—¿Y tú? —siguió diciendo Terón—. ¿Tú tienes familia?

—Mi familia... —soltó un respingo—. Créeme, curtidor, mi vida es más triste que la tuya.

Capítulo 29

En el interior del palacio, los sirvientes corrían de un lado a otro transportando fardos y preparando viandas para el viaje mientras los guardianes ensillaban todos los caballos disponibles. Mientras, el Gran Senado se reunía al alba en sesión extraordinaria según petición expresa del decano, quien había hecho poner en pie a todos los senadores antes de reunirse con la reina. Todos ellos, ataviados con sus túnicas, esperaban nerviosos en la sala de plenos fabulando mil conjeturas.

Finalmente, la puerta se abrió y tras ella apareció Gaus, quien con un rápido gesto con su mano ordenó al resto de sabios que tomaran asiento. Él hizo lo propio y se acomodó en su sillón antes de tomar la palabra.

—Senadores... —Gaus tosió para aclarar su voz antes de empezar su discurso—. Trataré de ser breve puesto que el tiempo apremia. Debo comunicarles que he estado hablando con la reina durante toda la noche para abordar el estado de asedio que está sufriendo nuestro reino. Tras la muerte de Arkan, las tropas magónidas atraviesan en estos momentos las montañas que conducen a nuestras tierras y no tardarán demasiado en llegar a las murallas de Tarsis. Además, todo indica que las fuerzas civiles de la costa no han podido contener la entrada de varios centenares de enemigos. Tartessos está perdida.

—La población está huyendo de Tarsis y las calles están desiertas. Todo el mundo está partiendo hacia el interior de la península —añadió Jaudé—. Hay que hacerse fuerte y cerrar la muralla y defendernos hasta que...

—¿No ha escuchado mis palabras, Jaudé? Estamos derrotados. Apenas tenemos soldados y guardianes. Debemos aceptar la derrota y permitir la entrada de los magónidas. Cualquier acto bélico para impedirlo podría ser peor.

—¿Y nosotros? ¿Qué va a ser de nosotros? —le inquirió.

Tras la pregunta de Jaudé, Gaus evitó mostrar su satisfacción. Había llegado el momento que había estado esperando durante toda la noche. Se levantó del sillón y deambuló, como en él era habitual, por toda la sala antes de seguir con su discurso.

—Aunque estamos en una situación crítica, debo compartir con ustedes una buena nueva... —hizo una pausa—. El vientre de nuestra reina alberga al heredero del reino de Tartessos.

Un murmullo generalizado interrumpió el discurso del decano, quien se aclaró la voz de nuevo antes de proseguir.

—Senadores... Arkan, el hombre que dio su vida para defender nuestra tierra nos ha dejado el mejor legado.

—Debemos proteger la vida de ese infante —prorrumpió un senador, levantándose de su asiento.

Gaus pidió calma. Su plan seguía su curso.

—Sabias palabras. Como miembros de gobierno de este reino, es nuestra responsabilidad preservar el linaje de los Dioses y así me lo ha recordado la reina. Nos ha pedido un sacrificio y debemos ser dignos de cumplir con los deseos de nuestra regente.

—¿A qué tipo de sacrificio se refiere? —se interpuso Jaudé, quien empezaba a sospechar de

los intereses particulares del decano.

—Los magónidas no tardarán en llegar a Tarsis y, cuando lo hagan, la tomarán sin demasiadas dificultades. Destruirán este palacio, nuestras leyes escritas y nuestros tratados.

—Debemos proteger a nuestra reina y a nuestra historia escrita. No podemos permitir que esos salvajes destruyan nuestra memoria —clamó otro senador.

—¡Cierto!, por eso debemos sacrificarnos por nuestro reino. Es nuestro deber poner a buen recaudo todos nuestros preceptos y nuestra sabiduría, el mundo debe saber que un día hubo un gran reino llamado Tartessos, una tierra heredada de los Dioses. Aunque nuestras conciencias nos dicten que debemos permanecer en Tartessos, es nuestra obligación como jerifaltes de nuestro pueblo viajar por el mundo para que nadie se olvide de nosotros.

Como solía ocurrir siempre que Gaus hacía alguna propuesta legislativa o adoptaba alguna decisión comprometida, los miembros del Gran Senado se enzarzaron en un intercambio de pareceres. A diferencia de otras ocasiones, Jaudé parecía estar de acuerdo con la pávida propuesta del decano. Éste tuvo que pedir al resto de senadores que silenciasen sus voces para proseguir con su discurso.

—Pido silencio, senadores.

—Pero, decano... —Se levantó Radam, uno de los sabios—. Si la reina huye y nosotros también lo hacemos, no habrá ninguna autoridad en Tarsis cuando llegue Magón.

—Tiene razón, Radam. Repito que son nuestras conciencias las que deben ayudarnos a tomar una decisión. Estoy seguro que está comprometido con nuestro reino y si su conciencia le dicta quedarse en palacio no me opondré. Es más, querido Radam, su salud es frágil y sus piernas ya no le acompañan. Este Gran Senado entiende que su estado físico le impide emprender un gran viaje y por ese motivo puede serle más útil al reino quedarse en el palacio.

Radam hizo un conato de replicar a Gaus, pero éste le interrumpió.

—Querido Radam, estoy convencido de que con sus magníficas artes diplomáticas le será muy fácil tratar con Magón. Los cartagineses son gentes instruidas y sabrán otorgarle un buen lugar en su gobierno.

—¿A quién pretende engañar, Gaus? —intervino Jaudé—. No huimos para salvaguardar la historia, huimos para que Magón no nos decapite en cuanto entre en palacio. Déjese de fárragos y haga lo que crea conveniente. ¿Quiere huir? Huya y nosotros haremos lo que nuestras conciencias nos dicten.

—Barrunte lo que usted quiera, Jaudé. Ahora mismo me trae sin cuidado su obcecación hacia mi persona. Todo el mundo sabe que se opone a todos mis pareceres porque quiere ocupar el cargo de decano. Yo partiré con la reina antes de que el sol esté sobre las montañas y cederé mi cargo de decano a quien decida quedarse en Tarsis. ¿Se quedará usted, querido Jaudé? De lo contrario, propongo que al concluir esta asamblea Radam sea el nuevo decano.

Esta vez no hubo murmullos. Todos eran conscientes de que Gaus quería huir y que para sanear su conciencia invitaba al resto de senadores a hacer lo mismo. Podría ser cierto que Magón otorgase un cargo de jerifalte al máximo cargo del gobierno anterior, pero también podría ser la primera cabeza en rodar. Pocos de ellos estaban dispuestos a quedarse en Tarsis para averiguar lo que acaecería, excepto Radam, quien parecía convencido de poder seducir a Magón.

—Yo permaneceré en Tarsis y si los miembros de este senado consideran que mis aptitudes son merecedoras de representar a Tartessos, estaré honrado de aceptar esa virtud.

Dicen que la cobardía es una de las principales virtudes de los sabios, y los que gobernaban Tarsis ejercieron esa virtud y decidieron partir para salvaguardar la historia, las leyes y su propio

pellejo. El viejo Radam se convertía en ese momento en el máximo jerifalte de Tartessos.

Capítulo 30

Cuando el sol anunció su llegada a través de las rendijas de la ventana del chamizo, Terón apenas había descansado un par de horas en la triste esterilla de cáñamo. Sus desvelos habían ganado la batalla al cansancio y su tiempo de sueño se había limitado a un breve duermevela. Se sentía magullado, le escocían las heridas y le dolía la cabeza, como si la noche anterior se hubiese embriagado con las dulces mieles de la uva. Tras desperezar sus músculos se incorporó y buscó con la mirada a la intrigante Mitiet.

La mujer estaba azuzando las brasas y esparciendo sarmientos sobre las ascuas para hacer un fuego nuevo. Llevaba puesta otra túnica, más larga y de un color un poco más parduzco que el de la noche anterior y una cinta de cuero le ceñía la cintura. A la luz del día su figura parecía más esbelta y sus curvas más pronunciadas. Su pelo, ahora sin recoger, caía por su espalda hasta la cintura. Terón se mantuvo callado, contemplando con fascinación la perfección de ese cuerpo.

Tras soplar varias veces, las resinas de los sarmientos crepitaron y las llamas de la nueva hoguera se enfilaron hasta prender las ramas más gruesas. Mitiet se incorporó y dirigió su mirada hacia Terón.

—¿Has dormido bien?

Terón paseó sus manos por detrás del cuello y ladeó la cabeza tratando de desentumecer los músculos. Pese a sentirse molido, contestó con una mentira de cordialidad.

—Sí, he podido descansar un poco. Ya no llueve, ¿verdad? —dijo mientras miraba por la ventana.

Mitiet siguió con sus quehaceres y ahora partía unas zanahorias que lanzaba sin demasiados miramientos al interior de una marmita. Mientras, Terón enrollaba la esterilla observando de soslayo los movimientos de esa figura celestial. Se preguntaba si esa mujer viviría sola en esa cabaña o estaría en convivencia con algún hombre. Sólo había un camastro individual y en el resto de la estancia no había prendas grandes ni útiles de hombre, salvo una azada de pequeñas dimensiones que bien podría ser manejada por una mujer, aunque fuera una de figura tan frágil como la de Mitiet. De hecho, si en esa casa moraba algún hombre, hacía tiempo que estaba ausente.

—¿Vives sola? —se atrevió a preguntar al fin.

—Sí —dijo como toda respuesta y sin levantar la cabeza.

—Se está levantando el día y debo partir —dijo Terón mientras colocaba la esterilla en un rincón—. Verás..., me gustaría agradecer tu ayuda pero no tengo nada que ofrecerte, sólo mis manos.

Mitiet levantó la vista por unos instantes y luego se encogió de hombros. Terón levantó levemente su mano a modo de saludo y abrió la puerta.

—¿No piensas huir? —dijo él antes de salir—. Los magónidas han entrado en Tartessos.

—Huir... He huido toda mi vida y esta vez no lo voy a hacer. Buena ventura tengas.

Terón hizo un amago de salir definitivamente, cerró la puerta y desanduvo sus pasos. Luego se sentó en la bancada.

—No me parece bien dejarte aquí. Corres peligro.

—¿Qué le ocurren a tus entendederas, Terón? Te he dicho que no pienso marcharme de aquí.

—¿Por qué?! —exclamó Terón—. No eres de aquí, ¿qué te ata a estas tierras? Vives sola en una tierra yerma, a muchos estadios de la primera aldea.

Por primera vez desde su llegada a esa casa, la férrea compostura de Mitiet se quebró y un manto de lágrimas contenidas empañó sus ojos. Terón se acercó hasta ella y posó una mano en su hombro.

—Esta vez he sido yo quien ha removido tus recuerdos.

—Mis recuerdos conviven conmigo —dijo ella a la vez que cogía una nueva zanahoria y la partía en varios trozos—. No turbes tu conciencia...

—¿De qué huyes? ¿De quién? —se interesó Terón acariciando con afecto el brazo de Mitiet.

Los párpados de la mujer dejaron de sostener el manto de lágrimas y éstas resbalaron por sus mejillas. La amargura se reflejaba en esos hechizantes ojos oscuros y Terón estaba dispuesto a encomendar su vida a los Dioses a cambio de aplacar la angustia que atormentaba a aquella mujer.

—No partiré si tú no me acompañas —le susurró Terón.

Mitiet frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No hay tiempo que perder, mujer. ¿Qué te impide huir?

La insistencia de Terón acabó por desesperar a Mitiet, quien dejó a un lado el manojito de zanahorias para sentarse junto a él y empezó a explicar su historia con voz entrecortada.

—Llegué a Tartessos hace cuatro equinoccios en una expedición de mercaderes. Mi padre había convenido con Argantonio de que me acogerían en Tarsis para protegerme de la ira de Cambises, el rey de Persia. Mi llegada fue muy plácida y fui recibida con honores. Me instalé en el palacio durante un tiempo y allí conocí a un guerrero de las tropas tartesias con el que entablé una bonita relación. Durante un equinoccio me estuvo cortejando e incluso me propuso ser la madre de sus hijos.

—Pero... ¿por qué huías del rey de Persia?

—Es una larga historia llena de traiciones —empezó a decir Mitiet con un halo de tristeza dibujado en su rostro.

—Traiciones a muy alto nivel, por lo que narras...

Mitiet asintió.

—Mi padre era un guerrero de alto rango y estuvo luchando por mi país en Cirene durante el reinado del faraón Apries. La expedición había sido un fracaso y las tropas atribuyeron la derrota a una traición del propio faraón. Eso provocó una grave revuelta que acabó con la caída del propio Apries, quien tuvo que exiliarse a Persia para salvar su vida.

—¿Y eso que tiene que ver con tu padre? —se interesó Terón.

—El ejército se dividió entre los guerreros nativos y los mercenarios afectos al antiguo faraón y mi padre fue proclamado faraón por aclamación popular de los rebeldes.

—Entonces..., tú eres una princesa —exclamó Terón al conocer el linaje de ese ser celestial.

Mitiet esbozó una agria sonrisa y luego prosiguió con sus explicaciones.

—Apries llegó a Persia cargado de oro y llenó de dádivas a Cambises, ganándose su favor y su confianza. El rey persa es alguien muy temido y desde hace tiempo se dice que pretende invadir nuestras tierras y usurpar nuestro reino, así que mi padre consiguió llegar a un acuerdo con él para que respetase Kémet.

El ánimo de Mitiet se derrumbó de nuevo y un mar de lágrimas emborronó las pinturas de sus ojos. Aunque todo su cuerpo destilaba sufrimiento, parecía que esa mujer necesitaba explicar toda su historia. Terón trató de tranquilizarla y le ofreció un cuenco de agua.

—Influenciado por Apries, Cambises accedió a no invadir nuestras tierras a cambio de un concubinato.

Terón frunció el ceño. No había entendido esa palabra.

—Apíadate de mi ignorancia —balbuceó Terón—. ¿Qué es un concubinato?

—Terón, Cambises le pidió a mi padre que yo fuese suya a cambio de no invadir Kémet.

—¿Cómo? ¿Le pidió a tu padre que fueses esclava del rey persa?

—Los persas conviven con muchas mujeres y hacen uso de ellas como esclavas. Eso era lo que me deparaba el destino —concluyó Mitiet.

—Y entonces huiste...

—No de inmediato. Mi padre, convencido de que ese malogro era una venganza del antiguo faraón Apries, urdió un plan terrible. Le envió a Cambises a la princesa Nitetis, hija del propio Apries haciéndole creer que era yo. Eso enfureció al rey persa y, cómo no, al propio Apries, que volvió a Kémet para asesinar a mi padre y recuperar el trono.

Mitiet sorbió agua del cuenco. Ahora parecía un poco más serena, aunque Terón sospechaba que la terrible historia que contaba esa mujer no había acabado todavía.

—Cuando Apries llegó a Kémet intentó agitar a una parte del ejército para matar a mi padre, pero las tropas se mantuvieron fieles y Apries acabó siendo asesinado con escarnio público por los guerreros afines a mi padre.

—Es una historia terrible —pudo decir Terón.

—Eso sólo fue el principio de mi calvario —apuntó Mitiet con pesar—. Cambises se enfureció y juró vengar la muerte de su adicto e invadir Kémet. Fue entonces cuando mi padre decidió alejarme del conflicto.

Terón tenía delante a una auténtica princesa, a la heredera de un faraón y ese linaje la hacía más bella y más atractiva; pero se preguntaba cómo había ido a parar a ese chamizo, completamente sola.

—Si tu padre había convenido con nuestro rey tu asilo en Tartessos, ¿cómo has venido a parar a esta casucha? ¿Qué ocurrió con ese soldado que conociste en Tarsis?

—Esta es la segunda parte de mi historia, Terón; y si cabe, más triste que mi marcha de Kémet... Ese guerrero se adueñó de mi corazón y creía que podría empezar una vida plena en Tarsis, pero entonces apareció Betunia y le pidió a su padre contraer alianza con ese joven guerrero.

—¡Arkan! —exclamó Terón—. Ese guerrero era Arkan.

Mitiet ofreció ahora una sonrisa mustia.

—Argantonio le ofreció a Arkan la jerarquía de las tropas de Tartessos y la dote de su hija. Demasiada miel para un hombre de casta menor... Pero eso no fue lo peor, tras la muerte de Argantonio, Betunia conoció de mi pasado afectivo con Arkan y repudió mi linaje y me expulsó de Tarsis, jurando que si volvía a verme ordenaría que me degollasen.

Una enorme sensación de ternura se apoderó de Terón, quien no pudo evitar compadecerse de esa ánima torturada. La ventura no la había acompañado y entendía su poco interés por huir de los magónidas. Recordó ese día, que vencido en un recodo, también quiso dejarse vencer, hastiado de su mala estrella. Acarició la mejilla a Mitiet y sintió que delante de él tenía a una alma gemela que le necesitaba.

—Poco puede ofrecerte este pobre curtidor, salvo un hombro al que apoyarse. Aunque apenas nos conozcamos, mi conciencia me impide dejarte sola en mitad de las marismas. Los hombres huimos cuando anhelamos una vida mejor y ese es mi propósito, asentarme en una nueva tierra y

olvidar mi pasado. Tú puedes hacer lo mismo, Mitiet. ¿Acaso no anhelas una vida mejor? No es una huida, es un viaje en busca de una nueva vida.

—Aléjate de mí, Terón. No soy buena compañía —musitó—. Allá a donde voy siembro la desgracia.

—No digas eso —le recriminó Terón—. Busca una nueva vida, tu dicha está ahí fuera.

—No lo entiendes. Mis miserias no acabaron en Tarsis. Llegué a este pantanal y la ventura me ofreció una nueva vida, una vida plena y feliz y luego...

Mitiet ahogó el llanto y se cubrió la cara mientras a Terón se le encogía el corazón una vez más. Tras tragar la amargura, la mujer continuó explicando sus fatalidades.

—Llegué a este chamizo una noche de lluvia, empapada, hambrienta y muerta de frío. Los hombres de Betunia me abandonaron en mitad del bosque, lejos de Tarsis, para alejarme de Arkan. Aquí moraba un artesano de la madera con su hija y ellos me acogieron como hoy lo he hecho contigo.

Terón volvió a reconocer el interior de la estancia pero no reconoció enser alguno que evidenciara que ahí habitaba un hombre y una niña. Ella comprendió la confusión de su huésped.

—Ellos murieron hace un tiempo —confesó con voz entrecortada—. Las fiebres se los llevaron, primero a él y luego a la pequeña Cloris.

Capítulo 31

En Tarsis, el sol se encaramaba ya por completo, palidecido por un espeso manto de nubes blancas mecidas por el viento del sur que presagiaban un día exento de lluvia. Las calles estaban desiertas, ese día los mercaderes no habían extendido sus esterillas en las plazas del mercado como de costumbre y en las afueras de la muralla sólo podían verse algunas familias que empacaban sus principales enseres para emprender rumbo a septentrión. La capital se había convertido en una ciudad fantasma, lista para ser tomada por los invasores.

En los patios del palacio, dos carros estaban preparados también para partir. El primero, cargado de enseres y comida para un par de semanas, estaba conducido por un par de guardianes. En una segunda cochera de dos caballos, resguardados bajo un tendal, viajaba Betunia, acompañada de Plea y Gaus, con Sostrate sentado en la silla del carromato haciendo de patrón de cabalgadura.

La reina había ofrecido un breve parlamento ante sus sirvientes y les había otorgado la libertad una vez hubiese abandonado el palacio. Fue un discurso emotivo y conciliador en el que la regente mostró su lado más magnánimo, alejándose de su acrimonia habitual. Además, había entregado a cada uno de ellos dos piezas de plata y algunas alhajas. Antes de despedirse había manifestado que las riquezas eran para las gentes de Tartessos y no para sus invasores. Su comparecencia había concluido con una cerrada ovación de la gente de palacio.

Tras el pórtico de las caballerizas apareció la figura de Mendín, quien se dirigía hacia el carro a paso rápido cargado con una pequeña saca. Gaus frunció el ceño al verle aparecer.

—¿No he sido informado de que el boticario iba a viajar con nosotros? Los caballos no tendrán suficiente tiro para tanto pasaje.

—Le recuerdo que no rindo cuentas de mis decisiones con nadie, Gaus. Es disposición mía que el boticario nos acompañe —replicó Betunia con acritud—, ¿o acaso ha olvidado que mi estado requiere de cuidados médicos? Partimos para protegerme, ¿lo recuerda? —añadió paseando su mano alrededor de su vientre.

Gaus ensombreció su semblante y emitió un gruñido apagado de disconformidad, luego se dirigió a Mendín con aspereza:

—Boticario, tú viajarás en el carro de los bártulos.

—No me gusta este hombre —le susurró Sostrate a Betunia.

En las estribaciones de lo que había sido el segundo cinturón, Terón había conseguido convencer a Mitiet para que huyese con él antes de la inminente entrada de los invasores. Para el curtidor, esa princesa de las tierras de los faraones era un alma gemela al que el destino había torturado al igual que él, además, se sentía en deuda con ella por haberle ofrecido un techo y un cuenco de sopa caliente. Él se había sentido vencido por las fatalidades pero había sido su reniego a los Dioses el punto de inflexión que necesitaba para recuperar la ilusión por vivir. Además, un aliciente acababa de colmar sus renovados ánimos, la atracción que sentía por esa desconocida de ojos pintados.

Su corazón aún seguía quebrado por la ausencia de Farada y echaba de menos sus arrumacos y también sus cuitas, pero él era un hombre y necesitaba una mujer en su vida para satisfacerle la panza y darle descendencia. Él siempre había deseado el engendro de un varón, esculpido a su imagen y semejanza, pero Farada había quedado yerma tras el nacimiento de Túria y esa carencia había sido siempre la piedra afilada que había sesgado su convivencia. Ahora observaba a esa princesa de la tierra de los faraones y veía en ella la madre de ese esperado infante.

Cargados ambos con un fardo a la espalda, partieron cuando el sol llegaba a su apogeo. La mujer había reunido unas cuantas ropas, varias piezas de fruta y un par de esterillas de cáñamo, renunciando a otros útiles para hacer más liviano el trayecto. Terón había oído hablar de un asentamiento agrícola llamado Budua, un territorio fértil situado al norte, en una meseta bañada por un gran río y custodiada por dos colinas que protegían las cosechas de las ventiscas y ese pretendía ser su destino.

A mediodía se detuvieron junto al río y allí refrescaron sus pies y avituallaron sus calabazas con agua fresca. Aprovecharon para satisfacer sus panzas, huérfanas de viandas desde la noche anterior y echarse a la sombra de un poderoso castaño. El rostro de Mitiet evidenciaba tristeza, quizá por ese continuo desarraigo que le había acompañado durante una buena parte de su vida. Ahora emprendía un rumbo nuevo, una nueva huída a ninguna parte con un desconocido que tampoco llevaba la estrella de la ventura en sus talones.

—No te arrepientas, más allá de esas colinas nos espera una vida mejor —trató de insuflarle ánimos el bueno de Terón.

Mitiet torció una sonrisa de cortesía como toda respuesta. Echó su cabeza atrás y cerró los ojos, dejando que la brisa acunara su pelo mientras trataba de imaginar esa vida mejor.

—Construiremos una morada en un lugar tranquilo y cosecharemos nuestra propia huerta, tendremos nuestras propias bestias y podemos formar una familia —propuso un Terón ilusionado—. Un vecino me habló de esas tierras y de la bondad de sus gentes. Podemos morar cerca de un río que...

—No sigas, Terón —le interrumpió ella—. No acaecerá todo eso que prometes. Concedí a acompañarte en este viaje porque nada me unía ya a Tartessos, pero hace tiempo que mi vida dejó de tener esperanzas. ¿No lo entiendes? Los Dioses me maldijeron y allí a donde voy me persigue la mala ventura.

Las palabras de Mitiet entristecieron a Terón, quien quizá sí necesitaba creer en un futuro próspero y feliz, aunque comprendía el hastío a ilusionarse de su compañera de viaje.

Aunque el paso natural hacia las colinas era el que trazaba el río Odiel, antes de confluir con el río Rojo, ambos viajeros siguieron su camino por una zona boscosa, cobijándose así del poderío del sol y acortando el camino a las colinas por la ruta oriental. Terón había calculado que si conseguían llegar hasta las colinas antes del ocaso, podrían hacer noche en alguna de sus grutas y emprender de nuevo el viaje con el nuevo sol.

A medida que recorrían camino, a Mitiet le costaba cada vez más seguir el paso ágil de su acompañante, más habituado a transitar por terrenos boscosos, de modo que éste se ofreció a cargar con su hatillo de viaje para aliviar el peso. Entonces ella, despojada de carga bromeó con él.

—Aligera el paso, curtidor —dijo riendo—. A ver si eres capaz de atraparme.

La mujer se puso a correr y Terón aceptó el reto con una sonrisa de complicidad. Era la primera vez desde que la conocía que su cara le regalaba una mueca amable y desenfadada y eso la hacía, si cabe, más bella y deseable. Como dos infantes traviosos correataron entre risas

durante algo más de medio estadio hasta que el pie de Mitiet tropezó con el saliente de la raíz de un pino.

—¿Te encuentras bien? —se interesó él.

—Me duele —dijo entre dientes—, se me ha doblado el pie por completo.

Terón le ayudó a levantarse y le ofreció su hombro a modo de arrimo. Los ostensibles gestos de dolor de Mitiet al apoyar el pie en el suelo invitaban a detener la marcha.

—Te lo advertí, mi vida es una calamidad...

Capítulo 32

Llegar a la falda de las colinas antes del anochecer parecía ya un cometido imposible. Terón había improvisado un báculo para Mitiet, pero el renqueo de su acompañante de viaje y sus continuos gestos de dolor aventuraban un trayecto lento y tortuoso. Además, el sol ardía sobre sus cabezas y sus calabazas empezaban a escasear de agua, y abandonar el camino del bosque para dirigirse de nuevo al río para avituallar sus alcarrazas no parecía una buena idea. Solo las intermitentes ráfagas de viento que se filtraban entre la arboleda mitigaban esa asfixiante sensación de calor.

La espalda de Terón, quien cargaba ahora todos los fardos, empezaba a notar la fatiga. El curtidor se sentía dolorido y agarrotado, sintiendo a cada paso como sus fuerzas expiraban. Se cuestionaba si había sido oportuno emprender un viaje tan largo a plena luz del día, quizá hubiese sido más sensato esperar a la caída del sol para partir. Además, en cierto modo, también se sentía responsable de Mitiet, a quien había convencido a acompañarle pese a sus censuras; a pesar de ello, ella seguía avanzando con la mandíbula prieta.

Al llegar a un claro, observaron que el camino confluía con otro que parecía proceder de Oriente. A juzgar por las heces esparcidas en él y las marcas de roderas, adivinaron que era un paso de cabreros por el que habían transitado recientemente algunos carros, posiblemente procedentes de Tarsis.

A lo lejos, a poco más de tres estadios de distancia, confundidos por la polvareda que el viento seguía levantando, unos caminantes se acercaban a su posición. Era un grupo de unas quince personas, por su apariencia humildes; posiblemente comerciantes de Tarsis, que como ellos, habían decidido buscar ventura en nuevas tierras. A la cabeza de la expedición, un asno tiraba de una carreta de pequeñas dimensiones con los barandales cargados de fardos y tinajas. Más atrás, otro asno soportaba el peso de la monta.

Terón echó mano de su zurrón y rebuscó en su interior. Sin disimular su desencanto, extrajo varias tallas de madera y algunos correajes de cuero.

—Voy a tratar de convencer a esos caminantes de que nos presten un asno. Si siguen la misma dirección que nosotros podríamos conseguir llegar hasta las colinas antes de que anochezca —sugirió Terón, mientras revisaba de nuevo el contenido de su bolsa.

—¿Pretendes convencer a esa gente ofreciéndoles a cambio un par de correas y un par de tallas de madera?

Terón se encogió de hombros. Ese era su propósito, aunque ciertamente, sus enseres poco valor de intercambio tenían.

—Supongo que ha llegado el momento... —dijo Mitiet, a la vez que abría uno de los hatillos que había preparado para el viaje.

De su interior sacó un paquete envuelto en una tela de color azulado. Lo desplegó con sumo cuidado y se lo mostró a Terón.

—Creo que con cualquiera de estas piezas podemos comprarles el asno.

Mitiet sujetaba entre sus manos media docena de alhajas de oro repletas de pedrería. Había un collar con la efigie de la cabeza de halcón de Horus, varios brazaletes con filigranas florales y

otros ornamentos femeninos con grabados en forma de espiga. Terón escogió entre ellos un brazalete ribeteado con una piedra de lapislázuli incrustada en un extremo y ella se lo arrebató casi al instante.

—Cualquier joya excepto esta —repuso ella mientras la guardaba precipitadamente en el fondo de su hatillo.

La comitiva de caminantes estaba cerca ya de su posición y Terón se incorporó para interceptarles. Trataría de convencerles con las correas de cuero. Para las gentes que laboran con rucios siempre les es menester tener correas de repuesto. Pero entonces Mitiet posó en su mano uno de los collares de Horus y asintió para que recurriese a él para negociar.

Terón alzó sus brazos y los movió en lentos aspavientos para detener a los caminantes.

—Hombres de bien —dijo Terón a modo de saludo—. Excusen mi presencia, no pretendo molestarles.

—¿Qué se le ofrece? —repuso el más anciano en actitud cordial.

—Viajo con mi mujer desde la costa, cargados con nuestros pocos enseres. El infortunio ha hecho que su pie se quebrara en el camino. Casi no puede andar —explicó mientras extendía el brazo en dirección a ella, quien yacía en el suelo con el cayado en ristre.

—Tenemos prisa —se excusó el hombre, quien hizo gesto de reemprender la marcha—. Buena ventura tengan.

—Aguarde, es de seguro que podrían ayudarnos —se precipitó a decir señalando al mulo que montaba una mujer joven.

—Lo lamento, necesitamos a las bestias para llegar a nuestro destino...

—Podemos ofrecerles esto a cambio —le interrumpió Terón, mostrándole la carlanca de Harus.

El hombre la tomó entre sus manos y la examinó con detenimiento. Luego se la mostró a un fornido hombre que había a su derecha que también la inspeccionó. Éste esbozó una afeada sonrisa, mostrando las pocas piezas dentales que le quedaban de su malograda dentadura.

—No es suficiente —le inquirió el hombre mientras guardaba el collar en su zurrón—. ¿Qué más puedes ofrecernos?

Terón echó mano de su zurrón y le ofreció las tallas de madera mientras Mitiet escondía tras su espalda el hatillo de las joyas.

El caminante le arrebató ambas piezas de las manos y las examinó con gesto de desprecio. Luego las arrojó en dirección a Terón, impactando una de ellas en su cara. El curtidor enfureció la mirada y se abalanzó hacia su provocador con los puños alzados.

—Templa ese arrebato, aldeano —le detuvo uno de ellos blandiendo un cuchillo de dimensiones considerables que detuvo cerca de su garganta.

—¡Devuélveme la carlanca que os ofrecí si con nosotros no queréis tratar! —le inquirió Terón.

El desdentado explotó en carcajadas y el resto del grupo le siguió con sendos gestos de burla. Luego oscureció su semblante y le azotó repetidamente con una vara de pastoreo.

—Apartaros de nuestro camino si no queréis que os molamos a palos, desgraciados —dijo, dándole otro bastonazo.

Vencidas sus rodillas, Terón cayó de bruces al suelo y se arremolinó como un ovillo mientras el hombre lo apaleaba sin compasión.

—¡Dejadlo estar, por los Dioses! —se interpuso Mitiet—. ¿Acaso os hemos hecho daño alguno?

Varios regueros de sangre serpenteaban por la enharinada cara de Terón, que trataba de

incorporarse cuando acabó la tunda de palos. Presentaba varios cortes en la cabeza y uno más profundo en una de sus cejas que le cegaba la vista y embadurnaba su nariz. Mitiet le ayudó a levantarse y le contuvo la hemorragia con un harapo rasgado de su vestido. Mientras, el grupo de afanadores se alejaba del lugar entre risas y exhibiendo en alto, como si de un trofeo se tratase, la efigie dorada de Horus.

—Soy un despojo de hombre —se lamentó Terón sintiéndose humillado.

—No digas eso. Te has enfrentado a esos malhechores por mí.

—Pero se han llevado tu collar... —sollozó—. No he sido suficientemente hombre para... ¡Maldigo mi vida!

Mitiet se sentó junto a él y le apoyó la cabeza en su regazo, humedeció el harapo con la poca agua que quedaba en su calabaza y limpió sus heridas. Sus miradas no atendían a palabras, quizás eran compasivas, quizás cómplices. Él observaba a ese ángel que en tan poco tiempo había cautivado su corazón y había hecho olvidar su desdicha.

—Lo lamento —volvió a decir él.

—No seas terco. Ninguna joya es más preciada que la vida y tú has arriesgado la tuya por mí.

—¿Incluso el brazalete de la piedra azul? —se interesó Terón.

—En mi pueblo, la piedra azul es un elemento sagrado. Representa la sabiduría y el vínculo del hombre con los Dioses. Sin ella la vida se marchita y la luz se apaga.

Cada vez que alguien mentaba a los Dioses sentía una punzada en su pecho. En poco tiempo su indiferencia se había convertido en rechazo y el rechazo en odio. No comprendía como gentes de diferentes tierras y de culturas avanzadas seguían creyendo en el influjo de esos seres despreciables y, aunque estuvo a punto de reprocharle a ella esa fe misteriosa y absurda, finalmente contuvo su discurso agnóstico y le acarició el pelo.

Capítulo 33

El tiempo se había detenido en el margen de ese camino. El viaje a esa nueva tierra parecía carecer ya de sentido y las prisas por llegar a las colinas antes de anochecer ya no existían. Los arrestos de Terón estaban ahora más quebrados que el tobillo de su acompañante y nada parecía importarle más que esa mirada tierna de la princesa del Kémet que le agasajaba a cuidados sobre su regazo. Mitiet había limpiado su cara y había guarecido sus heridas y, a pesar de que había conseguido contener la hemorragia de la ceja, ahora la aureola del ojo se había hinchado hasta el punto que apenas podía abrirlo.

El sol continuaba castigando sus cabezas y en las calabazas apenas había agua para un par de tragos. Con el alma más dolorida que su cuerpo, Terón no se sentía con fuerzas de levantarse de esa cuneta y Mitiet, rendida una vez más a su mala ventura, tampoco parecía dispuesta a espolpearle para que lo hiciera.

—Deberíamos buscar el cauce del río —dijo Terón, aún siendo consciente de que estaban muy alejados del último arroyo por el que habían pasado.

Mitiet no contestó. Tenía la mirada perdida en algún punto del camino, absorta en su desdicha.

—Debemos continuar, mujer —se decidió, levantándose no sin dificultades—. Volveremos al bosque y seguiremos la senda por la que vinimos hasta llegar al arroyo. Allí llenaremos nuestras...

En ese momento, el crujido de hojarasca pisada a sus espaldas interrumpió las palabras de Terón, quien se giró de inmediato. Era imposible, tuvo que cerrar y abrir sus ojos varias veces para comprobar que lo que estaba viendo era real y no una alucinación producto de los golpes en la sesera. Y era cierto, allí estaba, de nuevo era ella, inconfundible. Apenas les separaban veinte pasos pero la reconoció al instante, iba ataviada con el mismo vestido corto de rafia de color tostado y su cabeza lucía el entramado de sarmientos que figuraban una corona. En sus manos sostenía un ramillete de flores, todas blancas y de tallo largo. Le miraba con sonrisa traviesa, como retándole a seguirla como la otra vez por el bosque.

Terón caminó hacia ella, quien ahora le invitaba a acercarse blandiendo su mano insistentemente para que lo hiciera. Ante la impavidez de Mitiet, Terón se adentró en el bosque y sorteó las ramas bajas hasta llegar a la niña. Se acuclilló delante de ella y la cogió de la mano. Era fría como el hielo.

—¿Qué haces tú aquí, pequeña?

—Estoy recogiendo flores —repuso la pequeña sin más.

—Pero... ¿tú sabes lo lejos que estás de tu casa? —le reprendió Terón—. ¿Acaso te has perdido?

—Ya no tengo casa. Ahora pertenezco al reino de los Dioses —contestó sin apenas inmutarse—, ellos son los que me envían a verte.

La perplejidad se apoderó del rostro de Terón, que trataba de comprender las palabras de la pequeña.

—¿Qué fabulaciones son esas? ¿Has perdido las entendederas?

—Los Dioses me hablan siempre de ti, por eso estás aquí. —le explicó con naturalidad—. Eres

el elegido y pronto te reunirás con ellos, cuando se cumpla su providencia...

—¿Qué providencia? ¿Qué...? —balbuceó Terón.

—Toma, son para Mitiet.

La misteriosa niña le entregó el ramo de flores y tras acariciar nuevamente el pómulo herido de Terón, dio media vuelta y desapareció entre la espesura.

Se quedó unos instantes allí, aún de cuclillas, sin comprender qué hacía esa pequeña en esos parajes y qué significaban sus palabras. Se preguntaba por qué todos le mentaban a los Dioses continuamente y pensó que quizá había menospreciado el poder de esos seres a los que había repudiado. Arqueó su espalda y dirigió su mirada al cielo, esperando quizá que desde allá arriba algo le revelase el significado de las palabras de esa niña. Sólo había un cielo despejado de nubes, todo era calmo, todo era como siempre y no había respuestas.

Apesadumbrado, volvió a la cuneta donde seguía sentada Mitiet con la misma mirada perdida en ningún lugar. Y sólo fue cuando Terón le mostró las flores, cuando salió por fin de su embelesado estado.

—¿De dónde has sacado estas flores?

Mitiet parecía inquieta.

—Me lo ha dado la niña para ti —repuso él.

—¿Qué niña?

—¿No la has visto? —se desesperó Terón—. He estado hablando con ella junto a esos árboles—. Señaló hacia el interior del bosque.

—Creí que habías ido a orinar.

—¡Mujer!, allí había una niña ataviada con un vestido de rafia y una corona hecha con sarmientos. Ella me dio las flores para ti.

Mitiet giró la cabeza en dirección a la espesura y buscó nerviosamente con la mirada, luego disintió y se cubrió la cara con las manos antes de romper a llorar. Terón la observaba asombrado, sin entender a qué obedecían esos llantos. Se sentó junto a ella y le levantó el mentón con gesto cariñoso.

—¿Qué te ocurre?, no entiendo...

—Esa niña que has visto era la pequeña Cloris, la hija del hombre que me acogió en su cabaña —explicó entre sollozos.

—Pero... —balbuceó Terón producto del desconcierto—. Tú me dijiste que habían muerto por las fiebres.

Terón sentía que la cabeza le estallaba. No acababa de comprender ninguno de los últimos acontecimientos y el llanto de Mitiet le torturaba aún más. ¿Era esa niña una aparición? ¿Por qué venía a su encuentro? Intentó borrar ese pensamiento absurdo de su cabeza. No era posible.

—Está muerta, Terón. La enterré yo misma, junto a su padre y cincelé una estela con sus nombres. Llevaba puesto un vestido de rafia de color tostado y yo misma le hice la corona de sarmientos —explicó Mitiet entre sollozos.

—No llores, mujer. Quizá es otra niña, mucha gente de por aquí usa este tipo de vestiduras.

—¡Era ella! —alzó la voz—. ¿No lo entiendes? ¿No ves estas flores? A ella le gustaban las rosas blancas y siempre que podía me acercaba a sus tumbas a dejarles un ramo, un ramo como este.

Aturdido, Terón se frotó la cabeza con ambas manos. Se estremeció al recordar la gelidez de la mano de Cloris, demasiado fría para las temperaturas que castigaban esa tarde de sol. Recordó también que fue esa niña, esa vez en el bosque, quien le hizo coger esa rosa que acabó en manos

de la pequeña Túria; que si no hubiese sido por ese extraño episodio, quizá nunca hubiese podido despedirse de su hija, y que sí pudo hacerlo y con una dádiva que la hizo sonreír por última vez. Ahora el mensaje era parecido y la destinataria de esas flores era la desdichada Mitiet. Intentó imaginar si el significado era tan agorero como lo fue la otra vez y miró a la princesa de la tierra de los faraones con temor a perderla. Volvió a dirigir su mirada al cielo y se dijo: «Ella no, yo os lo imploro, ¡a ella no!».

Capítulo 34

Hacia mediodía, la comitiva de la reina se detuvo en una pequeña aldea de ganaderos y cazadores del norte de Tartessos. Los pobladores de esas tierras, ajenos a lo que estaba sucediendo en el reino, no se percataron de la identidad de la regente ni la de sus acompañantes. Los viajeros aprovecharon la parada para satisfacer sus estómagos, para abreviar las cabalgaduras y reforzar una de las ruedas del carruaje real, que cimbreaba desde su paso por los pedregales del tercer cinturón. Satisfechos sus cometidos, retomaron el polvoriento camino del norte, una ruta natural que habían trazado los comerciantes que trataban habitualmente con los pueblos del interior de la península y los pastores en trashumancia.

Por el camino habían dejado atrás a docenas de familias tartesias, que como ellos, habían decidido emprender camino a septentrión cargados con lo necesario. Nadie levantó cabeza, nadie mostró pleitesía a su paso; algo que, en condiciones normales, habría encendido las iras de Betunia. Ahora prefería marchar sin reverencias ni fanfarrias, escondiendo su anonimato bajo un velo, quizás avergonzada por su cobardía.

Conducido por Sostrate, el carruaje real encabezaba la comitiva, seguido muy de cerca por el carro de los enseres, en el que también viajaba el boticario, que cubierto con una esterilla de cáñamo trataba de resguardarse de la polvareda que levantaba el carro de la reina.

A media tarde, el camino les condujo hasta una zona boscosa, pasaje que agradecieron encontrar por la frondosidad de sus árboles, que procuraban un poco de sombra a sus cabezas castigadas por el sol. Fue allí, cuando Sostrate encontró una cara conocida, alguien que observaba con desdén el paso de la comitiva.

—¡Uooo, caballos, uoooo! —hizo para detener las cabalgaduras.

—¿Qué sucede?, ¿por qué te detienes, Sostrate? —dijo la reina incorporándose hacia adelante.

—Conozco a ese hombre, es amigo mío.

Betunia dirigió su mirada a uno de los márgenes del camino, donde yacía una pareja de aspecto humilde. La mujer estaba de espaldas y, a juzgar por sus ropajes, debería ser una campesina y él, con el torso desnudo, tenía la cara sanguinolenta y amoratada. Soltó un respingo de resignación y aceptó detener la comitiva con el fin de demostrar a Sostrate que entre ellos las distancias de condición se habían acertado.

Sostrate bajó del carruaje y se acercó a atender a su amigo, quien, parco de visión, tardó unos instantes en reconocer al muchacho con el que compartió una noche en su casa unos días antes.

—Terón, amigo. ¿Te encuentras bien? ¿Qué haces tú por estas tierras?

—Es una larga historia, Sostrate. La desventura se ha cebado conmigo últimamente —contestó el curtidor, señalando su ojo con gesto de resignación.

—¿Es tu mujer? —se interesó por Mitiet, quien de soslayo identificó la procedencia de esa comitiva.

Terón contuvo un sí por respuesta y le relató brevemente a Sostrate los acontecimientos de los últimos días. Mitiet, con la cabeza baja dirigió una dura mirada al mozo de cuadras como único saludo.

—Nosotros nos dirigimos también al otro lado de las colinas y, aunque vamos bastante

cargados, supongo que encontraremos un espacio para vosotros —se ofreció Sostrate—. Aguarda unos instantes.

Sostrate se dirigió a Betunia y le puso al corriente de las dificultades de la pareja.

—¿Pretendes que ese par de desarrapados viajen en nuestra comitiva? No hay espacio para nadie en los carros.

—Betunia, te lo ruego. Pueden viajar en el carro de los enseres, la yegua que tira de él es joven y está recién abrevada, seguro que tienen sitio entre los fardos. Además, están heridos y necesitan ser guarecidos.

Tras observar de nuevo a ese par de desdichados y, ante la insistencia de Sostrate, Betunia hizo un gesto de asentimiento. Él se lo agradeció con una leve inclinación y volvió sobre sus pasos para ayudar a los caminantes a levantarse. Fue entonces cuando Betunia reconoció a la mujer que se acababa de incorporar, mas no dijo nada, sólo se limitó a girar la cabeza mientras Terón y Mitiet se acomodaban en el carro de los enseres.

—¿Qué tipo de burla es esta? —dijo Gaus con gesto indignado—. No podemos ir recogiendo a esas gentes, eso entorpecerá nuestro trayecto.

—Gaus, te lo ordeno... No quiero escuchar más sermones, te recuerdo que sigo siendo la reina.

El boticario, al ver el estado en el que estaban ambos caminantes, improvisó una pasta a modo de cataplasma con arcilla húmeda y perejil maseado y lo aplicó en la cabeza de Terón y luego hizo lo mismo con el tobillo de Mitiet, para reducir así ambas hinchazones.

Se reanudó la marcha con los dos nuevos pasajeros y antes de la caída del sol llegaron a un valle en el que se había asentado una reducida comunidad de aldeanos que recibió con indiferencia a la comitiva. Sostrate creyó conveniente hacer una última parada antes de enfilar el sendero de la colina, para abreviar de nuevo a los animales y estirar las piernas.

—Mirad —dijo Mendín señalando hacia el meridión—. Desde aquí puede verse aún Tartessos.

Terón se puso en pie y observó el paisaje, en el que las murallas de Tarsis se veían a lo lejos, frente al mar y coronadas por el rojizo sol del atardecer. La nostalgia le embargó al comprender que quizá esa era la última vez que vería su patria. Aunque su voluntad era dejar atrás esas tierras en las que la desventura se había cebado, no podía evitar un sentimiento de desarraigo. Su migración no entendía de regresos.

Mitiet y Betunia habían cruzado varias miradas y, a decir verdad, quizás más hostiles por parte de la princesa egipcia. Ambas sabían que el motivo de sus desencuentros había muerto a orillas del Gran Río unos días antes, de modo que aceptaron resguardar sus rencores mientras durase el viaje; no obstante, Mitiet no olvidaba que su desdicha en Tartessos empezó el día en que Betunia se cruzó en su camino.

Mientras los caballos pacían cómodamente en las inmediaciones del valle, Sostrate se acercó a Terón para charlar con él.

—¿Cómo está ese ojo?

Terón esbozó una sonrisa irónica.

—El destino parece que sigue burlándose de mí, amigo Sostrate. Hace un tiempo hubiese dado mi vida para que este boticario se acercase a mi aldea para sanar a mi hija. Lo maldije a él y maldije a la reina... —hizo una pausa—, y ahora, la reina me presta su ayuda y el boticario guarece mis heridas.

—No barruntes tanto, Terón. Las cosas suceden como suceden y sólo los Dioses conocen nuestro destino. Dejemos que sean ellos quienes nos los guíen.

—Los Dioses —se jactó Terón—. Ya no sé qué pensar de ellos. Últimamente me han sucedido

acontecimientos que me hacen dudar de todo. Mi corazón se aferra en detestarlos pero a veces...

La curiosidad de los aldeanos se empezó a despertar y algunos de ellos se acercaron a los carros para fiscalizar su interior en busca de algo interesante. A juzgar por los atuendos de los visitantes y la presencia de la guardia tartesia, no tardaron en comprender que esa mujer esbelta que se escondía en el interior del carruaje bien podía ser la reina Betunia. Los guardias, erguidos en posición marcial, observaban los movimientos de los lugareños con sus manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas.

Mientras, en la parte trasera, un infante conseguía burlar la vigilancia y se encaramaba en el carro de los enseres. Agazapado para no ser visto, empezó a revolver el interior de uno de los fardeles con la agilidad de un zorro. Pellizcó una hogaza de pan y se lo puso en la boca con un gesto rápido y bajo su faldón escondió varias piezas de fruta. Al bajar, su pie hizo chirriar la estribera trasera y eso puso en alerta a los guardias, que abandonaron su posición para interceptarlo.

Pese a los requiebros del infante, las poderosas manos de los dos guardias interceptaron su huída y lo redujeron en el suelo con una fuerza desmesurada. Mientras uno recuperaba la fruta afanada, el otro le azotaba con su cinto.

Ajenos a lo que ocurría al lado de los carros, Sostrate seguía departiendo con Terón, a quienes se había unido Mendín. El curtidor le había explicado su viaje a Tarsis para suplicarle a la reina los servicios del boticario cuando su hija se debatía entre la vida y la muerte. El recuerdo de ese episodio fue como una ventada en las brasas de su corazón y el resquemor hacia Betunia se apoderó de él.

Unos gritos a su espalda interrumpieron la conversación de los tres hombres. Las azotainas al pequeño rapaz habían caldeado los ánimos de los vecinos, que habían levantado sus bieldas y sus azadas. Junto a los carros, un grupo de aldeanos estaban apedreando a los guardias y zarandeaban el carruaje de Betunia. Gaus estaba en el suelo y dos muchachos le apaleaban con sus fustas y Plea se desgañitaba con sus gritos de auxilio.

Los tres se apresuraron para socorrer a sus compañeros de viaje y en un abrir y cerrar de ojos se organizó una batalla de palos y piedras hasta que uno de los guardias atravesó el torso de uno de los aldeanos. El silencio se apoderó del lugar hasta que un grito desgarrador resonó a lado y lado del valle. Una mujer se acercó hasta la posición del agonizante muchacho y se arrodilló ante él con los ojos empañados en lágrimas.

Mendín hizo un ademán de asistirle pero Betunia le detuvo sujetándole el brazo.

—Nada harás, boticario. Que ese marrano muera desangrado —dijo con desprecio.

Dicho esto, escupió en el suelo, cerca del moribundo y ordenó a Sostrate que atara las caballerías. Luego subió a su carruaje y dedicó una mirada de desprecio a los aldeanos que se arremolinaban alrededor del muchacho que acababa de expirar tras un último espasmo de dolor.

Unos pasos más atrás, un aldeano se mordió el puño para ahogar el llanto, mientras sus ojos, nublados en lágrimas, luchaban por lo contrario. Su mirada se enrojeció y su respiración se aceleró. Acababa de perder a su hijo y su cuerpo había sido deshonrado por el desprecio de esa mujer, quien parecía disfrutar con su muerte. Entonces descolgó el arco de su hombro y echó mano a su espalda para sacar una saeta. Luego apuntó a la cabeza de Betunia y tensó la cuerda.

Capítulo 35

A Sostrate no le había gustado el gesto de desprecio de su amada, aunque se abstuvo de recriminarle su actitud ante tanta gente, además, el influjo de la condición monárquica seguía cohibiéndole, sobre todo en público. Quien ya no quiso contener su ira fue Terón, cuyo resquemor hacia ella era cada vez mayor. Mendín le había confirmado instantes antes que la reina jamás le había hablado de la hija de un curtidor de la costa que necesitaba de sus servicios. De haberlo hecho hoy quizá la pequeña Túria estaría sanada y Farada estaría junto a él.

Su mirada de odio se cruzó con la de la reina.

—¿Cómo osas mirarme así? —dijo ella al percatarse de su osadía.

El corazón de Terón se aceleró y sus sienes latieron de ira. Apretó sus puños y tensó las mandíbulas. Luego se dirigió hacia ella con paso rápido. Le traía sin cuidado si su insolencia podría ser castigada, había perdido el miedo y ya nadie podría impedirle decirle a la reina que era un ser despreciable. Estaba resuelto a ello, aunque eso ofendiese también a su amigo Sostrate.

La tensión del arco se desahogó cuando el padre del desdichado muchacho soltó la sirga y la flecha salió disparada en dirección a la reina. Se escuchó un silbido casi imperceptible y fugaz, luego fue un grito ahogado.

Terón no había conseguido articular palabra, no hubo tiempo. Apenas había llegado a situarse frente a Betunia cuando sintió una punzada aguda en su espalda y luego un calor repentino que sofocó todo su cuerpo. Su respiración se entrecortó y de su boca brotó una sangrada. Sumido en el aturdimiento, escuchó gritos, vio a gente corretear cerca de él y entonces sintió que sus piernas no le sostenían. Y entonces cayó al suelo.

Mitiet fue la primera en llegar hasta él, e igual que había hecho en el margen de ese camino, le acogió en su regazo y le acarició la cara sin dejar de mirarle a los ojos. La princesa egipcia ahogó un grito de rabia e imploró a los Dioses por la vida de ese hombre. Luego fue Mendín quien corrió hacia él para tratar de reanimarle.

—¡Sacadle esa flecha! —suplicó Mitiet.

Mendín negó con la cabeza.

Terón sintió frío y una ineludible sensación de desvanecimiento. Su mirada nublada se posó en el infinito, allí donde se divisaba el último atardecer de Tartessos. Un crepúsculo anaranjado que le trasladó a la infancia y le devolvió imágenes de sus padres, cuando él aún era un infante que aprendía a caminar. Luego fue Farada, quien aparecía en sus pensamientos y recordó esas primeras tardes de cortejo, sus abrazos y esos atardeceres en el acantilado, cuando se juraban amor eterno mientras el espesor de la noche empezaba a cubrir Tartessos. Sus recuerdos le trajeron también a la pequeña Túria, que le abrazaba con fuerza, sin querer soltarle, como solía hacer cada noche antes de acostarse. Luego cerró los ojos y dejó que su vida se fuese de ese cuerpo.

Olió el perfume de rosas y creyó abrir los ojos. Allí delante estaba esa niña del vestido de rafia de color tostado, con su corona de sarmientos y una rosa blanca en la mano. Le tendió su pequeña mano y Terón imaginó tomarla para partir con ella al reino de los Dioses.

Ese mismo atardecer, las tropas de Magón Turdan entraron en Tarsis de manera pacífica, atravesando el puente levadizo de la muralla del primer cinturón y enfilando el camino que les conduciría hasta el palacio cuando el sol empezaba a hundirse en el confín del mar apurando sus últimos destellos rojizos, los últimos de una civilización legendaria.

A su llegada les recibió Radam, quien se arrodilló ante los invasores al final de la escalinata de la entrada principal y levantó en alto con ambas manos una espada y la posó en el suelo. Luego se postró ante ellos en señal de rendición.

A la llegada del siguiente solsticio, los territorios de los legendarios reyes Argantonio fueron refundados y les llamaron la Turdetania, en honor al magónida que consiguió derrotar al temible ejército de Arkan. La gloria y el esplendor de lo que había sido Tartessos desaparecieron ese mismo día. Los griegos dejarían de acercarse a sus costas y buscarían nuevos destinos comerciales en el norte del continente occidental. Las naves procedentes del extremo Oriente hicieron lo propio y la decadencia se apoderó de esas tierras.

Muchos de los exiliados tartesios llegaron hasta una región centrorienta llamada Cástulo y junto a ellos lo hicieron Betunia y Sostrate, que fueron recibidos como reyes. Allí se asentaron e hicieron de esas tierras un país floreciente gracias, sobre todo, a la riqueza minera y al desarrollo de la metalúrgica que impulsaron los recién llegados. Se dice que construyeron un palacio a imagen y semejanza al que había en Tarsis y que se erigió en tan solo dos equinoccios. Fruto del amor de los reyes nacieron tres varones: Mucro, Santare y Moreón, siendo el primogénito quien sucedería a Betunia en el trono veintiséis años más tarde.

Gaus siguió su camino hacia septentrión y se asentó finalmente en tierras celtas, donde falleció pocos días después de su llegada a causa de las fiebres que en esa época azotaban los territorios septentrionales. Por el contrario, Jaudé embarcó en una expedición comercial que partía hacia la tierra de los faraones y allí vivió el resto de su vida. Durante su estancia se rodeó de intelectuales y de grandes sabios, a quienes les explicó que hubo un día, que hubo una tierra y que hubo unos Dioses que allí moraron.

Quinta parte

DIÁLOGOS DE CITRIAS
Y TIMEO.

REINTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS DE
PLATÓN.

Capítulo 36

Atenas, año 410 a.C.

La mesa estaba dispuesta en el salón principal del palacete de Sócrates, cubierta con un paño de lino pajizo y arreglada con una generosa fuente de frutas tempranas, la jarra del vino y cuatro vasos de cristal tallado. La rodeaban cuatro sillas de cáñamo y un candelabro de pie de seis brazos. El joven Platón había preparado el encuentro según las indicaciones de su maestro, sin añadir nada, sin obviar nada.

Citrias fue el primero en llegar y abrazó a su sobrino con especial afecto. Platón agradeció el gesto, pero no pudo evitar sonrojarse.

—Te has hecho todo un hombre, Platón. Ese abrazo es mío y de tus padres, que te mandan saludos desde Ática.

—¿Cómo están ellos?

—Felices —repuso alegremente—. Felices de tus progresos aquí, aprendiendo del sabio.

En ese momento, apareció por la puerta la figura de Sócrates, vestido con una elegante túnica blanca ribeteada en sus extremos con una cenefa dorada. Extendió sus brazos al reparar en la presencia de su viejo amigo.

—Citrias, te agradezco la gentileza de acudir a la tertulia. Sabes que tu sapiencia y buenos haceres me resultan imprescindibles. ¿Hace mucho que estás en Atenas?

—Llegué esta mañana de Ática, deseoso de platicar contigo, maestro. Por cierto, ¿a qué se debe nuestra reunión?

Sócrates invitó a su convidado a sentarse junto a la mesa e hizo un gesto a Platón para que llenase dos copas de vino.

—Un extranjero nos visitará esta tarde. Anhelaba hablar conmigo y he accedido a ello, aunque me ha parecido oportuno que también estuviese presente Timeo y alguien tan ilustrado como tú.

—Un extranjero... ¿De quién se trata?

—Te advierto, y sé que comprenderás mi postura, que quien nos visita es un general espartano llamado Hermócrates —dijo Sócrates con un halo de misterio.

Citrias no pudo evitar mostrar un gesto de asombro. Recientemente, las tropas atenienses habían recuperado Helesponto tras derrotar al ejército espartano de Míndaro en la batalla de Cícico; así pues, la visita de un alto mando de Esparta era del todo extraña.

—Hermócrates ha llegado a Atenas en calidad de emisario —aclaró Sócrates—. Esparta pretende pactar una tregua con nosotros, aunque presumo que este pobre desdichado volverá a la polis con las manos vacías, en el caso de que le permitan regresar.

—¿Por qué refieres eso?

—Esparta ha cargado sobre los hombros de Hermócrates la responsabilidad de la derrota y si no regresa a casa con un tratado de paz, estoy convencido de que será desterrado.

Ambos ilustrados departieron de política y de guerra mientras esperaban la llegada de los otros dos invitados, que lo hicieron más tarde, casi al unísono. Siendo ilustrados y hombres de paz, recibieron con exquisitez al extranjero y lo trataron como a uno de ellos.

Sócrates abrió la tertulia con un preámbulo en el que ensalzaba la amistad, el respeto a las

opiniones y a las creencias religiosas de los diferentes pueblos. Y refirió también a las guerras, y lo hizo en términos absolutos, con el convencimiento de que el ansia de poder es la peor herencia que los Dioses nos regalaron.

Luego tomó la palabra Timeo, quien teorizó sin complejos sobre las ánimas de los hombres por espacio de una hora y concluyó su turno elevando a categórico lo teórico.

—...Y, sí que fueron ellos quienes nos hicieron a su imagen y semejanza y que es el alma esa semilla que germina en el cuerpo del hombre para ser superior a las otras especies que protege la diosa Artemisa.

Al concluir su discurso, tuvo el parabién de sus contertulios que le agradecieron la osadía de dar a conocer su pensamiento sin temor a contravenir las doctrinas establecidas. Luego levantaron sus copas y brindaron por la libertad de pensamiento y por la luz que arroja la filosofía. Y quiso Sócrates, y a sus invitados les solicitó el beneplácito, que Platón estuviese presente en ese salón y que tomase notas para dejar testigo escrito del pensamiento del hombre. Siendo así convenido pidió a un criado que Platón se reuniese con ellos.

El joven se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y sobre un atril dispuso las tablillas de escritura, para dejar constancia de lo dicho en sus ceras. Con todo dispuesto para inmortalizar el pensamiento de esos hombres ilustrados, Sócrates cedió la palabra a Citrias, quien siempre había manifestado que la religión era una invención de los legisladores para gobernar a los hombres según su voluntad.

—Si la memoria me acompaña y si puedo referiros fielmente las antiguas historias de los sacerdotes egipcios importadas a estos lugares por Solón, convencido estaré que agradeceréis mi aporte.

Citrias sorbió de su copa y aclaró su garganta antes de seguir.

—Es preciso advertir que han transcurrido nueve mil años desde la guerra que, según dicen, se suscitó entre los pueblos que habitan aquí y más allá de las columnas de Heracles. Y aclaro que de una parte estaba esta ciudad —refiriéndose a Atenas— y de la otra parte estaban los reyes de la isla Atlántida. Ya hemos dicho que esta isla era más grande que la Libia —refiriéndose a África— y el Asia, pero que hoy en día, sumergida por los temblores de tierra, no es más que un escollo que impide la navegación en esa parte de los mares. En el transcurso de mi historia hablaré de los pueblos griegos y bárbaros que existían entonces, pero comenzaré por los atenienses y sus enemigos.

El filósofo hizo un gesto a su sobrino para que tomase nota de sus palabras y éste inauguró la segunda tablilla de cera.

—En otro tiempo los Dioses dividieron la tierra comarca por comarca sin que eso suscitara querrela alguna entre ellos —empezó a explicar Citrias—. Cada uno poseía lo convenido por la justicia y la suerte. Y en esas tierras establecieron países procurando alimento y educación a los hombres, que eran a la vez sus hijos y su propiedad. Sin embargo, no emplearon la violencia como los pastores que castigan a su ganado para conducirlo. Sabían que el hombre es un animal dócil y se sirvieron de su persuasión para gobernar la raza de los mortales. Los nombres de estos Dioses perduran en nuestra memoria, pero no así sus acciones, que han perecido con el transcurso de los tiempos.

Sócrates sonreía, rebosante de satisfacción. Disfrutaba organizando tertulias en las que intervenían no sólo personalidades ilustradas en el pensamiento, alrededor de esa pequeña mesa se habían sentado políticos, embajadores y religiosos; y de las sapiencias de todos ellos había sacado réditos filosóficos. Pero esa tertulia que ahora Citrias llevaba hasta el grado máximo de

excelencia era una de las más reveladoras que había celebrado.

Tras humedecer sus labios con un nuevo sorbo de vino, Citrias prosiguió con su discurso:

—Lo que me autoriza a hablar así, es que los nombres de Cécrope, de Erecteo, de Erictonio y de muchos otros, que se remontan más allá de Teseo, son precisamente aquellos de que, según la relación de Solón, se servían los sacerdotes egipcios cuando aquellos emisarios extranjeros les refirieron esta guerra. Pero yo me pregunto... ¿y los hechos? ¿Qué sabemos de ellos? Tampoco sabemos mucho de la guerra, solo lo que Solón heredó de los sabios egipcios. Menciona Solón en sus textos, que solo confió los detalles de esta gran guerra a un joven extranjero de nombre Anacarsis porque nunca más en su vida, que larga fue, conoció a alguien merecedor de su conocimiento. Mas escrito está y nosotros somos ahora los elegidos para preservar los hechos que el hombre olvidó.

Inauguraba Platón su tercera tablilla con pulso trémulo, consciente de lo que esa cera recogiese sería un testimonio escrito de los hechos de los Dioses y de la guerra que entre ellos existió. Citrias prosiguió su relato.

—Entre los Dioses no hubo querellas tras el reparto de tierras porque eran éstas fértiles y la bonanza dotaba a todas las comarcas de lo suficiente para ser satisfechos. Mas la desventura arruinó las tierras y los que en esa época allí moraban perdieron todo lo que saciaba sus necesidades. ¿Qué nos empuja a apetecer lo ajeno? La necesidad. Y se enfrentaron los Dioses en cruentas guerras y los atenienses nos enfrentamos con el rival más poderoso, el reducto de Poseidón: la Atlántida.

—Así pues existió la isla Atlántida —interrumpió Timeo.

—No sólo existió, amigo Timeo. Puede que aún exista. Recoge Solón en sus textos que era un reino fabuloso. Poseidón repartió las tierras entre sus diez hijos, mas se extinguieron ocho de ellas después de la desventura y la guerra. Empero la Gadaria y Atlantis perduraron. Precisamente en esta, en la tierra de Atlas, se dice que había muros y fosos con tierra y agua del mar, unos más pequeños y otros más grandes que formaban tres cinturones amurallados construidos en simetría alrededor del palacio de Poseidón. De sus montañas fluían dos manantiales, uno de agua fría y otro de agua caliente, y la tierra producía alimentos variados y abundantes. Regalaba esa tierra las cosas necesarias para la vida y también los metales. Habitaban en ella hombres y animales que disfrutaban de pasto abundante, de lagos y de ríos. Tal era su opulencia que construyeron templos para sus Dioses, palacios para sus reyes, puertos y dársenas.

Citrias siguió explicando al detalle cómo era esa isla, sin obviar ninguna de sus enormidades. Alabó a su ejército, refirió a los anillos y a la distancia entre ellos. También lo hizo de sus canales y de sus puertos, de sus templos y sus construcciones, de su industria metalúrgica, de sus bosques y de sus frutos. Luego se explayó hablando de sus gentes:

—Los habitantes de La Atlántida obedecían las leyes y respetaban los principios divinos, principios comunes a todos. Sus pensamientos eran conformes a la verdad y sus actos generosos; todos esos vecinos convivían sin maldad, colmados de moderación y sabiduría. Pero con el tiempo se empezaron a olvidar los hechos de los Dioses y el hombre atlante se convirtió en necio y egoísta, desobedeció las leyes y creyó como propio lo que de él no era. Y eso sucedió en la Atlántida y en las otras tierras de los otros Dioses. Entonces fue cuando el dios de los Dioses, Zeus, que gobierna según las leyes de la justicia y cuya mirada distingue por todas partes el bien del mal, advirtiendo la depravación de esos pueblos que antes fueron generosos y respetuosos con las leyes, decidió que había llegado el momento.

Platón extrajo el sobrante de cera de su vara de escritura antes de inaugurar la última tablilla

con la esperanza de que el alegato de su tío no se extendiera en demasía. Citrias bebió de su copa hasta vaciarla y carraspeó sonoramente para terminar su discurso.

—Zeus reunió entonces a todos los Dioses en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del universo, desde donde se contempla todo, y teniéndolos así reunidos, les habló de esta manera:

«Nuestro paso por el paraíso ha tocado a su fin, es momento de partir y abandonar a esos hombres indignos de ser imagen de nuestra obra aquí. Han osado cuestionar nuestro poder y nuestra sabiduría y deberán ser condenados y castigados por ello».

Timeo besó las manos de Citrias y Sócrates elevó su copa en señal de aprobación. Lo que esa tarde allí se había hablado allí debía quedar, como advirtió Solón en sus escritos, porque la sabiduría que contempla los orígenes de los hombres contraviene al orden que está escrito, el de los Dioses que todo lo crearon. El olvido hará de la verdad un misterio y del misterio la doctrina del hombre.

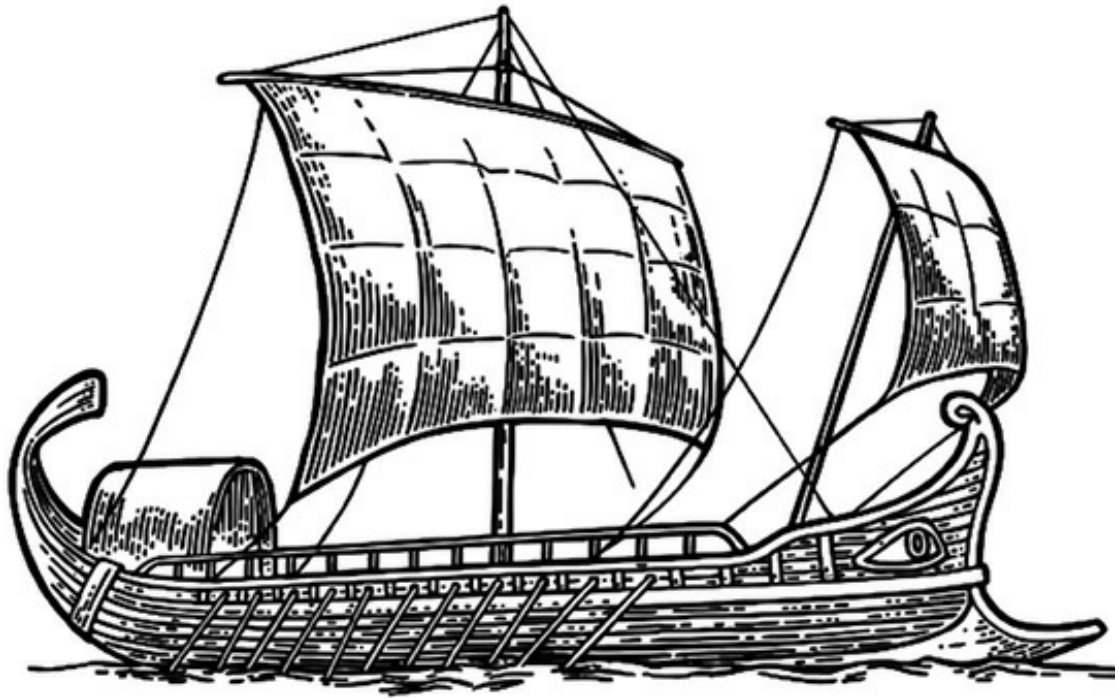
Y Platón se acercó a la mesa, sujetando las tablillas bajo su brazo y levantó el oro para pedir la palabra. Sócrates asintió con un leve gesto de cabeza y el muchacho se dirigió a su tío.

—Una cosa no entendí, y no soy yo escribiendo que soslaye términos a mis anotaciones. Referiste a la pregunta de Timeo que la isla Atlántida todavía existe, pero no conozco yo de mapa alguno que le refiera, ni de navegante que haya visto sus costas. ¿Es todo lo que hoy se ha hablado una fábula?

Entonces Citrias dibujó una sonrisa en su rostro, se acercó al meritorio de Sócrates y tomándolo por los hombros le susurró al oído:

—Tartessos...

FIN



Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a mis editores, Isabel y Javier, por confiar en este proyecto y por todo el trabajo realizado para que finalmente vea la luz. A la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, por su fantástico fondo histórico y documental. A mi amigo Francisco Gijón, por su magnífico trabajo de divulgación histórica de España. A Aránzazu Izquierdo Álvarez, sismóloga del Instituto Geográfico Nacional. A Álvaro Fernández Flores y Araceli Rodríguez Azogue por el material arqueológico e histórico recopilado en su libro «Tartessos desvelado». A Don José María Blázquez Martínez, historiador y catedrático de Historia Antigua y Académico Numerario de la Real Academia de la Historia, por sus conocimientos epigráficos y por su amabilidad. A mis amigos, David Lucas y Sampe Rubio, por vuestro apoyo mientras escribía esta novela. A Platón, por referirnos a La Atlántida y a Heródoto, por dejarme resquicios históricos libres para novelar con libertad.

En memoria de Adolf Schulten, padre de Tartessos.

Josep Capsir



Josep Capsir (Barcelona, 1970). Novelista y redactor. Imparte talleres de escritura y sesiones de brainstorming. Su obra literaria se inicia con un recopilatorio de relatos de humor titulado REC-Relatos para ensanchar costillas (2011), para después introducirse en el mundo de la novela con La herencia de Jerusalén (2012), traducida a tres idiomas y con unas ventas que superan los 20000 ejemplares, que lo convirtieron en un best seller digital; Las leyes de Hermógenes (2013) y La morada de Yahveh (2014). Los hijos de la Atlántida es su último trabajo publicado por Ediciones JavIsa23, el cual también ha sido publicado en catalán por Editorial Columna.

autorjosepcapsir.blogspot.com.es

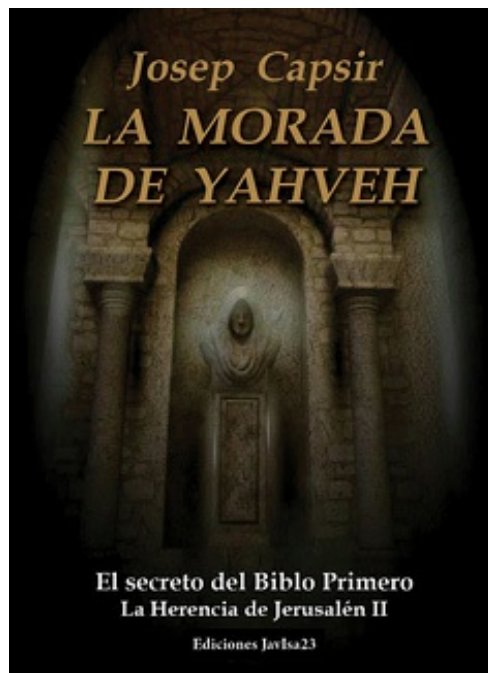
@jcapsir

OTROS TÍTULOS DE JOSEP CAPSIR
publicados por Ediciones JavIsa23



Dios encomendó resguardar los tesoros del Templo de Salomón a los Levitas y éstos así lo hicieron. Cuenta la historia, que los descendientes de Leví desaparecieron seis siglos antes del nacimiento de Cristo. ¿Realmente fue así? ¿Desaparecieron? ¿Dónde están los tesoros? Año 2.005: Un antiguo libro escrito en hebreo mostrará la verdad y los tesoros podrían ver la luz. La misión de la congregación más antigua de la humanidad aún no ha terminado...

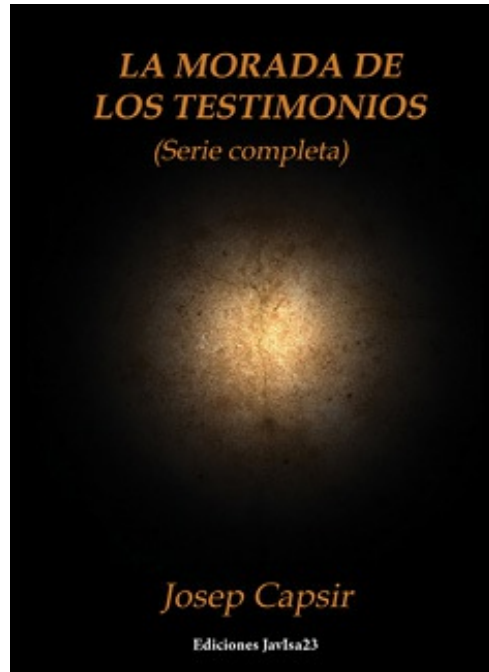
* * * *



Yahveh ordenó que los sacerdotes levitas custodiaran los elementos sagrados del Tabernáculo y del Templo de Salomón. Y Moisés así lo anunció. Ellos tenían la encomienda de Yahveh de resguardar la gnóstica y la sabiduría

del pueblo elegido. Hoy, su misión aún no ha terminado. Año 2005. Los protagonistas de “La herencia de Jerusalén” se enfrentarán a la lectura del Biblio Primero y deberán descubrir las pistas que les llevarán hasta el paradero de uno de los tesoros más bien guardados de la humanidad. Una aventura repleta de peligros, enigmas y asesinatos; una reliquia y un secreto que espera ser encontrado. La búsqueda continúa.

* * * *



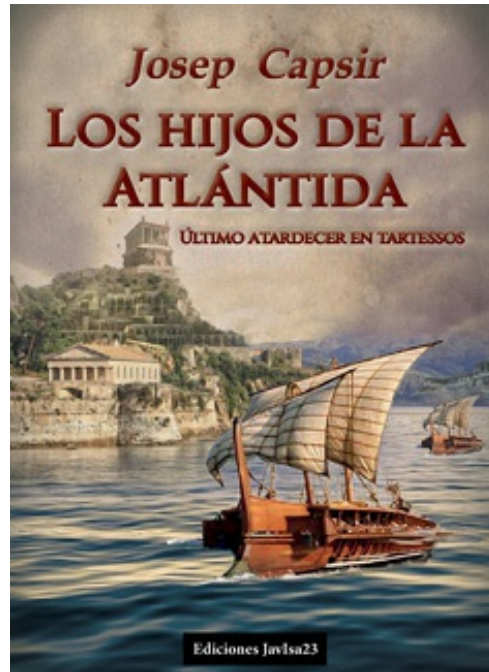
Pack especial “La herencia de Jerusalén” + “La morada de Yahveh”

* * * *



Edición especial en catalán de “L’herencia de Jerusalem”

* * * *



Una tierra legendaria sometida por la ira de los dioses.

Un reino mitológico abocado a desaparecer del mapa.

La Atlántida.

Lo que fue mitológico se convertirá en historia.

Los últimos días de una de las civilizaciones más desconocidas y oscuras:

Tartessos.

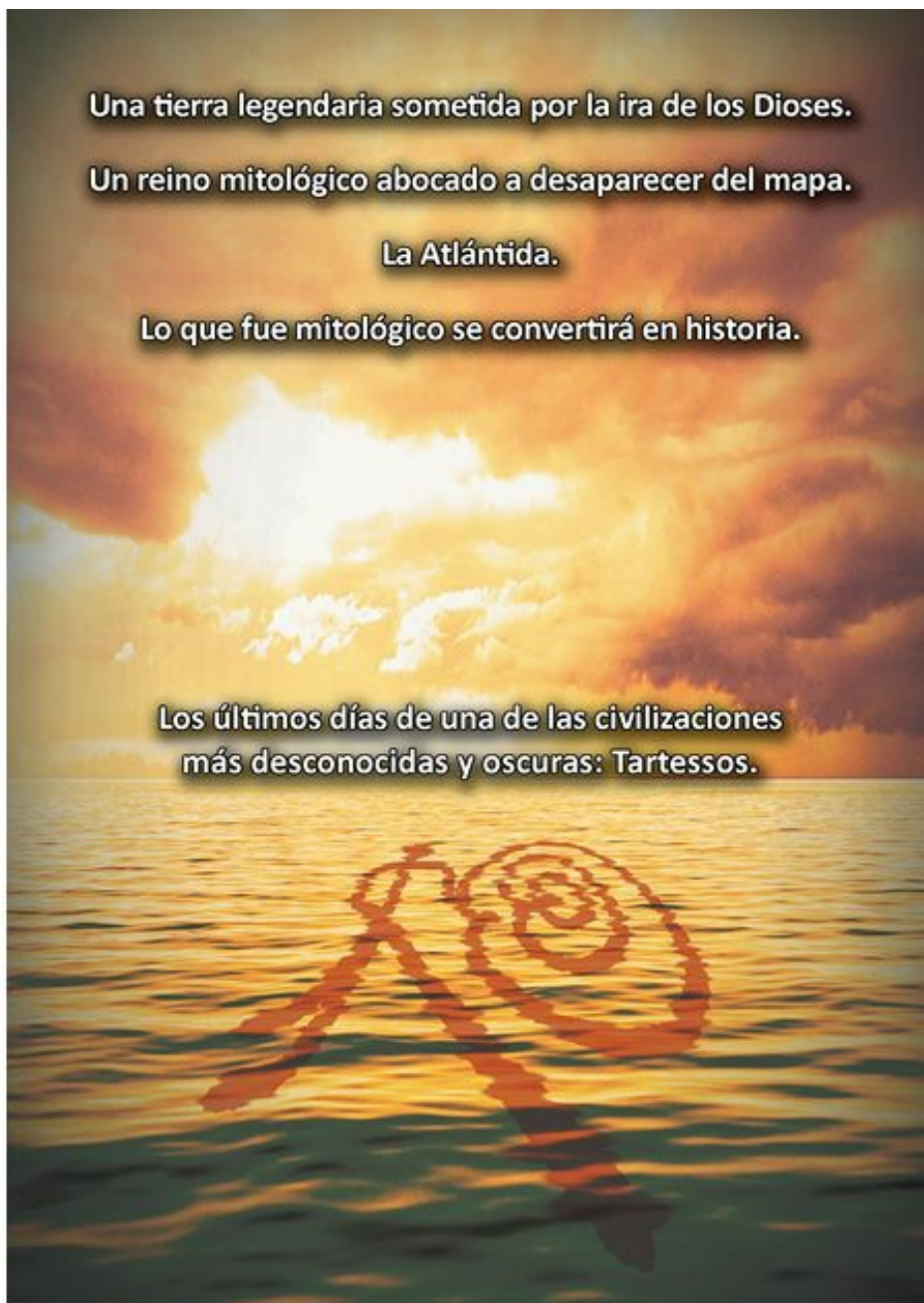
Una tierra legendaria sometida por la ira de los Dioses.

Un reino mitológico abocado a desaparecer del mapa.

La Atlántida.

Lo que fue mitológico se convertirá en historia.

**Los últimos días de una de las civilizaciones
más desconocidas y oscuras: Tartessos.**



Esperamos que haya disfrutado con la lectura

www.edicionesjavisa23.com

www.autorjosepcapsir.blogspot.com

La ilustración pertenece a la contraportada del libro impreso